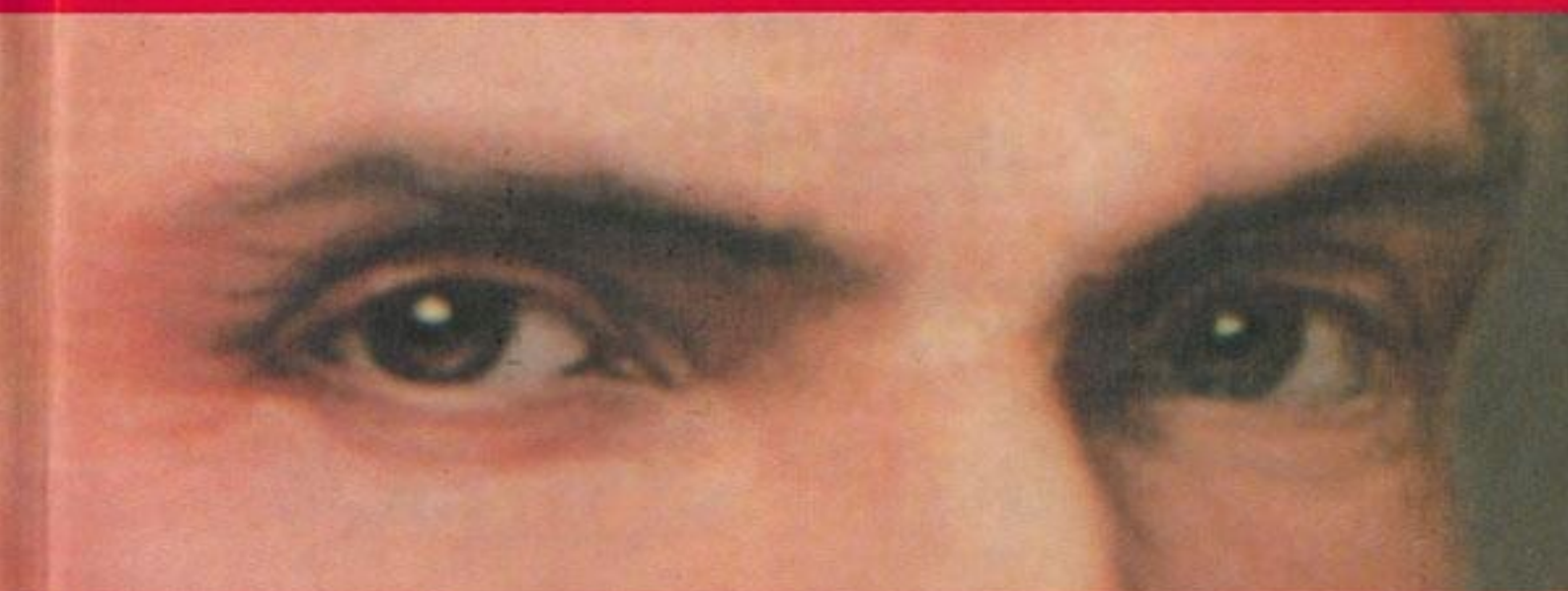


Alicia Yáñez Cossío



SÉ QUE VIENEN A
MATARME



Lectulandia

Desmitificadora y polémica, la nueva y esperada novela de Alicia Yáñez Cossío es una magistral recreación de uno de los períodos más turbulentos de la historia republicana.

Oculto en la penumbra de las habitaciones de Palacio, la mirada implacable del tirano aterroriza a todo un pueblo, imponiendo su voluntad omnímoda. Nada ni nadie podrá detener su desenfadada carrera en pos del poder y la santidad. Mujeres, soldados, sacerdotes y políticos son parte de una historia de crueldad, intolerancia y lujuria. Sin embargo, una triple conspiración acosa al tirano. La venganza, la cobardía y la traición confluyen en un final tan estremecedor e inevitable como el de una tragedia griega.

El núcleo de *Sé que vienen a matarme* es un hecho histórico: el asesinato de uno de los presidentes más controvertidos del Ecuador del siglo XIX. El eje de la obra es la vida de este personaje poseído por la ambición de poder y fanatizado por la religión, nombrado siempre de manera elusiva y oblicua. Esta novela es a la vez una apasionante historia de aventuras, una sobria reconstrucción histórica y una sabia meditación acerca de la condición humana y moral de la clase política. Se trata, sin duda, de una soberbia demostración del talento narrativo de una de las escritoras imprescindibles de la literatura hispanoamericana actual.

Lectulandia

Alicia Yáñez Cossío

Sé que vienen a matarme

ePub r1.0
Titivillus 19.11.17

Alicia Yáñez Cossío, 2001

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Es la época en que una nueva oleada de emigrantes españoles cruza el charco.

No les impulsa como en tiempos pasados la ambición de la fama y las riquezas, simplemente abandonan el terruño en busca de una manera de sobrevivir. Es un éxodo melancólico y triste acicateado por el recuerdo y la esperanza, aunque aún hay quien supone que es posible conquistar territorios, descubrir el reino de El Dorado y encontrar pepitas de oro por las calles. Entre los que piensan así, se encuentra el joven Gabriel García Gómez que ha vendido sus tierras de Villaverde del Monte, en Castilla la Vieja, y atraído por los cuentos de los indianos ricos de su aldea espera lograr algo más de lo que aquellos palurdos alcanzaron.

Es el año de 1803, y en una travesía larga y penosa, a bordo del *Santa María de las Nieves*, el nuevo emigrante permanece interminables horas maltrecho y ocioso en las malolientes sentinas, al lado de las ratas nerviosas y de los enfermos de escorbuto, vomitando las entrañas del mareo, en un mar poblado de peligros, hasta que al cabo de meses desembarca en Panamá, y después de una sofocante estadía, en la que apenas se repone, llega al Callao donde hace algunas transacciones comerciales. Luego se traslada a Lima y se da cuenta de que valió la pena su estancia en aquel fluctuante infierno.

La Ciudad de los Virreyes excede lo que había imaginado. Queda deslumbrado por una corte que supera en lujo y boato a las cortes españolas. Pero advierte que Lima es una hembra difícil, inconquistable y además perversa.

Está llena de emigrantes como él, atraídos por su fama y ansiosos de llevar la placentera vida cortesana. El emigrante se desquita de las penurias pasadas en el viaje, y sucumbe como cualquier aventurero a los encantos de las tapadas limeñas que caminan bajo el embozo en busca de lo prohibido. No existen en su aldea mujeres tan incitantes como ellas. Tienen la mirada traviesa y son expertas en la ambivalencia de aparentar lo que no son, aunque los ojos negros les traicionan. Las tapadas limeñas son avispadas y hermosas, y cuando encuentran al hombre adecuado consienten en despojarse del embozo, pero cuestan caro...

El recién llegado hace una que otra incursión a los fumaderos de opio, que son una tentación irresistible para los emigrantes solitarios. En espera de alguna invitación a uno de los tantos festejos que se realizan en los palacios de la nobleza limeña o a un elegante besamanos, se ve obligado a renovar su guardarropa y entre estas y otras aventuras galantes se queda sin un centavo en la talega. Maldice la hora en que vendió sus tierras de Villaverde, y cuando no sabe qué hacer ni qué rumbo seguir, le aconsejan que tome un barco hacia la ciudad de Guayaquil, una ciudad de diez mil habitantes donde puede dedicarse al comercio y es fácil hacer fortuna.

Se decide por una nueva travesía. En el puerto de El Callao toma el barco que deshace lo andado, y cuando llega cansado, pobrete y elegante, encuentra que el ambiente de Guayaquil es poco propicio para consolidar sus ilusiones. Los intentos separatistas de la metrópoli no permiten que los españoles sean tan bien aceptados

como antes. Pero aún quedan familias ricas, adictas a la monarquía, con las cuales intenta un acercamiento que le facilite la empresa en la que se embarca la mayoría de emigrantes: dar con el paradero de una mujer rica, y mejor si es vieja, para desposarla.

La suerte o el destino le pone a su alcance una joven bien parecida, noble y sobre todo rica. No duda de que la ventura le acompaña, porque considera que es un buen partido. Se trata de la altiva doña Mercedes Moreno Morán, quien cuenta con una dote nada despreciable y cuyos padres son dueños de una gran hacienda en Balao. No demora en visitarla. Suele ser un buen galanteador, como para vencer las más fuertes resistencias. Pide autorización a los padres, a quienes vislumbra como posibles suegros, inicia un romance con ella, y luego la pide en matrimonio. La joven con sus treinta años, no es indiferente a sus requiebros. Encuentra que el pretendiente es un español, con papeles de cristiano viejo, viste con lujo, no es ningún palurdo y parece un buen partido.

El futuro suegro, Regidor Perpetuo del Cabildo de Guayaquil y Caballero de la Orden de Carlos III, le da el consentimiento, pese a que la joven está destinada desde la cuna a un terrateniente de su misma posición social, pero que siempre le pareció achacoso, pues padecía de paludismo crónico, gota y de otros males.

Un poco antes de que la ciudad de Quito se vea envuelta en la efervescencia de reclamar su libertad y lance el Primer Grito de Independencia en el continente americano, se hacen los preparativos para la boda. Como es costumbre, el ajuar de novia se encarga a París. El matrimonio se realiza en la Catedral ante más de doscientos invitados, y no faltan las bendiciones de las jerarquías eclesiásticas, pues la novia está emparentada con la nobleza y la alta clerecía. Es hermana de Ignacio Moreno, arcediano de Lima y autor de un comentado *Ensayo sobre la supremacía del Papa*. Su otro hermano es oidor en Guatemala y el hijo de este llegará a obispo cardenal de Toledo; a más de eso, la joven tiene lazos familiares con el padre Jacinto Morán de Buitrón, el que se ha hecho famoso al escribir la primera biografía de la Beata Mariana de Jesús.

Los recién casados se instalan en la casa de los padres, en espera de una supuesta herencia que no llega y de que fructifiquen los negocios que emprende el español. Pero la suerte se presenta esquiva: todos terminan en estruendosos fracasos, que originan deudas insalvables. La dote de la esposa se escapa por el agujero de las ilusiones. La situación se agrava con la muerte del padre y más tarde con la muerte de la madre, quienes a su vez han perdido los privilegios de realistas, que por entonces pasan a las manos de los que han fraguado la Independencia.

El nuevo hogar nace destinado a la pobreza. Quien manda, ordena y dictamina no es el fracasado emigrante sino Doña Mercedes, de temple acerado, irresistible espíritu

de mando e ingenio fecundo para sobrevivir al frente de los doce hijos que llega a tener el matrimonio. Concepción, la segunda y José, el quinto, fallecen a los pocos días de nacidos; Mercedes, la cuarta, muere a los diez y ocho años; Josefa, la primera, a los cuarenta y ocho; Carmen, la sexta, muere soltera. El presbítero Manuel, un segundo José, Miguel, Pedro Pablo y Fernando, sobreviven a la muerte del benjamín, y Rosario es la última que desaparece.

La casa donde viven está situada frente al malecón; igual que otras, tiene toldos sobre los balcones que sobresalen sobre las aceras y descansan en pilares de madera, formando portales que sirven de protección cuando el sol castiga o se presenta la lluvia. En poco tiempo, la vivienda se convierte en un cascarón vacío. Poco a poco salen para la venta o para el prestamista las joyas que han quedado de la herencia, los muebles de maderas preciosas, las lámparas y los espejos biselados de los años de bonanza. El ambiente es lóbrego y pesado, hay un desapacible sabor que fluctúa entre las disciplinas de lo que parece un cuartel y un olor a convento. Los hijos no levantan la vista cuando están en presencia de la madre. Apenas se observa que existe una leve condescendencia con Rosario, una niña que ha nacido ciega y permanece sentada hora tras hora en el balcón. La brisa que llega de la ría ilumina su mundo ensombrecido. Demasiado tranquila y silente, espera el mejor momento del día, cuando la madre haga un paréntesis en sus faenas domésticas, para que se siente a su lado, y sin abandonar su altivez indómita, con los pies hinchados de trajines, la mente poblada de preocupaciones monetarias y la voz pausada, le lea algunas páginas de *La imitación de Cristo* o del *El Año Cristiano*, mientras vigila de reojo al más pequeño en la difícil tarea de memorizar las declinaciones latinas.

En la tristeza de ese matriarcado, no pasa inadvertida para los demás hermanos la predilección de la madre hacia el más pequeño. No le pierde de vista ni un instante porque, aparte de su especial celo maternal, presiente que el cielo lo ha predestinado para grandes empresas. El niño tuvo el privilegio de nacer el 24 de diciembre de 1821, cerca de la media noche, en el momento en que repicaban las campanas llamando a la Misa del Gallo. Su destino está marcado para llegar a los altares, para ser gladiador de santas empresas, el adalid que pueda enderezar los destinos de una patria que se debate en las mezquindades de las conspiraciones, la miseria y la anarquía. Doña Mercedes nunca ha puesto en duda el porvenir de su hijo porque es testigo de una inteligencia prodigiosa, de una memoria excepcional y una afición al estudio fuera de lo común.

Como una concesión desusada en la férrea voluntad de doña Mercedes, que guarda en lo profundo del alma sus rencores, el niño lleva el nombre de Gabriel, igual que el padre, a pesar de ser el último. Él y la cieguita son quienes sufren con más rigor las privaciones diarias. Los embates de la pobreza han arrastrado a la familia a un vertiginoso descenso social. Mientras los hijos mayores asisten a un pensionado de la curia y las hermanas a una escuelita de monjas, el pequeño debe quedarse en casa. Doña Mercedes no encuentra dinero para la matrícula y peor para la ropa. Como tiene

un orgullo inquebrantable, no consiente que su hijo favorito vaya a la escuela mal vestido, ni tolera que se presente ante extraños ajeno a su condición de noble. Entonces no le queda otro recurso que convertirse, además de las faenas domésticas, en la encargada de guiarle en sus primeros estudios escolares.

El niño permanece solitario y cabizbajo en su encierro. No deja de mirar con nostalgia las idas y venidas de los comerciantes y balseros anunciando sus verduras, frutas y gallinas que traen de las fincas cercanas. Envidia la algarabía de los muchachos de la calle que juegan con palos y cañas convertidas en fusiles, enfrentándose en ruidosos combates entre españoles y patriotas, juegos que sólo se terminan cuando se han rendido los primeros. Hay ocasiones en que el niño piensa que si estuviera en el bando de los chapetones, tal vez saldrían vencedores y castigaría a los que considera advenedizos. Pero bien sabe cuál es su destino, está imposibilitado para alternar con los niños de la clase alta y es, al mismo tiempo, el pretencioso que no puede juntarse con los muchachos descalzos y desnudos que gozan de la libertad que él no tiene.

Doña Mercedes suele molestarse con la gritería de los muchachos y balseros que entra de la calle, y espera en las mañanas oír el estridente anuncio de quienes traen los barriles de agua que cuestan unos cuantos pesos que no siempre tiene. Se desvive por hacer ahorros en la cuerda floja de la escueta economía, vigilando de reojo a las dos criadas montuvas que, como tantas otras, han llegado de los montes y recintos cercanos huyendo de los desmanes de la soldadesca. Trabajan sin sueldo a cambio de protección y comida, pero son haraganas, comen demasiado y fuman todo el día, porque creen que el humo del tabaco ahuyenta a las odiosas salamandras.

Apenas clarea, la altiva señora y las criadas madrugadoras asisten a la primera misa. Al regreso, el taconeo de la madre ahuyenta el sueño de los hijos. Sin tiempo a ningún desperezo, deben saltar enseguida de la cama. Se asean, peinan y acicalan y van al comedor. Sentados y quietecitos alrededor de la mesa recitan el «Padre Nuestro» de cada día y se sirven en un silencio aterrador el desayuno de agua de canela con bolones de verde, apenas interrumpido por el repique de las cucharas en la loza.

Horas más tarde, el padre, como si fuera el tenue esbozo de una triste sombra, sale a buscar la compañía de algún coterráneo con la esperanza de que tal vez le convide a beber un jarro de cerveza y a liar un cigarrillo que sirvan para ahuyentar las añoranzas del terruño.

Las hijas y los hijos mayores se encaminan a sus estudios. Doña Mercedes señala la lección que debe estudiar el niño, y se enfunda en su antiguo vestido de muselina negra con mangas abombadas y pechera de encajes, sobre la cual oscila un crucifijo de nácar que es el mismo que acompañó a su madre. No tiene tiempo ni tampoco ganas para ocuparse de su cuerpo mustio, porque ya no le quedan ilusiones. Sólo se arregla con premura las trenzas del moño desabrido, se pone la mantilla negra, vuelve a repetir la lección que debe estudiar el niño y sale presuntuosa y decidida.

Los vecinos la ven tocar la puerta de las casas pudientes para hacer las mismas faenas que hace en la suya. Nadie ignora que se ve precisada a ganar unos pocos pesos en un trabajo fuera de casa, y no faltan las murmuraciones de los vecinos y los comentarios de quienes la conocen, para decir, unos con compasión y otros con saña, hasta dónde ha descendido y cómo se defiende de los avatares de la vida.

Es la época en que los hombres que se consideran aristócratas viven de lo que producen sus haciendas y rechazan por indigno el trabajo de las manos. Sus mujeres sólo sirven para practicar sus devociones, bordar junto a sus hijas el ajuar del ansiado matrimonio, servir de receptáculo en el cumplimiento religioso de prolongar la especie y ser las esclavas sumisas y prontas a complacer los deseos de sus esposos. Doña Mercedes es la excepción, hace las veces de padre y de madre pobre. Trabaja como asalariada, no tiene manteles para bordar exquisiteces, sino las ropas usadas de sus hijos a las que hay que poner remiendos y hacer zurcidos. Cumple el débito conyugal con la debida resignación cristiana, y enfrenta los problemas de una situación irremediable.

A medio día, cuando el niño ha dado fin a sus tareas y la madre demora en regresar, él y la hermanita ciega acostumbran a juntarse con las criadas montuvias y se complacen en escuchar los cuentos de aparecidos y fantasmas que abren un paréntesis en sus tristes existencias, ajenas a distracciones y huérfanas de juegos y caricias. Se nutren de cuentos de terror y de supersticiones. El miedo suele ser el constante compañero y, en las noches oscuras, cuando se apaga la indecisa luz de la lámpara, alimentada con aceite de ballena, creen ver fantasmas detrás de las paredes, escuchar el arrastre de cadenas, los gemidos de las almas en pena que no encuentran descanso y han salido de sus tumbas a cobrar cuentas. O les invade más miedo cuando escuchan las leyendas de los terribles incendios que se suceden a menudo, o de las incursiones de bucaneros y piratas que aún se cree que rondan por las calles oscuras con un cuchillo entre los dientes, un parche negro en un ojo y llegan acompañados del tac tac de una pata de palo que sube las escaleras y se detiene tras la puerta.

—¡Chist! Es Morgan... —susurran los niños aterrados y se abrazan.

Bajo un cielo gris que amenaza con la furia de las tormentas tropicales, el bochorno de la tarde se difumina con las primeras gotas de lluvia. El cielo se triza en relámpagos que iluminan la habitación oscura. El bramido de los truenos estremece las débiles paredes de madera. El niño piensa que así de furiosas deben ser las llamaradas del infierno y está convencido de que es el mismo dedo de Dios quien escribe su encono hacia los pecadores en el lomo de las nubes. Experimenta un miedo invencible. Se acurruca en una esquina de la sala. Hunde la cabeza en las rodillas y se

abraza a ellas. Musita las oraciones que le enseñó su madre, y tiembla. Aún no es hora de que se encienda la lámpara, y la oscuridad aumenta sus temores.

La madre acierta a pasar por su lado y le sorprende en esa desamparada posición de feto. Se detiene, se indigna. No puede permitir que ninguno de sus hijos sea la triste prolongación de lo que es el padre ni que se crien pusilánimes, y grita:

—¡Levántate, Gabriel, no puedo consentir que seas cobarde!

El niño se estremece con el escalofrío de sus inseguros siete años. No sabe si temer más a la tempestad o al grito de la madre cuando se encuentra airada. Doña Mercedes llama al inútil padre, en quien ha delegado el ingrato encargo de imponer castigos, mas tampoco es bueno para eso, porque los continuos fracasos y desatinos han acrecentado su naturaleza voluble, violenta e irascible. Se levanta molesto. Llega hasta el niño, lo toma del brazo e intenta levantarlo. Pero él se niega y se encoge más sobre sí mismo. No sabe si es peor la tempestad de truenos y relámpagos que hace vibrar las persianas o el látigo de siete cuerdas que el hombre trae en la mano.

El padre le levanta en vilo. Camina con él hacia el balcón desde donde presencié hace años, en un alarde de absurda temeridad, las balas que rebotaban en las paredes cercanas durante el pasado bombardeo de la escuadra peruana. Abre las puertas. Una racha de viento y lluvia los empapa. Empuja al niño hacia la baranda y cierra las puertas con su aldaba, mientras dice aparentando una severidad ausente:

—Te quedarás ahí hasta que aprendas a ser hombre.

Cae la lluvia torrencial y espesa y se mezcla con las lágrimas ardientes del pequeño. Las olas de la ría se agigantan como si quisieran atraparlo. Los truenos retumban sobre su cabeza atormentada y aprieta los dientes hasta oír cómo le rechinan. Sólo la tempestad y el miedo le acompañan. Cierra los ojos para no ver los rayos, que aparecen en el cielo como rayas furiosas, verticales, distintas a la figura del número cuatro y a la letra zeta que aparecen en un grabado.

—¿Por qué son diferentes? —se pregunta en un incipiente deseo de atrapar la lógica y de desentrañar lo oculto, pero la confusión mental centuplica el miedo.


Doña Mercedes en la cocina da el toque final a la parca cena. La familia está sentada alrededor de la mesa y el pan nuestro de cada día tiene el sabor amargo de lo incierto, porque nadie ha dicho: el pan nuestro de cada día dánoslo siempre... Al fin se percata de que el niño no está en su asiento y va en su busca. Sabe que es débil y enfermizo y teme que le recrudezcan las tercianas. Le encuentra ovillado en un rincón, empapado y tiritando de pavor y frío. Intenta un ademán de caricia y al punto esconde el gesto de ternura, porque no sucumbe a lo que considera una flaqueza. Le mira con pena y le ordena que se quite la ropa empapada, que se ponga el camisón de dormir y se acueste en ayunas, mientras va a la cocina a prepararle la tizana de agua de cascarilla con quinina para que sude y amanezca sin fiebre. El niño sorbe el brebaje y ella susurra en un casi quejido lastimero:

—Es por tu bien, hijo, no lo olvides...

La comida se atraviesa en la garganta de la hermanita ciega, que adivina la escena y hace pucheros. Los demás hermanos sorben la sopa en un silencio amargo y el ruido de las cucharas en el borde de los platos es más insoportable que otras veces.

El niño se acurruca en la cama. La habitación está sumida en la penumbra. Le parece que le espía la tétrica calavera de la Viuda del Tamarindo, que suele asomarse después de las tormentas y se cubre la cabeza con la sábana. Poco a poco logra arrinconar al miedo en su cueva, y cuando lo ha vencido, se solaza en tramar una venganza imaginaria contra el padre: podría rodar por las escaleras... Ser mordido por un perro callejero... Regresar para siempre a su tierra... Escuchar que la madre le diga lo que duele... Sólo consigue conciliar el sueño cuando empieza a entretenerse en repasar las declinaciones latinas y comprueba que cuando la madre le tome la lección, podrá recitarlas de memoria, sin ningún tropiezo, y tal vez arrancarle una sonrisa de aprobación, pero jamás un beso...

Ha muerto un tío abuelo. Desde la puerta de la calle en la que cuelga una enorme cortina negra hasta la habitación donde se vela el cadáver, las paredes están cubiertas de negro y el ambiente es macabro. El sentido de la muerte está ligado al demonio y al peligro. El niño debe estar presente para rezar por el alma del difunto. Una racha de viento se cuele por una ventana y apaga los cuatro cirios colocados a la cabecera y a los pies del féretro. La habitación se convierte en el siniestro reino del misterio. El niño va a escapar despavorido, pero siente que una mano le aprisiona el hombro. Su pánico aumenta y lanza un grito apagado. Cree que el difunto aprovecha las tinieblas para llevarle consigo. Pero no, es el padre que le obliga a abrir el puño estremecido y pone en la mano temblorosa la yesca, porque debe ser él, y no otro, quien encienda las cuatro velas, y no huya para que aprenda desde niño a ser hombre...

 El mercedario Fray José Primo de Betancourt, confesor y amparo de la familia, que ha visto nacer y crecer al benjamín de doña Mercedes, vive pasmado por su talento. Considera que es un pecado sin perdón desperdiciar las dotes y la inteligencia especial de un niño que promete más que otros. Se ofrece a enseñarle cuanto sabe. Le rodea de libros y contesta a sus interminables preguntas, muchas de las cuales se quedan sin respuesta, porque no es conveniente desbrozar tan temprano los equívocos o porque simplemente no sabe qué decirle.

El pequeño se aplica más que antes. Aprende una moral que, cuando piensa, la considera ambigua; una gramática latina que se graba en su memoria a la primera lectura; unas matemáticas frente a las cuales no existe el escollo de la duda, e historia y geografía que son entretenidas. Se concentra de tal modo en las lecciones, que llega a estar clavado en los libros desde que amanece hasta que termina el día, y deja de

envidiar los juegos, las peleas y los gritos de los muchachos que se bañan en la ría.

Pasa el tiempo. Muere el padre, y su partida no causa ningún impacto en el estremecido mundo del pequeño. Hay pocos cambios: menos trabajo para la madre y más espacio en la casa. Ha imitado a doña Mercedes, al conservar un exaltado sentido de superioridad frente al difunto. Apenas suspira por lo que sabe que debe gastar la viuda en el modesto entierro. Más bien disfruta con la aglomeración de personas que frecuentan la casa durante las ocho noches seguidas del rosario de las ánimas, porque después del rezo aparecen en la mesilla de la sala algunas fuentes de confites y golosinas que acostumbran a enviar los que vienen a rezar por el eterno descanso del difunto. Pero experimenta la molestia de vestirse de luto cuando llega el domingo y van todos juntos a misa y él camina cabizbajo de la mano de la madre, sintiendo el calor del trópico a través de la casaca de paño negro.

Tiempo después debe presentarse a los exámenes, para dar por terminada su educación primaria. Amanece nervioso y con grandes ojeras. La madre le viste con la levita del hermano mayor que le queda inmensa y se siente incómodo. Camina aprisa, pegado a las paredes, tratando de hacerse invisible y pidiendo ayuda y clarividencia a todos los ángeles y santos. Llega desorientado. La fila de muchachos que van a examinarse es larga, y espera que le llamen. De pronto se encuentra ante el temido tribunal y el malestar se desvanece al contestar con aplomo todas las preguntas que le hacen. Es el único alumno, que sin seguir clases regulares, se libra de la afrenta de extender las manos para recibir el acostumbrado palmetazo con que se castiga a los alumnos reprobados.

El adusto tribunal le colma de felicitaciones y, por primera vez, siente como su ego, hasta entonces de rodillas, se levanta y le permite caminar erguido. Deja de ser el ignorado que hasta entonces era. Siente en lo más hondo de su medrosa personalidad el placer de la superioridad sobre los otros. Desde esa temprana edad se impone un código de conducta, que será el de destacarse sobre cuantos le rodean. El placer del triunfo es más grande cuando descubre que allá, entre la masa anónima, se adelanta la cabeza entrecana y erguida de la madre y comprueba que se ha encendido una luz en la triste penumbra que acompaña la vida de esa mujer que sabe desde que le trajo al mundo, que él será un sabio o tal vez un santo...

*D*oña Mercedes se ha vuelto vieja antes de tiempo. Es pequeña y absoluta. Es lo que cree y lo que piensa. Ninguna persona ni tampoco ninguna circunstancia han de modificar la férrea estructura de sus pensamientos. Ha nacido y crecido con ideas adictas a la monarquía y ha de morir con ellas. No cesa de atribuir todos los males de la patria a la inmadura y absurda independencia de las colonias españolas, y los argumentos que esgrime tienen la habilidad de ahuyentar cualquier razonamiento. Detesta a los patriotas vocingleros y rebeldes que han osado levantarse en armas

contra su rey natural, Fernando VII. Su odio a la masonería, que ha propiciado la independencia americana, es inquebrantable. Su universo está dividido en dos mitades: en la una ha colocado a la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y en la otra ha puesto a las logias masónicas que han pactado con el diablo. Su mente se ha nutrido de las leyendas que se comentan en voz baja, de que los masones practican ceremonias nefandas y secretas con ritos de misas negras en las que se sacrifican niños tiernos, se profana la hostia consagrada y se adora a un enorme chivo negro. A su vez ha alimentado con esos decires a sus hijos.

Quien tiene más contacto con ella es el más pequeño, que la admira y venera. Nada ni nadie podrá vencer el fanatismo de esa mujer adusta, que se indigna y santigua cuando se imagina que los tres puntos diabólicos están en todos los escritos sediciosos. Quisiera que sus crios se redujeran de tamaño, para encerrarlos en una jaula con barrotes e impedir que se contaminen con las ideas que flotan en el aire, aunque mejor sería meterlos en redomas de un cristal transparente para atisbar sus actos.

Es natural que no transija con las ideas que enfervorizan a los que reclaman el derecho de ser libres. Se niega en forma terminante a colocar en el balcón de su casa la bandera de franjas blancas y celestes, que ondea en todos los balcones de la ciudad cuando llegan fechas tan señaladas como el 9 de octubre, 10 de agosto o 24 de mayo, y prefiere pagar pese a su precaria economía, con su altivez tozuda, las multas que le impone el Cabildo de la ciudad porteña.

Los primeros años del adolescente los marcan las contradicciones. Hay una discordancia que no encaja entre la euforia del pueblo que baila hasta la madrugada en las calles, que asiste en masa a las corridas de toros y a las peleas de gallos, y los discursos y panegíricos que se publican en hojas volantes y periódicos; entre los desfiles militares y los saraos que se organizan en las casas de los principales, y el ceño fruncido de su madre, que permanece encerrada y no permite que sus hijos tomen parte de esos festejos populares que son una afrenta a su estirpe. El adolescente duda por lo que oye decir a los extraños y por lo que afirma ella, por las verdades dogmáticas que salen de su boca y los engaños que propala el vulgo.

El hijo mimado de doña Mercedes ha cumplido quince años y nadie, ni siquiera él mismo, los ha tenido en cuenta. Es flaco, inseguro y solitario. El mercedario Betancourt, que se ha convertido en el benefactor de la familia, considera que ya no puede enseñarle más de lo que él mismo sabe. Ha hecho gestiones para que el entonces presidente Rocafuerte, hijo de una de las familias más connotadas del puerto, educado en Europa, ex diputado a las Cortes de Cádiz, ex embajador de México en Londres y amante del saber, le conceda una beca de estudios en el lejano Consistorio de San Fernando de Quito, regentado por la orden dominica. Doña

Mercedes se incomoda, no consiente en recibir prebendas que provienen de masones.

A pesar del sigilo que rodea a las logias, se ha filtrado el secreto de que Vicente Rocafuerte es uno de ellos. El padre Betancourt, acaso sin querer, le ha puesto en una terrible encrucijada. El viaje a Quito de su hijo es la primera puerta que se le abre para llegar al sitio que la Providencia le tiene destinado; ya quisieran sus otros hijos tener esa oportunidad que envidian. Doña Mercedes tarda en doblegarse y sólo cuando ve las lágrimas del muchacho, que en silencio le implora, acalla las ásperas protestas de sus convicciones, hace a un lado su orgullo y accede.

La beca otorgada por el presidente Rocafuerte consiste en diez pesos que han de servir para el pago de matrícula, la compra de libros y una pequeña ayuda para mantenerse mientras duren sus estudios. Además, el buen mercedario se ha preocupado en solicitar al maestro Ventura Proaño, amigo suyo, para que llene los vacíos que han quedado en su educación primaria, y lo que es más encomiable, consigue que sus piadosas hermanas, Alegría y María Mercedes Betancourt, le alojen en su casa de Quito. Las hermanas del mercedario no son ricas, ni pertenecen a la clase dominante, pero son generosas y están decididas a apoyar las buenas intenciones del hermano.

El día de la partida, el muchacho en apariencia está sereno, pero en su interior hay una llamarada de orgullo, el fuego de la zarza ardiente del desierto, que arde sin consumirse, le inunda. Va a cumplir el anhelo más caro y secreto de su vida. Se ve sentado en las bancas de una enorme biblioteca absorbiendo la sabiduría de los mil libros que le esperan. La ciudad de Guayaquil le resulta pequeña, será el mejor estudiante del Consistorio San Fernando. En el momento de la partida sus ojos están secos, aunque los de la madre y los hermanos están enrojecidos por el llanto. Es el primer miembro de la familia que se aparta de las faldas maternas y se va tan lejos y tan solo.

La balandra en la que va a partir se mece en el río Guayas, que es río macho cuando el agua desemboca en el océano y es ría hembra cuando el océano lo penetra y convierte el agua dulce en salobre. El muchacho lleva colmadas las alforjas de víveres y algunas medicinas para el difícil trayecto de empinarse hacia la Sierra. La madre se ha endeudado para mandarle bien provisto. No faltan los paquetes de chifles, esas láminas delgadas y crocantes de plátano verde que sustituyen al pan de los viajeros, ni las sábanas que se ponen alrededor del lecho para evitar las picaduras de zancudos. No falta el poncho y la cobija de lana de borrego que le ha de servir de abrigo, cuando deba pernoctar por los páramos helados. Lleva la quinina que debe tomar cuando arrecien las tercianas y cuartanas y, además, las cartas de recomendación para unas cuantas almas compasivas y señoras adineradas de la capital, que acostumbran a favorecer a los estudiantes de provincias, y que por gestiones del padre Betancourt le han ofrecido ayuda.

Entre esas cartas va una destinada a doña Mercedes Jijón, quien está casada con el general Juan José Flores, un mulato advenedizo, natural de Puerto Cabello, que

aprendió a leer y a escribir cuando ya tenía los más altos rangos militares y que le ha servido de catapulta hacia el poder al casarse con ella. Gobierna despilfarrando los fondos del erario público en mantener a sus jenízaros en su provecho, pues cobra doce mil pesos por el cargo, mientras el sueldo de sus ministros no llega a tres mil. Instalado en el poder, ha convertido a todo el país en hacienda propia.

El muchacho se embarca decidido en la balandra. Hace vanos intentos por arrancarse de cuajo el cordón umbilical que le ata a su madre, pero es imposible que lo consiga. Le persigue de cerca esa silueta negra, magra y adolorida que le envía bendiciones desde el embarcadero con sus ojos llorosos y sus labios apretados. Extraña el roce de las manos de la hermanita ciega, que al despedirse le ha palpado las mejillas, la frente y los labios tratando de quedarse con su imagen. Sin embargo, está contento de dejar el lóbrego ambiente en que ha vivido. Sentado al filo de la embarcación, se descalza y deja que las aguas mansas refresquen sus tobillos. Su mirada se pierde en la selva tropical de las riberas donde se yerguen los inmensos guayacanes, los guachapelíes y las taguas que hacen sombra a los huertos de cacao, origen del potencial económico de unos contados hacendados, hacia los cuales su madre guarda un secreto encono, porque son los acaudalados exportadores de las pepas de oro, que viajan a París con sus familias y criados, con la misma facilidad con que otros menos afortunados viajan a sus fincas.

Antes del atardecer la balandra se detiene en Bodegas, un pueblito miserable con casas de caña guadúa y pilotes de madera, con una sola calle frente al río. En una de esas casas el cura párroco le dará albergue en la primera noche que pasará fuera de su casa. El muchacho desembarca. El párroco le espera, se adelanta, le acaricia la cabeza y le abraza, y él se muestra cohibido.

A la noche, el sueño tarda en llegar y se revuelve en el camastro ante la ilusión y el temor de tantas perspectivas. Al amanecer, cuando aún está oscuro y los gallos ni siquiera han cantado, el cura le saca de la cama porque el recorrido que va a emprender es largo y deben comenzar a caminar temprano. Le sirve un abundante desayuno, en nada parecido a los que está acostumbrado, y le encomienda con sus bendiciones y consejos a Cayetano Banegas, el mejor arriero de toda la comarca. Es dueño de una recua de dieciocho mulas compradas con el dinero que le prestó el patrón Lautaro Aspiazu y que tardará años en pagarle.

Las recuas de Cayetano Banegas van y vienen de la Costa a la Sierra y están siempre presentes en todos los caminos. Los arrieros se conocen entre sí y pueden comunicarse todas las noticias. Dicen que el camino está endiablado, porque la creciente del Babahoyo se ha llevado un puente y hay que tomar un atajo que han dejado señalado con tres piedras redondas y una rama enhiesta con un trapo. Cuentan que antes de llegar a Riobamba hay un deslave y que cerca, a un tiro de escopeta, están los soldados de Otamendi, los temibles negros, feroces y sanguinarios, traídos por el déspota Flores, que se dedican a saquear las viviendas de los campesinos, a violar a las mujeres indefensas y hacer el mal oficio de cuatreros. Si Dios quiere han

de llegar a Quito dentro de dos largas semanas. Cayetano va armado con un fusil y un afilado machete y quienes viajan con él se sienten más seguros y confiados.

El arriero sorprende el hosco ensimismamiento del muchacho y en un recodo acerca su mula a la suya. Intenta entablar un diálogo, pero el muchacho no responde ni despega los labios, sólo mueve la cabeza sustituyendo con ese movimiento las afirmaciones y las negaciones, o levanta los hombros para decir que no le importa lo que oye. No aparta sus ojos de las montañas que se juntan con las nubes y no puede explicarse por qué, a la distancia, aparecen de un color azul inexistente cuando en realidad son verdes.

Hay un momento en que el arriero intenta contarle algo de su vida trashumante, pero el joven viajero, acostumbrado como está a no relacionarse con gentes que considera inferiores, no manifiesta interés en escucharle. Cabalga sumido en sus pensamientos, recordando las aseveraciones de su madre. No sabe cuán certeras son sus palabras al decir que todos los montuvios son pobres porque no trabajan, pero este arriero casi nunca descansa y tiene la ropa remendada. Ha oído decir que los indios y los montuvios son haraganes y ladrones, mas este arriero montuvio no es haragán y parece honrado.

Han quedado atrás los campos cultivados de cacao y las extensas y verdes llanuras de caña de azúcar. Empiezan el ascenso hacia la Sierra. Llegan al pueblo de Guaranda, donde se renuevan las cabalgaduras. El frío aprieta y el arriero le proporciona un pesado poncho de lana y un poncho de aguas, unos zamarros de piel de oveja para que las piernas se mantengan calientes, un casquete de lana que le tapa las orejas, una bufanda de tejido espeso y una máscara de tela para que pueda protegerse del sol y del frío viento que arroja a la cara puñados de piedrecillas puntiagudas.

Una tos desgarrada le sale del lastimado pecho. El arriero se detiene y le obliga a beber de una botella de aguardiente, y debe tomar a pico del mismo recipiente que han tomado los indios de la caravana. Le repugna la bebida y la salivación ajenas, pero al primer trago comprueba que la tos se calma. Tiene que dejar a un lado los melindres de niño de sangre noble para dar gracias al arriero. Y antes de que termine el día, también se ve obligado a decir otro cortante gracias a la vieja curandera, una indígena de manos nudosas y uñas negras que al llegar a la posada le prepara, sin que se lo pida, un emplasto de hierbas malolientes para calmar el ardor de sus nalgas laceradas.

Va entendiendo cómo aniquila y hunde la miseria. Va palpando la tristeza, el mutismo y suciedad forzosa en que viven los indígenas. Las chozas en que se han alojado para pasar las noches son semejantes a las pocilgas de los chanchos y el frío ni siquiera le permite dormir a la intemperie. Cansado, dormita de vez en cuando. Le fastidia la dureza del jergón, los ronquidos y los malos olores, y en el duermevela aparecen mil preguntas que necesitan respuestas diferentes de las que hasta entonces han salido de los labios de su madre. La realidad no concuerda con lo que le han

dicho. No sabe quién está en lo cierto. Junto a las molestias físicas hay el malestar de saber que el mundo al que pertenece no es el único, hay millares de seres humanos más desvalidos que él y que, además, tienen el baldón execrable de la ignorancia. Todo el país anda mal, un hondo descontento sale a flote y entonces se hace un juramento: ha de llegar un día en que sea Presidente de la República, como lo ha recalado su madre, o por menos ha de llegar a vestir el uniforme de general, para mandar a miles de soldados y gobernar en una forma diferente.

Se embarca en ensoñaciones y aparecen sus primeros planes. Con la ayuda de Dios gobernará con mano dura, más dura que la del presidente Rocafuerte y que todos los que hasta entonces han mal gobernado la República. Comprueba que el precio de la libertad que pagaron los llamados patriotas con sus vidas, no ha servido para nada. El país está mal administrado, y en el duro e incómodo jergón, el sueño no le llega...

*P*or fin, al cabo de dos semanas de incesante cabalgata, de imposible descanso en esos tambos y posadas inmundas, plagadas de piojos y de pulgas, un día al anochecer llegan a Quito. Es una ciudad más grande que todas las que ha dejado atrás, no hay gentes por las calles, las casas son macizas y hace frío.

Las hermanas del padre Betancourt le esperan anhelantes. Le han preparado un cálido agasajo de bienvenida. Las muestras de cariño con que le reciben las señoras, algunas amistades y una niña que vive en la misma casa, le parecen innecesarias y hasta empalagosas. No está acostumbrado a exteriorizar los sentimientos. Se muestra huraño y cohibido, y los presentes atribuyen lo hosco de su ceño y los ademanes desabridos al cansancio por la larga jornada.

Una vez instalado en el mejor cuarto de la casa, causa asombro que no salga de su alcoba. Apenas madruga para ir a la primera misa en la cercana iglesia de La Compañía, que queda a una cuadra de la casa. Parece que le disgusta la presencia de las buenas señoras que en nada se parecen a su madre, y aún más el contacto con la niña que tiene su misma edad y hace intentos para que se fije en ella. Pero la evita, porque nunca ha tenido ninguna relación, aparte de sus hermanas, con el otro sexo, e ignora cómo se debe tratar a las muchachas.

A la hora de sentarse a la mesa —preferiría hacerlo en el encierro de su cuarto—, come poco y al apuro; cabizbajo, no pronuncia una palabra y contesta con monosílabos y evasivas las preguntas que le hacen. Apenas abre la boca para la ceremonia de bendecir la mesa y para dar gracias a Dios con padrenuestros y avemarías, al final.

En Quito hay mucha vida familiar, demasiado ritual y exceso de comida, y la casa de las Betancourt no es una excepción. Acostumbran a desayunar con pan de varias clases, nata y mantequilla a las cinco de la mañana, almorzar con sopa y tres platos

más a las nueve y media, tomar una merienda opípara a las cuatro, cenar del mismo modo a las seis de la tarde, y las nueve de la noche, antes de ir a la cama, hay que volver a la mesa para servirse el chocolate con quesos y más panes.

Le fastidia el continuo contacto con extraños. Permanece enclaustrado más de lo necesario. Doña Alegría y Doña María Mercedes respetan ese aislamiento, porque adivinan que el muchacho es tímido y suponen que su mente está concentrada en los estudios.

A un lado de la azotea, cerca de su habitación, el huésped de las hermanas Betancourt ha puesto dos palanganas llenas de agua. La niña las ve, y como es hacendosa y ordenada, considera que no es el sitio adecuado de las palanganas. Vuelca el agua y va a guardarlas. El muchacho escucha el ruido y sale de su encierro. Ve su agua derramada, el agua que ha puesto al sol para quitarle el frío y darse un baño. Pierde la cabeza con una facilidad que espanta. Se lanza como un lobo sobre la niña y la agarra.

Ella en un principio no se defiende, porque se imagina que es un juego algo brusco, pero juego... El muchacho se ha sentado en un poyo, ha colocado a la niña sobre sus rodillas. Le ha levantado las enaguas y está haciendo lo mismo que vio hacer a su madre cuando sus pobres hermanos derramaron una taza de café sobre la mesa, se pelearon por un zapote o una piña o trajeron malas notas de la escuela. Propina sendas palmadas en las nalgas de la niña, que al fin se da cuenta del escarnio e inunda la casa con sus gritos.

Las señoras Betancourt acuden alarmadas en su ayuda y se quedan perplejas ante semejante espectáculo. No es el muchacho de familia noble y piadosa que en tantas cartas les recomendó el hermano, no es el jovencito de buenas costumbres, bien educado y católico el que alojan en su casa. Es un precoz tiranuelo, y a ese energúmeno le brindan toda clase de atenciones y se desviven por darle lo mejor que tienen. La niña se ha desatado en llanto. Bien saben las Betancourt que no llora por la descomunal paliza, sino porque su pudor está sangrando...

El primer contacto con los vecinos y las gentes de la calle es el día en que debe asistir a las clases en el Consistorio de San Fernando. Allí le espera el maestro Ventura Proaño, quien va a suplir las deficiencias de su educación primaria. El maestro, como todos los que llegan a tratarle, se admira de sus conocimientos y de su portentosa inteligencia, pero le cuesta entender que sea tan reacio a entablar amistad con sus compañeros. Atribuye su humor desapacible y su misantropía, tal vez a que siente vergüenza de sus ropas impropias para el clima de Quito, a que se siente un mamarracho con la chaqueta que le queda estrecha y con sus pantalones a mitad de los tobillos. Descubre los zurcidos que lleva en el cuello y la camisa, la transparencia de la tela por donde están a punto de escaparse las rodillas y los codos. Se compadece de su aspecto, que a las claras habla de su pobreza, y no tarda en hacer gestiones ante los superiores del Consistorio para que le concedan el cargo de bedel. La paga que va a recibir es poca, pero remediará en algo sus necesidades apremiantes.

Ya es bedel. Viste el uniforme del Consistorio, que consiste en pantalón y casaca azul con botones y galones dorados al filo de las mangas, botas y sombrero negro y redondo. Lleva el medallón de plata con el escudo de la República colgado de una cinta celeste y no ha olvidado el juramento que hizo durante el viaje: mano dura con todos, para enderezar lo que está torcido.

Se convierte en poco tiempo en el inspector de más de trescientos condiscípulos que tienen su misma edad o la sobrepasan. Hace el oficio a conciencia, pero se muestra demasiado duro e inflexible. No consiente que se hable en los pasillos ni que caminen fuera de la fila. Vigila implacable y castiga a los que rayan los pupitres y escriben obscenidades en la pared de las letrinas. Se pasea con la palmeta bajo el brazo y la libreta de apuntes en la mano. No se le escapa la más mínima licencia. Busca una perfección que no puede existir entre muchachos, pero no tiene amigos ni se ríe nunca, y cuando sonrío da la impresión de que fuera a llorar. La mirada de sus ojos demasiado separados y demasiado fríos, hechos como para abarcar amplios panoramas, inspira miedo, pero se siente satisfecho de ese miedo que le coloca en un sitial por encima de los otros.

Un día de tantos, aparece en los claustros del convento un sastre francés con su hija, quien le acompaña a entregar un lote de sotanas y manteos que le han encargado. Es inaudito y nunca visto que asomen mujeres por esos corredores. Al verla, los muchachos se alborotan, gritan, silban y se arremolinan junto a la joven, que es bien parecida, rubia y de esbelto talle. La desnudan con los ojos y murmuran las consabidas obscenidades que suelen pronunciar cuando están en grupo. Los intentos que hace el bedel por mantener la disciplina resultan imposibles, y el convento se transforma en gallinero.

Entonces, sin poder reprimir su enojo, opta por pedir ayuda a las autoridades. Se presenta ante ellas y da parte del desorden que es inadmisibile en su presencia. Los superiores le escuchan, alguno considera una falta propia de adolescentes en semejantes casos. Pero lo que sorprende a todos, a punto de olvidar el motivo de la queja, dejándolos atónitos y sin palabra, es que el bedel, sin recurrir a su inseparable libreta —que uno de los compañeros le ha robado— cita de memoria y en orden alfabético los nombres de los compañeros descarriados.

Uno de sus condiscípulos, guayaquileño como él, Martín Ycaza y Paredes, ha contado alguna anécdota intrascendente en la que el nombre de doña Mercedes Moreno fluctúa entre el ridículo y la cháchara. El bedel, que tiene los oídos en acecho, atrapa los rumores y se entera de que el coterráneo ha mancillado el nombre de su madre. Considera que es algo semejante a una blasfemia y, ciego de furor, trama una venganza adecuada. Espera a que llegue la hora de salida y que el Consistorio de San Fernando se quede abandonado y sin testigos. Conduce al estudiante con engaño hacia las letrinas. Martín Ycaza tiembla, porque sabe de lo que es capaz su compañero. Trata de escaparse, pero el bedel, con las peores amenazas le somete a su capricho y llega al colmo de introducirle en la boca abierta de asombro,

un puñado de excrementos que le obliga a tragar...

Martín Ycaza se convierte en su primer enemigo encarnizado. Años más tarde, a su vez, tramará el desquite que será la causa del primer gran dolor que el entonces bedel experimentará en su vida. Pero se queda indiferente al rodearse de enemigos, porque el deleite de inspirar espanto afianza la creencia de que es un camino seguro para las ambiciones que empiezan a germinar con más fuerza en su cerebro. Además, le importa poco ser el blanco de la general antipatía, porque es el precio que paga por ser el alumno más destacado de todo el Consistorio.

Su afición a las ciencias exactas le permite discutir con los maestros cuando aparece un dato equivocado en la pizarra. Los maestros, ante semejante genio, se ven obligados a complicar aún más los ejercicios de cálculo mental, porque la rapidez con que el alumno grita el resultado causa estupor y no deja de inspirar una soterrada envidia, que aumenta más la animadversión de sus condiscípulos. Es el mimado de todos los maestros, el suplente imprescindible de las autoridades, el que toma las lecciones, el que verifica la asistencia diaria, el hijo preferido de la madre y el que sabe hacia dónde debe encaminarse.

Pero no es feliz.

Nadie le ha visto reír, ni le ha escuchado entonar una canción profana, a no ser en la capilla, donde su voz se destaca entre todas. No conoce la complicidad de las confidencias, ni los lazos entrañables de un amigo; es la hormiga perdida en el desierto. Anhela algo más que no le llega. Algunas noches, en la intimidad de las sábanas, llora con rabia y amanece con los párpados hinchados. Otras veces se pone de rodillas y suplica al Altísimo que le conceda la gracia de amanecer lejos del mundo y en la gloria. Es pasto de una melancolía irremediable, de un no sé qué de tintes grises, de un amargo sinsabor frente a la vida. Acaso es la nostalgia por su madre, a quien no ha visto desde hace dos años, o el distanciamiento con sus compañeros que le relega a una atroz misantropía y desengaño.

Ha cumplido diez y siete años y no los ha vivido. Es flaco, desgarbado y solitario. La mayoría de los jóvenes de su entorno suelen tener alguna novia. Algunos se explayan en suspiros y se refugian en un amor platónico; otros acostumbran a jactarse de prematuras experiencias con las fulanas que no faltan. Hay quienes están apalabrados desde la cuna para contraer matrimonio con la doncella elegida por los padres, y las visitan en los días señalados, con la chaperona sentada en la mitad, que borda alguna tela, pasa las cuentas del rosario y vigila lo que hacen, escucha lo que dicen y si el noviazgo es interminable, se aburren.

En el difícil paso hacia la juventud, lo que no es común, sino más bien insólito, es que los intereses del joven giren solamente alrededor de los estudios e ignoren por completo la presencia de las mujeres. No ha sentido el deslumbramiento del primer amor, ni se ha engolfado en las triquiñuelas de la conquista, ni sufrido la punzada de los celos o el dolor de las traiciones amorosas; es decir, ha vivido al margen de lo que para otros es común, y su existencia es triste y desabrida.

Quizá esa tristura se deba a que hay algo más que el cuerpo todavía no le pide, sino que le reclama el alma; o se debe a que prima el ambiente en que creció, el dominio de la madre que le ha empujado con insistencia hacia la superación, que para ella sólo se encuentra en la vida religiosa, frente a lo cual no deja de pensar que, al fin y al cabo, con sotana o sin sotana, puede cristalizar sus sueños. Pero todo es triste, con la tristeza inexplicable de los adolescentes solitarios...

*H*a terminado sus estudios en el Consistorio de San Fernando con las más altas calificaciones, honores y parabienes. Debe iniciar sus estudios universitarios. La madre se siente feliz y está orgullosa. Pero al joven le ha llegado el momento de la duda, porque no atina a decidir si quiere ser el santo venerado en los altares, o quiere ser el sabio entregado en cuerpo y alma a la ciencia. Sus apetencias naturales le inclinan hacia esta última, pero en la Universidad de Quito no existe una carrera que le ofrezca más conocimientos de los que ha logrado acumular.

Su inclinación hacia las ciencias exactas le impulsa a buscar la compañía del ingeniero Sebastián Wisse, traído desde Francia por ese otro amante del saber que es el presidente Rocafuerte. Por esos días el científico se debate en la más escandalosa miseria, no se cumple el contrato ofrecido, se le adeudan muchos meses de sueldo y en una situación insostenible deja a un lado su natural mansedumbre y estalla: «No me contengo más; y ha llegado a tal punto mi exasperación que me siento capaz de pegar fuego a las selvas del Ecuador o de tragarme el Guayas. Demasiado tiempo he callado, me he concentrado en mí mismo, tanta bilis encerrada, tanto disgusto comprimido no pueden caber en mí; ya me llega el despecho a la periferia; ya me sale por los poros, una explosión es inevitable: ya reventé».

El encuentro de los dos hombres que se saben capaces y viven inutilizados resulta provechoso para ambos. Visita al sabio Wisse con frecuencia, se empapa de sus conocimientos, toma lecciones de matemáticas superiores y, sobre todo practica el francés porque, como todos los jóvenes de aquella época anhela viajar a París, que es la capital del mundo.

El sabio Wisse, profesor de matemáticas y de ciencias físicas, se admira de su talento y le acepta como alumno. Le propone visitar el cráter del volcán Pichincha. El joven acepta enseguida, hacen los preparativos y parten en una fría madrugada. Pasan la noche en una hacienda acompañados de un criado y un guía indígena que lleva en una mula los aparatos para examinar las entrañas del volcán, que ha producido varias erupciones y tiene atemorizados a los habitantes de Quito.

Al mediodía llegan a la boca del cráter. El indígena les conduce hasta cerca de la cima, pero se niega a seguir con ellos más arriba, porque está convencido de que el volcán es la puerta del infierno, el hueco por el cual quien intenta meterse nunca sale, porque los diablos están listos para halarle por las patas. Sin embargo, promete

esperarles hasta que regresen, si es que vuelven. Les ruega repetidas veces que no entren, y se despidió de ellos con ayes lastimeros.

Inician el peligroso descenso. Wisse se cerciora de que lleva consigo sus libretas e instrumentos. El joven acompañante se santigua. Los cables que han llevado no sirven para nada, porque las paredes del cráter son endebles y no pueden sostenerlos. Los dos expedicionarios deben bajar por las laderas casi verticales arañando las paredes. A veces el que va detrás da un paso en falso, cae sobre el que va delante y ruedan entre las rocas, que se desprenden hasta llegar a la profunda sima. La caída de las rocas les devuelve un eco ronco, que se convierte en amenaza.

Se detienen en alguna oquedad para tomar apuntes. Hacen mediciones y recogen muestras de cenizas. Las emanaciones de azufre les impiden respirar y los debilitados pulmones del costeño no soportan la ausencia del oxígeno. Se ahoga con una tos lacerante, pero sigue al sabio.

Casi al anoecer llegan al fondo. Las botas se hunden hasta los tobillos entre la ceniza y el azufre. El calor es asfixiante. Han demorado más de lo previsto en el descenso. Buscan un lugar cómodo para esperar el nuevo día, porque la oscuridad no les permite dar un paso. Se acurrucan uno al lado de otro y cuando se disponen a cerrar los ojos, cae sobre sus cansados cuerpos una furiosa tempestad de granizo acompañada de truenos y relámpagos. El joven recuerda con tristeza la noche de tempestad en el balcón de su casa, cuando el padre le mandó que traspasara por la fuerza el umbral de la niñez a la edad adulta, para desafiar al miedo.

Apenas aparece la difusa claridad que anuncia el nuevo día, empiezan el difícil ascenso, pero las paredes empinadas se han puesto más resbaladizas con la lluvia. Deben buscar otra salida. Tardan en hallarla. Wisse ha perdido su barómetro. Están exhaustos por la sed y la fatiga. Al cabo de dos días logran coronar la cima. Salen y se tienden extenuados sobre los escombros de piedra pómez. Están cubiertos de unas cuantas heridas, lo único que han podido ingerir son puñados de nieve, pero están felices. El sabio Wisse ha llenado su libreta de importantes anotaciones y los bolsillos de residuos volcánicos. El inexperto joven en esa clase de aventuras ha realizado una de las proezas más grandes de su vida austera y sedentaria.

Cuatro años más tarde volverá a tomar parte en otra expedición al volcán Sangay, y regresará con el sabio Jameson al Rucu Pichincha para comprobar los cambios operados en la profundidad del cráter.

*D*espués de la expedición al cráter del Pichincha, tiene un encuentro con el sacerdote Francisco Xavier de Garaicoa, designado obispo de Guayaquil. En el corto tiempo que el obispo permanece en la capital para recibir la investidura, le nombra su secretario particular. El joven le consulta acerca de sus incertidumbres: por un lado, siente el llamado hacia la vida religiosa, y por otro, le atrae el estudio de las ciencias.

El obispo, como es natural, le alienta a seguir la carrera sacerdotal, y al poco tiempo recibe las órdenes menores. Pero como la duda y la tristeza aún persisten, mediante un privilegio especial consigue de las autoridades religiosas que le permitan usar sólo el alza cuello y la tonsura, mas no la sotana que tiene colgada de una percha en el sitio más visible de su cuarto y que no deja de mirar.

Con el acostumbrado brío con que emprende todas las posibilidades de superación para lograr sus fines, se entrega con una tenacidad de poseso al estudio del Derecho Canónico. Es necesario evitar las tentaciones que empiezan a aparecer y para que nadie le perturbe ni le quite su valioso tiempo, no se desviste ni se acuesta en la cama, sino que se tiende a dormir en el duro suelo. Permanece enclaustrado en su alcoba. Estudia hasta sentir dolorosas punzadas en los ojos, y al primer bostezo recurre a una palangana, la llena del agua helada que baja de los deshielos del Pichincha y sumerge los pies en ella. No le permite a su pobre anatomía la menor claudicación, con los pies agarrotados y los músculos a punto de calambre, en un impulso masoquista agarra una navaja y se afeita el cráneo, el hirsuto bigote y las pobladas cejas.

El espejo refleja la imagen de un joven prematuramente viejo, triste y agostado. Se hace más evidente la separación de sus ojos penetrantes y fríos, dueños de ese brillo alucinado que revela la voluntad inquebrantable de ser un sacerdote, pero ha decidido que no lo será nunca al estilo de los religiosos contemplativos, alejados por las experiencias místicas, porque la República que le espera necesita de urgencia, más que de oración y meditaciones, de una férrea disciplina mantenida por la acción del látigo.

Será el nuevo sacerdote al estilo de los Caballeros Templarios, poderosos y guerreros, o mejor el obispo que libere a la patria de los caudillos ambiciosos y meta en cintura a los millares de pecadores descarriados, a las malas pécoras que venden su carne en las noches frías, a la soldadesca extranjera convertida en bandas de cuatrerros, a los indios ladrones y haraganes que viven borrachos con el fermento de la chicha de sus pundos, a las monjas que llevan una vida regalada y entran a los conventos con decenas de criadas y a los mandatarios corruptos como el usurpador Juan José Flores.

No es raro que durante la cuaresma se entregue a inmisericordes penitencias con ayunos de mendrugos de pan y sólo agua, que practique unos cuantos vía crucis y no se aparte del breviario romano. El Miércoles Santo, al mediodía, es uno de los cien acólitos que acompañan con cirios encendidos al Cabildo de Canónigos en la solemne ceremonia del Arrastre de las Caudas. Todos los que forman el cortejo van vestidos de negro, con cogullas ribeteadas de terciopelo. Los preside un portaestandarte que agita la enorme bandera negra con la cruz roja en el centro. Las capas renegridas de los clérigos miden entre cuatro y cinco metros de largo y barren el piso de la Catedral Primada de Quito y de las calles adyacentes. Las campanas doblan a difuntos, el órgano de la Catedral estremece las cúpulas con sus notas fúnebres. La procesión

dura largo tiempo, porque el arrastre de las caudas no termina nunca. Al final del cortejo aparece el Arzobispo portando el relicario de oro y piedras preciosas, donde se guarda la astilla de la verdadera cruz de Cristo que por un privilegio especial se conserva en el templo. Al lento paso de la reliquia venerada los devotos quiteños caen de rodillas. La procesión con su negrura tétrica simboliza a la humanidad sumida en el pecado. Los lagrimones del cirio encendido hacen ampollas en la piel del devoto acólito, que camina erguido e insensible entre los arrodillados.

El contacto con las gentes de iglesia en la ciudad convento, donde muchos curas mantienen privilegios y abusan del prestigio que les concede la sotana, moviéndose entre las familias con dinero y entre enjambres de beatas adadoras y chismosas, le permite frecuentar otros ambientes ajenos al confinamiento en que hasta entonces ha vivido. Debe asistir a reuniones juveniles en las que es frecuente que se termine en algún sarao. Pero su timidez frente al otro sexo, la tonsura y el alza cuello le hacen huir de cuanto que le parezca pecaminoso o frívolo.

El padre Betancourt, que ha podido penetrar en el lado oscuro de sus verdaderas intenciones y ha llegado a conocerle a través de las confidencias de sus pacientes hermanas, trata de disuadirle para que se aparte de la vida religiosa. El sacerdocio — le ha dicho, mirándole al fondo de los ojos—, es para los hombres místicos y no para los que han nacido para ejercer poderes temporales. Comprende que no le falta razón al mercedario y entonces, después de largas cavilaciones, desolados insomnios y consultas, toma la decisión de seguir la carrera de jurisprudencia.

No es ajeno a la tentación de ser doctor, título que también le puede permitir un rápido medio para lograr ascensos. En poco tiempo su vacilante vocación se esfuma. Pero esa decisión tampoco le alegra, porque le deja el amargo sabor de quien cree que ha claudicado al tomar el sendero de lo fácil.

Experimenta otra etapa de tormento moral. Sufre la sequedad del alma. Se siente vacío, extraño y confundido. Le parece que ha consumado una traición al Ser Supremo y sin poder salir de los recovecos escrupulosos de su conciencia enajenada, busca un poco de consuelo escribiendo una larga carta a su madre, a sabiendas de que le va a causar un gran disgusto, pero debe confesarse con quien le empujó a la carrera del sacerdocio y a quien ha defraudado. No espera que le absuelva, más bien, a modo de penitencia, le confiesa lo que ha decidido, y la madre, como era de esperarse, le contesta una carta furibunda. El ex seminarista experimenta más hondo otra etapa depresiva. Sufre, no tolera ninguna compañía. Se castiga leyendo las letras enviadas por su madre y estruja el papel que conserva las señales evidentes de la decepción y de las lágrimas.

*H*a cumplido veintiún años. Está dedicado con furibunda pasión al estudio de la Jurisprudencia y aprende en poco tiempo todas las leyes con sus interpretaciones,

derechos, prohibiciones y castigos.

En una ciudad tan pequeña como el Quito de entonces, la fama de su talento y de cierto afán de versificador, aunque en un estilo pedante y forzado, llega hasta los salones aristocráticos. No es raro que un buen día, un lacayo con librea ponga en sus manos una invitación de doña Mercedes Jijón de Flores —para quien trajo una carta de recomendación la primera vez que salió de su ciudad—, para asistir a una recepción que organiza la dama en honor de su esposo presidente, ese mulato y advenedizo Flores, cuyo único título es el de haber combatido a las órdenes de Bolívar en las campañas libertarias.

Flores acaba de regresar de Nueva Granada portando el obsequio de una espada de oro que le ha otorgado el gobierno granadino en pago por sus servicios a ese país: cuando dos mil soldados ecuatorianos fueron utilizados para combatir a órdenes del gobierno granadino para sofocar la rebelión de un general, bajo la promesa de que Nueva Granada devolvería a Ecuador la provincia de Pasto que fue su antiguo territorio. Promesa que nunca se cumplió.

Tiene la lujosa esquila con ribetes dorados en sus manos y siente que su vanidad se expande como las ondas de un estanque quieto cuando se lanza una piedra en el centro. Hace a un lado el orgullo y la repugnancia que desde niño ha sentido hacia el homenajeador, se pregunta por qué no, y decide asistir a la recepción de quien se cree dueño del país. Por primera vez se acicala, se afeita con cuidado, se recorta los pelos hirsutos del eterno bigote y sonríe ante el espejo, sabiendo que su rostro no es feo. Se enfunda en su mejor levita y se encamina con paso decidido a la mansión del general, semejante a la de cualquier príncipe europeo y que se encuentra iluminada con centenares de faroles.

La única carroza con pajes de librea y caballos bien enjaezados que existe en la ciudad y que es propiedad de la familia Aguirre, está frente a la mansión. La fiesta es suntuosa. Se codea con lo más selecto de la sociedad quiteña. Las charretras y los sables de los militares brillan junto a las púrpuras de los tonsurados, y los escotes de las damas exhiben collares de diamantes y zafiros. La música, los vinos espumosos y los perfumes franceses de las damas le marean, pero él no pasa de ser uno más entre tantos invitados y se siente incómodo.

Las conversaciones superfluas le confunden y al cabo de un momento de desilusión decide retirarse. Pero entre los presentes hay una jovencita que no ha dejado de mirarle con curiosidad e interés, porque ha oído de él los mejores comentarios y se siente atraída hacia el futuro doctor que luce altanero, elegante y que permanece solitario en un rincón, sin dejar traslucir la sensación de intruso que lleva por dentro.

La jovencita, casi una niña, es nada menos que la hermana menor de la anfitriona. Se abre paso entre el gentío y se acerca a él con infantil desenvoltura, para iniciar un diálogo de muchas preguntas y vacilantes respuestas, que le permiten disimular la timidez y el fastidio. No tarda en adivinar la buena impresión que le ha causado y es

absurdo que pueda permanecer indiferente ante los encantos de esa niña ingenua y recatada, muy diferente a todas las mujeres que ha visto hasta entonces. Su natural coquetería e inocencia no se parecen al flaco entendimiento de tantas féminas quiteñas, ni a la procacidad de las mujeres de la calle. Y entonces, simplemente olvida que es la cuñada del tiranuelo a quien detesta, y por primera vez experimenta qué honda, qué directa y qué certera es la flecha disparada por Cupido.

Cuando se inicia el baile y la tiene entre sus brazos, la jovencita presiente que bajo su apariencia de cordero se esconde un león que amenaza devorarla. Pero le atrae el peligro, porque los ojos del apuesto joven despiden llamaradas y nadie hasta entonces ha pronunciado el nombre de Juanita en esa forma que tiene el poder de una seducción extraña. Se siente importante por haber causado esa impresión en el ánimo de un joven acerca del cual se habla tanto. Son suficientes las miradas de esos ojos ardientes y las entrecortadas frases que salen de esos labios rectilíneos, para que ella se sienta absurdamente feliz. A su vez, el joven experimenta por primera y única ocasión en su vida el fuego de un amor que será irrepetible.

Cuando la fiesta termina y se despide con un largo y apasionado beso cortesano en la mano extendida, deja de ser quien es y cuando llega a su alcoba le parece que ha vivido un sueño. El amanecer es infernal, no ha logrado conciliar el sueño y se ha revolcado como un poseso entre las sábanas. Juanita Jijón le ha enloquecido.

Desmesurado en todas sus pasiones, lo mismo en el amor que en el odio, no puede apartarla de su pensamiento. Los ojos, la boca, el cabello y la figura de Juanita le encandilan y se siente inutilizado para continuar sus estudios. No tarda en visitarla y las visitas se suceden con frecuencia. Comprende que no puede estar lejos de ella. Hace planes para pedirla en matrimonio y le escribe en su álbum los únicos versos aceptables que pudo escribir en su existencia.

El idilio que pudo transformarse en una unión nacida de un apasionado amor y no de conveniencias, se ve interrumpido de forma brusca y dolorosa, porque al cabo de los años su paisano Martín Ycaza, asiduo visitante de los Jijón, lleva a cabo la venganza que había jurado. Cuenta a la familia de la joven los pormenores del vergonzoso papel de delator que tuvo en los años de estudiante, cuando fue bedel del Consistorio de San Fernando, y los detalles del siniestro episodio cuando le obligó a comer excrementos bajo crueles amenazas.

Los Flores Jijón, que hasta entonces han tolerado su presencia, se escandalizan. Mandan a hacer averiguaciones y al comprobar que Martín Ycaza no ha mentado, impiden que el enamorado se acerque a la amada. Juanita Jijón sufre un terrible desengaño, al imaginarse que pudo estar en similares circunstancias por las que atravesó Martín Ycaza, frente a quien es capaz de urdir una venganza tan fría, calculadora y asquerosa. Es el mismo presidente de la República, Juan José Flores, quien ordena que le despidan de mala manera y que le cierren para siempre las puertas de su palacio.

El enamorado se desespera. Está herido de amor y se consume. Sufre como si

fuera el propio joven Werther. Se desvela y pierde las ganas de vivir. Deja a un lado los estudios de leyes y lo único que ansía es la llegada de la muerte. En su desesperada pasión hacia Juanita Jijón escribe una «Letrilla». El poema está lejos de cualquier atisbo de la ambición que guiará sus pasos. Sólo se puede apreciar que en esos días, no es el santo, ni el demonio, ni el tirano, sino el hombre que tuvo uno de los pocos instantes en que fue capaz de enamorarse como cualquier ser humano:

*Cual ángel la quise,
la adoré cual Dios,
y ella con caricias
mi pasión premió.
¡Oh tiempo engañoso!
¡Oh! ¿Quién te mudó?
¡Ay! vuelve, inconstante,
que muero de amor.*

*Si viene la ingrata
que tanto me amó
a ver el sepulcro
de su fiel pastor.
Decidle cual muero
decidle... mas no,
que es vano que sepa
que he muerto de amor.*

*Tened inocentes
de mí, compasión;
pues sabéis que expiro,
que muero de amor.*

Las caritativas hermanas del padre Betancourt, enteradas del suceso, se apiadan y temen por su estado mental y por la fragilidad de su salud, pues permanece encerrado, tirado de bruces en la cama. No come ni bebe y de vez en cuando se escucha el golpe seco de su cabeza que rebota en las paredes. Las señoras de la casa se santiguan y van en busca de la botella de árnica, mientras la sobrina se desata en llanto.

El joven trata de encontrar algún consuelo y busca un refugio en las lejanas faldas de la madre. Le cuenta las cuitas de su primer amor fallido. La madre, que detesta todas las actitudes con tinte de melodrama, a vuelta de correo le contesta con una carta en la que le sacude con su acostumbrada dureza, como si fuera un trapo de cocina. Doña Mercedes no tolera que el hijo de sus entrañas, nacido para heroicas empresas, ande en lloriqueos amorosos más propios de doncellas que de hombres

viriles.

Hundido en el desaliento, cae en la cuenta de que ha descendido bruscamente del pedestal de futuro cuñado del dueño del país al de acérrimo enemigo. Desde entonces, el odio que siente hacia quien impidió el noviazgo y le quitó la oportunidad de un rápido triunfo, le envenenará gran parte de su vida. Como una consecuencia de su despecho, experimenta las hasta entonces escondidas apetencias hacia el otro sexo. Le es difícil relacionarse con alguna muchacha de su edad. Carece de naturalidad para acercarse a alguna otra. Es más fácil y menos complicado recurrir a las prostitutas que le están esperando en los burdeles.

Su temperamento exaltado no le permite detenerse en lo parco ni en lo medio, está hecho para traspasar todas las barreras, porque su naturaleza le inclina a lo superlativo, le empuja hacia la grandeza y lo desorbitado. Su férrea voluntad no le sirve para evitar los excesos de lujuria. Una fuerza diabólica le arrastra con frenesí hacia lo que considera el nefasto pecado de la carne. No basta una experiencia, sino que cae irremediabilmente en el abuso. No busca a la criadita o la chica pobre por la que puede sentir algún rezago de ternura, sino a las mujeres del oficio, quienes le inician en la brutalidad del sexo.

Aún están tibias las cenizas del recuerdo de cuando quiso ser santo y se mantenía casto. La sensación de pecado mortal, que siempre será mortal cuando se trate de las debilidades de la carne, le atormenta como si ya hubiera traspasado las puertas del infierno. En busca de alivio, acude a confesarse con frecuencia, se arrepiente hasta sentir el repudio de su Dios, pero tarda en enderezar sus pasos por el atajo de la enmienda, porque su carne atrapada en el deseo no es débil, sino demasiado fuerte.

*A*ntes de obtener el preciado título de Doctor en Leyes, arrolladora aspiración de una nueva clase social que surge incontenible como una réplica a las decadentes actividades de los descendientes de la aristocracia hispánica, tiene que dedicarse a la práctica del ejercicio profesional durante dos años en el estudio de algún abogado de prestigio. Escoge el del doctor Ramón Borja. Esta carrera le permite mejorar su situación de pobre, pero noble. Empieza a vestirse con similar lujo que los hijos de los marqueses independentistas, se toma las licencias que acostumbra ellos, asiste a uno que otro sarao, empieza a oler polvos de rapé y lo hace con donaire. Cambia su firma de complicada rúbrica y grandes mayúsculas que afirman su terrible ego juntando al apellido paterno el materno y da lugar a la usanza de los dos apellidos, porque hay miles de Garcías inocuos, modestos, mesurados, pero él es y será el único. Mas no descuida sus estudios, porque a pesar de sus estados depresivos, los libros son el mejor antídoto de sus penas.

En tales ajeteos, debe cumplir, según la costumbre, con detalles engorrosos que son imprescindibles. El día de la obtención del título de Doctor en Leyes, se presenta

al temible examen de incorporación ante los representantes de la Corte Suprema de Justicia. Vestido con una solemne levita de paño negro europeo, luce una corbata de plastrón que cubre la nítida pechera. Se encaja el ceremonioso sombrero de copa alta, cambia el bastón de madera corriente por uno enchapado en nácar y con puño de plata, se coloca los guantes con botonaduras nacaradas y cuando empieza a caminar siente que el mundo se ha reducido de tamaño.

No en vano ha estudiado noche y día para salir airoso en el examen que ha durado dos interminables horas, en las que ha puesto de relieve sus conocimientos jurídicos y dotes de oratoria. Presta el juramento de rigor con la mano derecha extendida sobre un misal y pronuncia el juramento de defender la Constitución de la República y las Leyes, de no servirse de la profesión para enriquecimientos ilícitos, de defender gratuitamente a los pobres de solemnidad, a los hospitales, asilos e indígenas, y termina con el voto de defender la pureza de María Santísima en el misterio de la Concepción. Mientras recibe los aplausos, permanece serio, con el mentón en alto y los ojos chispeantes de orgullo.

Interviene en la solución de algunos pleitos. Está bien preparado y puede tener una numerosa clientela, pero comienza a sentir la comezón política. Y se ve envuelto en algunas conspiraciones, escribe manifiestos y tiene poco tiempo para dedicarse a su carrera. En medio de una actividad que empieza a complicarse, debe actuar como defensor de oficio de un asesino. Reniega de su profesión. Se resiste, le cuesta faltar a su juramento para cumplir con leyes que considera absurdas, y responde al juez lo que más tarde hará sin restricciones de conciencia:

—Esté usted seguro que me sería más fácil asesinar que defender a un asesino.

*A*quel que se cree predestinado por la Providencia para salvar la patria y ha crecido con ansias de poder, logra reponerse del fracaso sentimental, aunque a pesar de sus esfuerzos alguna noche turbia sueña todavía con los encantos de Juanita Jijón. Pero enredado en el paroxismo político, concentra su capacidad de odio en la antipatía al mulato advenedizo.

Menos mal que su odio encuentra la misma intensidad y resonancia en el pueblo. Junto a los pocos ricos y a la multitud de pobres, al lado de los muchos curas y de los escasos masones, con los jóvenes y viejos, con los contados blancos e innumerables indios, la nación manifiesta su repudio a Flores. Se le acusa de ser el instigador del asesinato al mariscal Sucre, el héroe más amado de los quiteños, cuando atravesaba las selvas de Berruecos para llegar a Quito y ser elegido, él y no Flores, como primer presidente de la joven república.

El nuevo doctor ha crecido alimentado por la repulsa de la madre hacia el usurpador. A los doce años, cuando era pupilo del padre Betancourt, supo de los incidentes de la batalla de Miñarica en la que perdieron la vida más de mil hombres a

manos de las tropas comandadas por el negro Otamendi, el soldado feroz y sanguinario traído por el extranjero desde Puerto Cabello para mantenerse en el poder.

Ese odio se acrecentó cuando fue estudiante y supo del vil asesinato del filósofo Francisco Hall, fundador de la Sociedad el Quiteño Libre, el que vivía como un asceta, sobria y modestamente en una quinta en las afueras de Quito y congregaba a los opositores del régimen floreano en una tenaz lucha de ideas y proclamas. Aún era joven para tomar parte en las revueltas, pero participó de la indignación y del dolor populares cuando el venerado coronel Hall amaneció colgado y, para mayor escarnio, desnudo, en un poste del cuartel cercano. Y supo cómo las monjitas de la Concepción, en la oscuridad de la noche, arrastraron una escalera y cubrieron piadosamente las desnudeces del immaculado irlandés, tan enamorado de la joven república, en la que se quedó a vivir para guiar las mentes de una generación huérfana de los padres que debieron ser quienes encauzaran los primeros pasos en el andar de la nación, pero fueron masacrados un fatídico 2 de agosto, dando lugar al gobierno de ese advenedizo extranjero a quien detesta.

El muchacho se ha hecho hombre en la inconformidad y en la rabia. Ha sentido la humillación de vivir en una época en la que no hay otra ocupación que conspirar. Sabe que su destino está marcado por la rebeldía, que no puede permanecer impávido ante la mascarada de los quince militares de alto rango que en una ocasión tomaron el poder, doce de los cuales fueron extranjeros y tres ecuatorianos que estaban fuera de servicio.

Estos y otros tantos sucesos permanecen fijos en su mente, por algo ha estudiado con ahínco noche y día hasta obtener el ansiado título de Doctor en Leyes. Hay demasiadas razones para odiar al caudillo extranjero. Si bien ha logrado arrancarse la espina de su primer amor, tan amor y tan fallido, le queda la humillación de haber sido expulsado a patadas de la casa del dictador, quien a su vez se jacta de ostentar el título de Doctor Honoris Causa, hace gala de su valor y de sus dotes de estrategia en más de ochenta y tres combates, tiene el poder de convencimiento en las cuestiones políticas y se envanece de ser un irresistible seductor frente a las mujeres.

El flamante doctor no admite la insólita usurpación del poder para volver a instalarse en la presidencia deponiendo al presidente Vicente Rocafuerte, que pudo gobernar con honradez y con firmeza; detesta el predominio de la soldadesca integrada por feroces negros y mulatos; repudia al gran poeta José Joaquín Olmedo, que en versos altisonantes elevó al sitial de héroe al caudillo venezolano después de la absurda batalla de Minarica. Debe ser él quien ponga fin a tanta desvergüenza y anarquía.

Se dedica con verdadera pasión a conspirar. Ingresó en la Sociedad Filantrópico Literaria, que agrupa a los más enconados enemigos del gobierno. Los integrantes de la Sociedad están enardecidos con la lectura de *La Linterna Mágica*, el periódico editado por el infatigable Pedro Moncayo desde el exilio. Esa lectura es el acicate que

le impulsa a escribir los más terribles panfletos de esos años, pero la Sociedad queda disuelta por un decreto que silencia a los que no hablan a favor del gobierno.

Es imposible que quien cree que el poder es su derecho pueda permanecer indiferente. Se arriesga a fundar una nueva agrupación clandestina bajo el nombre de Sociedad Filotécnica, con el pretexto de que en ella se dedicarán a realizar estudios de índole científica, cuando su fin no es otro que derrocar al gobierno y aún más, tramar la forma de eliminar al déspota. Es él quien está necesitado de un escenario, de un trono, de un puñal para ser tomado en cuenta. Es quien busca una palanca para mover el mundo, y se ofrece sin vacilaciones ni dudas para hundir el puñal en el pecho del odiado caudillo, rechazando cualquier compañía. Lo hará solo, eliminará a quien sea conveniente matar y sin claudicar en sus enraizadas convicciones religiosas, porque se apoya en los principios del tiranicidio preconizados por el jesuita Juan de Mariana y por el cardenal Belarmino, cuyas obras ha leído con pasión.

Flores es el zorro que huele el peligro a distancia y tiene sus razones bien fundadas para desconfiar de los filotécnicos y de un modo especial del que sabe que es su enemigo declarado. Aunque vive acostumbrado al peligro y desprecia las amenazas de las continuas conspiraciones, esta vez se muestra cauto y cambia sus acostumbradas rutas.

Embozado en su capa, tan negra como la negrura de la noche, el puñal en una mano que no tiembla, encomendándose a Dios y sabiéndose el ejecutor de un acto encomendado por la Providencia, espera desde hace horas al caudillo en el zaguán de la casa donde vive la Peluda, su amante de turno. Es una mulata esbelta y excitante que lleva ese mote porque acostumbra exhibirse por las calles desnuda y apoltronada, pero cubierta enteramente de pieles en la silla de manos que conducen con parsimonia cuatro tauras armados.

La Peluda, venida de un pueblo del Caribe, no soporta el frío de Quito. Nadie ha visto su cara porque las pieles sólo dejan ver sus ojos achinados. Desde la casa vecina está con su amante, riéndose del que saben que lleva un puñal y espera en vano, interrumpido por las rondas nocturnas y los vacilantes pasos de los trasnochadores. Una vez más el déspota Flores está a salvo. Al filo de la madrugada, sin hacer uso del puñal, el asesino en ciernes se retira decepcionado, comprendiendo que el enemigo sabe de sus planes.

No cesa en el empeño de eliminarle, le vigila de lejos y de cerca. Se instala en una azotea, cuenta los pasos que debe dar hasta llegar a su presa y la fuerza que debe emplear para hundir el puñal, las posibilidades de reacción de los acompañantes, la probabilidad de un tiro de gracia; calcula los segundos que debe tardar para la huida y la confusión que puede originarse. Escoge el sitio preciso donde va a esconderse sin que nadie le encuentre, pero tampoco se presenta la ocasión. El dueño del país cambia de ruta con frecuencia y hasta ha mandado a colocar a sus esbirros en sitios estratégicos.

Pese a que los filotécnicos continúan conspirando en el mayor secreto y se

guardan de comentar sus planes ante los más íntimos, el asesinato del caudillo no llega a realizarse. Un *huasicama*^[*] que barre el local de la Sociedad, ha sido conminado por la fuerza a aceptar unas pocas monedas y permitir la entrada de un espía. El desventurado se encuentra entre los unos y los otros, el dinero le quema la mano, su miserable vida está en peligro, y sin otra alternativa esconde al espía detrás de una cortina. Este permanece en el local de los conspiradores, y en la noche se entera de lo que tramam y confirma que el puñal está en manos del filotécnico más decidido, por lo que cualquier intento de eliminarle es inútil.

Ante la evidencia de que su vida está en peligro, el tiranuelo de Puerto Cabello decide protegerse y ordena el confinamiento del frustrado asesino y de los otros complotados a la ciudad de Loja. Los acusados se escabullen a tiempo. El cabecilla se refugia en una quinta de Los Chillos, propiedad del general Vicente Aguirre, quien le esconde en un soberado, pero es descubierto por causa de un inoportuno e inocente estornudo.

—¿Quién se esconde ahí? —preguntan los tauras desenvainando sus sables.

—Nadie... —responden los indios de la hacienda temblando de miedo.

—¿No fue un estornudo...? —insisten los soldados mirando hacia arriba.

—Han de ser ratones... —atinan a decir los indígenas.

—¿Desde cuándo estornudan los ratones...?

El general Aguirre, al saber que han descubierto al refugiado, decide pagar una fianza de dos mil pesos para que el autor del estornudo no salga al destierro y permanezca en su quinta por algunos días, al cabo de los cuales logra evadirse. Desaparece de la escena por un tiempo, y nadie, ni siquiera los pesquisas más hábiles, logran dar con su paradero.

*F*lores ha tenido el desacierto de dictar una nueva Constitución, enteramente oprobiosa para el cansado pueblo, que no tarda en llamarla *Carta de Esclavitud*. Gracias a esta escandalosa maniobra la oposición se generaliza. Ninguno de los complotados sale al destierro. Desde distintos escondites cada cual espera la próxima caída del caudillo.

El fugitivo tiene en sus manos *La Carta de Esclavitud* y está rabioso, aún más cuando se entera que la carta ha sido redactada por diez militares del régimen: tres españoles, que figuran como compadres; dos ecuatorianos, que son blandengues; dos venezolanos, que son sus amigotes; un francés, que importa el vino de su agrado, un irlandés, que no habla el idioma, y un granadino llegado la víspera.

La nueva Constitución obliga a que todo habitante, tenga o no rentas, deba pagar la gabela de tres pesos con cuarenta reales; el extranjero se concede a sí mismo la nacionalidad del país, alegando que está casado con mujer ecuatoriana y goza de una

renta de treinta mil pesos en bienes raíces. El texto prolonga su periodo presidencial a ocho años con derecho a reelección. Tratando de congraciarse con los liberales, a quienes considera peligrosos, suprime el nombre de Dios de la Constitución y prohíbe que los religiosos tengan funciones administrativas. El clero indignado le condena a los infiernos y se engrosan las ya nutridas filas de la oposición que, en definitiva, es todo el pueblo y que reacciona en una ebullición desenfadada.

El fugitivo sale de su escondite y empieza a conspirar abiertamente. Las comunidades indígenas del norte y centro del país se olvidan de sus cosechas y se levantan en armas, pero como se trata de los más débiles, el negro Otamendi se aprovecha y los reprime con crueldad.

El que quiere gobernar, aunque sea a un «pueblo imbecil», no descansa de escribir proclamas en la primera vez que hace causa común con el pueblo. Se declara el 6 de marzo como el Año 1 de la Libertad. El poeta José Joaquín Olmedo, arrepentido de haber ensalzado a quien calificó de héroe en la batalla de Miñarica, tacha de un plumazo lo que ha dicho refiriéndose al monte Chimborazo: «Rey de los Andes, la ardua frente inclina cuando pasa el vencedor...».

Los mejores hombres de Cuenca, Guayaquil y Quito, entre los que se encuentra el conspirador, forman una Junta Patriótica con la participación del clero, los comerciantes y los agricultores. La Junta nombra como jefes del ejército libertador a los generales más sobresalientes, que asumen el liderazgo de las fuerzas populares. Al repique de las campanas de todas las iglesias, que incitan al levantamiento los hombres de todas las condiciones y edades, incluyendo los niños, corren a alistarse en el ejército que va a derrocar al extranjero. El conspirador no se enrola en ningún ejército, porque se sabe más útil disparando libelos con su pluma.

No faltan las mujeres que en tantas revueltas han perdido a sus hijos y maridos. Unas se juntan en la tristeza de deshilar sus sábanas para reducir las a hilachas y hervirlas en grandes pailas, para transformarlas en gasas que detendrán las hemorragias de los patriotas. Otras, las que perdieron a sus novios, hartas de tanta opresión, se apresuran a despojarse de sus polleras, se fajan el pecho, se trasquilan las largas cabelleras y se ponen el uniforme de soldados, para ir a la guerra.

Al frente de un ejército de aguerridas mujeres, aparecen dos hermanas de Ambato. Tienen el apodo de las Reinas Claudias por sus mejillas coloradas. Ambas capturan a un par de enemigos, les quitan el uniforme, los amarran muy juntos y los echan a rodar por un abismo. Luego se introducen como espías en las filas enemigas y se enteran de sus planes. Las Reinas Claudias emulan a los mismos soldados veteranos en las marchas forzadas y en los ataques. Enseñan a los novatos a disparar fusiles y a preparar emboscadas. Restañan las hemorragias de los heridos. Consuelan a los que sufren las crueldades de la guerra. Se multiplican, no descansan. Cada una vale por veinte hombres, y llegan a ser tan famosas y tan queridas en el ejército marquista, que en premio a su valor y a sus desvelos les conceden el grado de sargentos.

Después de unos cuantos encuentros en los que los más afortunados son los muertos y se ha multiplicado el afligido ejército de viudas y de huérfanos que deambulan por todo el territorio, se abren fosas comunes en cualquier descampado para evitar la peste. El usurpador, que sin embargo se muestra humanitario con los prisioneros, comprende que a pesar de tener un ejército superior en armamento es imposible luchar contra todo un pueblo que le acusa de tirano y de extranjero. Su última estrategia es concentrarse con sus maltrechos soldados en la hacienda La Elvira, uno de sus latifundios, cercano al pueblo de Bodegas.

Parapetado en La Elvira, Flores es impotente frente a las deserciones de los montuvios que se pasan a las filas nacionalistas. Al fin, impelido por las circunstancias, cede la tenacidad de mantenerse en el poder, y se ve obligado a entrar en negociaciones con el enemigo pactando una alianza en la hacienda La Virginia, propiedad de Olmedo. Se firma un tratado en el que, gracias a la generosidad o al cansancio de los hombres del 6 de marzo, se declara que no hay vencedores ni vencidos, cuando en realidad el vencedor es el que sale con vida y el vencido es, como se acostumbra, el pueblo.

El rapaz extranjero no tiene otra salida que abandonar el país y lo hace con lágrimas, mientras el pueblo se entrega al júbilo. La guerra ha concluido, pero tarda en llegar la paz. Para mayor escarnio y paradoja, el barco que le lleva hacia el exilio tiene por nombre «6 de marzo», la fecha que pasa a ser un símbolo en la unidad ecuatoriana.

*D*urante estas jornadas que sirven para devolver un poco de dignidad al oprimido pueblo, aquel que no pudo hundir el puñal en el pecho del déspota goza más que ninguno con su exilio. Pero cuando parece que puede enterrar sus odios, comprende que todo ha servido para nada, el encono y la rabia le dominan, al igual que a otros miles de ciudadanos. Si bien el país se ha librado de las garras del caudillo, no acepta que se le conceda todo cuanto ha pedido. Nadie está de acuerdo con que se le otorguen otros tantos privilegios en vez de fusilarle por los crímenes cometidos en los diez largos años de poder. Nadie puede acatar el tratado de La Virginia, por el que se le concede la garantía de conservar sus propiedades que se extienden a lo largo de la Costa y de la Sierra, ni que se le regale la exorbitante suma de veinte mil pesos que ha exigido para subsistir en Europa como si fuera el embajador del país que ha esquilado.

Quien más protesta es el de los ojos fulgurantes. No acepta la promesa de que se guarden con la familia del caudillo las respectivas prebendas que siempre ha gozado por ser rica y por considerarse noble. Lanza anatemas ante la farsa de permitirle que al cabo de dos años pueda regresar al país, como si no fuera el responsable de las continuas revueltas en las que los campos se anegaron en sangre y permanecieron

yermos, y que quedaran en la impunidad los mil muertos de Miñarica, el crimen de Berruecos, la muerte de Hall... Debe ser el vengador de las muertes de tantos soldados, el que recuerde las calamidades del doliente ejército de guarichas que deambularon detrás de sus hombres. Debe ser el que clame por las viudas y los huérfanos, por el terror y el hambre, por los desmanes de la soldadesca extranjera. Se consume de rabia frente a la impotencia de que queden sin castigo las guerras de sainete originadas por el capricho de un extranjero advenedizo.

Ve partir al odiado Flores rumbo a Europa para gozar de unas vacaciones principescas, costeadas por los que no tienen casa y deben alquilar un tugurio para malvivir entre cien vecinos que se disputan la maloliente letrina. Costeadas por los sin tierra, que deben trabajar para un patrón que no les paga, sino que son ellos, los que deben sostenerle con la fuerza de sus músculos y el sudor que baña la tierra generosa, pero ajena. Lejos del país que consideró su propiedad, empiezan a salir a la luz pública las mil trapacerías cometidas. No importa que esté lejos, el odio está presente y centuplicado.

Deja en la ruina al hacendado Miguel de Anzoátegui y Cossío. En busca del dinero que nunca es suficiente para sus ambiciones, solicita un préstamo de trescientos mil pesos oro a ciertos agiotistas, ofreciendo en garantía las rentas de la República. Los agiotistas exigen una firma responsable. El descarado caudillo escoge a Anzoátegui, que no ha dudado en entregarle parte del dinero por la venta de las haciendas La Elvira, El Molino y La Chama. Pasado el tiempo, el garante se da cuenta de que nunca recuperará el préstamo. Los agiotistas demandan a Anzoátegui y le sacan boleta de captura. Para librarse de la cárcel, Anzoátegui entrega su otra hacienda, La Atarazana, y queda arruinado. Flores se apropia de las tres haciendas. A pesar de que años más tarde Rocafuerte reconoce la deuda, el incauto garante se cansa de hacer reclamos, abandona el país y muere en la pobreza.

*L*a llamada Convención Marcista se reúne en Cuenca para consolidar la paz y desechar la oprobiosa *Carta de Esclavitud*. El que persigue el poder, aunque sea a costa del peligro, milita por entonces en el Partido Liberal, es aliado de Vicente Rocafuerte e irrumpe con su ímpetu incontenible en la escena nacional. Pasa por alto sus tendencias conservadoras y cuando se convoca a elecciones, hay dos representantes de la Costa que se enfrentan. El uno es el poeta Olmedo y el otro es Vicente Ramón Roca, un tranquilo ciudadano que se dedica al comercio y está apoyado por los que se dicen conservadores.

El que tiene una naturaleza inclinada al movimiento y considera que el reposo está sólo en la muerte, esgrime el ingenuo argumento de que el candidato Roca, al ser tan mulato como Flores, puede ser un instrumento fácil en sus manos para propiciar su regreso, y funda un periódico destinado a combatir a Roca. El periódico tiene el

altisonante nombre de *El Zurriago*, nombre que simboliza el látigo, el fueite, el instrumento de castigo preferido por su madre. Es un pasquín de una sola página, mal impreso, de tamaño reducido, con los renglones torcidos y sin pie de imprenta, porque ha sido hecho en un rudimentario taller que funciona en su propio cuarto, a un lado de la cama. Se dice editado en Zamborondón para recalcar que Roca es negro, zambo, mulato y demás expresiones denigrantes.

Es la época en que todavía no se deslindan ideológica y políticamente los términos conservadores y liberales, y como vive obnubilado por la pasión política y religiosa, sólo tiene en cuenta que los primeros son los amigos de la Iglesia y de los curas, y los segundos son enemigos de los curas y la Iglesia. Mas en la práctica todos son católicos, como lo es Roca y lo es Olmedo, y él se considera más católico que ambos. Lo único que cuenta en esos momentos es la intensidad de mayor o menor antifloresismo de los dos candidatos.

Su desorbitada pluma es el látigo con el cual castiga a ciegas a toda la clerecía ecuatoriana, sin que le importe que haya tres venerables obispos que no son partidarios de Flores y que muchos curas se juntaron desinteresadamente al pueblo y tuvieron valientes actuaciones en la noble jornada del 6 de marzo.

Llevado por sus irrefrenables pasiones se ensaña con el canónigo Villagrán. Le espeta en términos tan groseros que da que pensar de aquellos admiradores, que más tarde pugnaron por llevarle a los altares, considerándole un mártir de la religión católica, no les espeluznó la grosería de *El Zurriago*:

[...] un abate tan desharrapado y grasiento, de voz cascada y gangosa, y con la cabeza enredada en mil fajas que arrojaban un olor rancio y desagradable, altamente ofensivo a las narices, era el orate Z, para los necios muy sabio, para los sabios, un necio, muy bueno para los tontos, muy tonto para los buenos...

Olmedo no resulta elegido y su fracaso es la primera derrota política del liberalismo. El vehemente insultador experimenta otra profunda depresión, tan honda como las anteriores. Ha tenido con el clero numerosos conflictos porque ha atacado e injuriado con igual vehemencia a los curas que tienen sus desvíos como a los que son irreprochables. Los calumniosos escritos de *El Zurriago* permiten que el clero, el grupo más poderoso de esa época, no sólo le mire con encono y desconfianza, sino que le considere un enemigo. Se da cuenta de que ha perdido a los que fueron sus aliados y sus protectores desde los primeros años de la infancia y representan lo más venerado de la Iglesia. La aflicción en la que está sumido se agiganta y llega a la desesperación cuando recibe una carta de la madre, quien le zarandea con su usual firmeza y ausencia de cariño, y le recuerda el castigo que espera en el infierno a los traidores.

*H*a cumplido veinte y cuatro años. Durante el tiempo que duran las conspiraciones contra Flores, tanto en la Sociedad Filántrópico Literaria como en la Filotécnica, cuando tramó la muerte del extranjero advenedizo, ha encontrado un aliado que se convierte en su incondicional amigo. Se trata de don Roberto de Ascázubi, un hombre bondadoso, sin pizca de malicia y bastante mayor que él. Don Roberto es considerado como el más instruido, patriota y generoso de una familia quiteña de rancia aristocracia. La inveterada pobreza en que hasta entonces ha vivido el conspirador encuentra una solución, al casarse con una de las hermanas del rico terrateniente Roberto de Ascázubi.

La aparente riqueza de muchas familias que se jactan de aristócratas, aquella que permite la holgura y sobre todo el ejercicio del poder, está en la posesión de haciendas, quintas e innumerables casas, pero carecen del dinero contante y sonante, necesario para cubrir las apariencias y sostener el despilfarro en que acostumbran vivir. Muchas de ellas, incluyendo a los Ascázubi, se consideran como millonarios pobres. Tales familias suelen contraer deudas, carecen de una sana economía, porque están sujetas a las veleidades del clima y a los caprichos de la naturaleza, al depender de las buenas o malas cosechas de sus tierras. La verdadera riqueza se concentra en las comunidades religiosas, que no sufren por la falta de dinero.

Al morir, las viejas ricas tienen la costumbre de dejar sus fortunas a la Iglesia. Los continuos fallecimientos son una fuente de riqueza. Las fortunas las heredan los que están facultados para celebrar misas de difuntos. Los testamentos tienen cláusulas específicas, una de las principales es que durante años se deben celebrar ininterrumpidamente millares de misas, con la consigna de facilitar a las almas su entrada al paraíso. Se creía que los espíritus estaban condenados a hacer un inacabable camino a través de la estratosfera y andaban perdidos, volando sin sentido hasta ser rescatados por las misas de responsos.

De todas formas, gracias a este proyectado matrimonio, el ascenso social del que temía ser pobre y no sabía ser rico, es inmediato. Se considera más encumbrado y poderoso que su enemigo Flores, pues Rosa de Ascázubi, su futura esposa, es quizá más rica que su ex novia. Además, el tío de ella, don Manuel de Ascázubi, es por entonces el vicepresidente de la trajinada República.

El novio es apuesto, y a pesar del recelo que inspira tiene un rostro hermoso y es tan ambicioso como aquél al que se ha dedicado a combatir. Conserva su altanería y modales algo bruscos, da mucho qué hablar y ha perdido la timidez frente a las mujeres. En un principio, sus miradas se detienen en Rosario, la más joven de las cuatro Ascázubi, llamada la Seca, pero existe el impedimento de que está casada con don Manuel del Alcázar. No puede ser la mayor, Josefa —como insinúa la familia—, pues es octogenaria y prácticamente se encontraba a un paso de la tumba. Tampoco

Dolores, porque acapara para sí todas las enfermedades y no está para casorios. Queda Rosa, la intermedia, que es endemoniadamente fea.

La fealdad de las Ascázubi es proverbial en Quito, pero ellas no se esconden. Acostumbran a tomar el sol, cuando este sale, curiosear y exhibirse a media mañana en uno de los balcones de su casa. Se sientan de mayor a menor, en sus respectivas poltronas. Tienen espesas capas de polvo de arroz en las mejillas. Usan redecillas negras para sostener las trenzas que acostumbran a usar detrás de las orejas y se hacen algún gracioso rizo por la frente. Se las ve enfundadas en largos vestidos de paño negro. Los pañolones de merino negro sobre los hombros dejan al descubierto las pecheras, donde el único brillo que atrae las miradas proviene de los espléndidos collares de esmeraldas engarzados con brillantes, de zafiros con diamantes, de rubíes, amatistas y granates que hacen juego con los largos zarcillos, anillos y broches que, luego de darse el gusto de exhibirlos, se guardan bajo llave.

Ellas, como la inmensa mayoría de las mujeres quiteñas acostumbran a vestirse de manera diferente cuando están dentro de casa. Usan ropas viejas, de telas ordinarias, calzan chancletas y no se quitan nunca los tres o cuatro escapularios y la sarta de medallas con las imágenes de los santos de su devoción, ni siquiera cuando una criada más vieja que ellas les ayuda a sacarse la ropa, a ponerse un largo camisón y sumergirse en la tinaja de madera para esos esporádicos baños que son acontecimientos dignos de tomarse en cuenta.

Así vestidas y acicaladas las cuatro hermanas Ascázubi critican el pausado ir y venir de los quiteños. Debido a su posición social no se permiten el atinado control de sus lenguas. Cuando el canónigo Torres, conocido como partidario del enemigo Flores, pasa bajo el balcón, Josefa, la terrible, apenas le ve, le espeta el insulto de *pícaro* y *traidor*. El canónigo detiene el paso, levanta la cabeza, se arregla el manteo y al verlas tal cual han salido de la mano de Dios, no puede menos que decirles con voz de trueno:

—Que yo sea pícaro y traidor, está por verse, pero que ustedes son viejas y refeas, se comprueba con sólo mirarlas.

Las hermanas se miran entre sí y no les queda otro recurso que dar la razón al canónigo, quien se aleja satisfecho y campante por semejante salida. Pero pasado el incidente, cuentan lo sucedido al fogoso y futuro cuñado:

—Imagínese, el pícaro y traidor cura Torres nos ha insultado diciéndonos refeas.

El que todo puede y nada teme, se cree en la obligación de defenderlas y no duda un instante en retomar su sombrero de copa, agarrar su bastón y dirigirse a casa del canónigo con la intención de pedirle explicaciones. Camina más rápido de lo acostumbrado. Va con el ceño fruncido, escueto y rabioso. Al encontrarse delante del clérigo, cruzan unas cuantas expresiones altisonantes que aumentan su furia, se olvida de que está frente de quien viste sotana, y se explaya en insultos. Se caldean aún más los ánimos. La gresca invade la casa y llega hasta el traspatio donde está la cocina. Se presenta el cocinero en ayuda de su amo, portando un afilado cuchillo de destazar

reses. El canónigo Torres, fuera de sí, se apropia del cuchillo y le amenaza, ante lo cual el defensor de las señoras feas se ve obligado a descender por las gradas y sin dejar de mascullar insultos se pierde en las calles.

Después de un corto galanteo, porque el tiempo y la necesidad apremian, circula por toda la ciudad el comentario de que en las mañanas que no cae garúa, se ve al flamante Doctor en Leyes —y no a las criadas— llevar colgado de un brazo su paraguas junto a los cuatro paraguas de las cuatro hermanas y en el brazo que le queda libre lleva las cuatro alfombrillas para que se arrodillen en la misa que acostumbran oír en la iglesia de La Compañía.

El matrimonio con la desengañada Rosita de Ascázubi se viabiliza con la pedida de mano a don Manuel, el vicepresidente de la República y el mayor de la familia, y no ante los padres de la novia, porque se trata de una familia de proyectos. El vicepresidente no ve con buenos ojos las relaciones de su hermana con el señor doctor, porque siendo tan fea y nada joven, adivina cuáles son los propósitos de semejante matrimonio. Pero a instancias del otro hermano, Roberto, convertido en su amigo y confidente desde las primeras conspiraciones contra Flores, le otorga de mala gana el consentimiento.

Se prescinde de toda ceremonia nupcial, porque se considera prudente acallar las habladurías y los chascarillos que empiezan a circular por los salones exclusivos y hasta en las cantinas de una ciudad que se alimenta a diario de comentarios malévolos y picantes, más que en ninguna otra ciudad del mundo. Es imposible no propalar el comentario de que el novio es apuesto, ambicioso, pobretón y sólo tiene veinte y cuatro años, mientras la novia es fea, algo ingenua, bastante rica y ha cumplido los treinta y ocho años.

Al novio no le queda más remedio que tragarse el mal sabor de la realidad. La novia aparenta todavía más edad, tiene las piernas hinchadas y cojea, su barriga es prominente y vestida de blanco se vería más grotesca, por lo que se encuentra que la solución más adecuada para llevar a cabo el tan comentado matrimonio es casarse por poder. Encarga a su concuñado Manuel del Alcázar que le represente en un acto casi secreto al que asisten contados familiares. Ese mismo día, 4 de agosto, busca un parapeto en las faldas de la madre y se traslada a Guayaquil.

A la noche, mientras descansa en un tambo al lado de un amigo que ha aceptado acompañarlo, no puede dormir y le despierta para comunicarle que ha contraído matrimonio y que, además, el acta matrimonial se debe haber firmado hace dos horas. El amigo que conoce sus excentricidades y está harto de ellas, cree que lo que cuenta es un sueño o una pesadilla, y lo único que puede responderle es que sí, que está bien, pero que está cansado y necesita dormir.

Apenas llega a Guayaquil, escribe a su cuñado Roberto: «Ya que tengo la dicha y la honra de contarme entre los hermanos de Ud., exijo que Ud. me ocupe en cuanto se le ofrezca, seguro de que cumpliré sus órdenes puntualmente».

Permanece una larga temporada en la casa materna, pretextando urgentes asuntos

políticos, ya que por ese entonces la generosidad del presidente Roca ha pasado por alto sus insultos, y por seguridad ha preferido tenerlo como aliado.

La boda por poder se realiza en la más estricta intimidad, sin que se puedan impedir los comentarios de que se trata de un matrimonio de absoluta conveniencia. Además, el joven siempre tendrá presente el desplante de Juanita Jijón y quiere demostrar a la familia de ella que ha entrado en otra, quizá más encopetada y a más de eso, enemiga.

Ocho días después de firmar los papeles matrimoniales, Roberto de Ascázubi recibe una carta tras otra. En una de ellas le agradece el señalado favor de depositar en él la suerte de una hermana tan querida. Le asegura que la tratará con inmenso cariño y aún le escribe que se consagrará a ella en una forma tan completa que: «usted nos verá felices y tranquilos, dedicados sólo a complacernos mutuamente. El tiempo hará justicia a mis palabras; y en medio de mi dicha viviré siempre agradecido a la bondad de Ud. y de esta digna familia que ya me pertenece. Me ha sido muy agradable saber que mi casamiento tuvo lugar el mismo día que yo había prefijado. ¡Ojalá hubiera podido hacerse desde antes, para que mi felicidad hubiese principiado desde entonces!».

El papel no se sonroja, soporta la palabra escrita y esta permanece. Le cuesta trabajo enterrar su congénito orgullo, disfrazar su enraizada altivez y su arrogancia y escribirle en una insólita manifestación sumisa. En una carta posterior le encarga que manifieste a su esposa el apremiante deseo de reunirse con ella y, además, que no descuide su salud, pero directamente a ella no le dice nada.

La salud de las hermanas Ascázubi es calamitosa y va a la par con su aspecto físico. Se comenta que padecen una enfermedad desconocida. Tienen el rostro cubierto de pústulas moradas y es vano el intento de tomar a diario y en ayunas el líquido rojo y amargo de las infusiones de zarzaparrilla que usan para limpiar la sangre, y es inútil el trabajo de cubrirse la frente, las mejillas y nariz con espesas capas de polvo de arroz y vaselinas.

Se susurra con malicia que el mal es el de las bubas, o sin duda la enfermedad tanta veces maldecida en la Biblia. Han gastado parte de su fortuna en tratamientos con los mejores médicos de Quito, Guayaquil y Lima. No cesan de encargar medicinas y maquillajes a cuanto viajero se encamina a París. Dos veces al año acostumbran a radicarse en Paita o en Piura acompañadas de su séquito de pajes y criadas. Se conoce que el clima cálido y seco de esas regiones es inmejorable para esa clase de dolencias. Viven tan desesperadas, que no les importa el largo y arriesgado camino hacia la costa peruana, emulando en valor a los soldados y a los mercaderes, sin tener en cuenta que son mujeres delicadas, enfermas, quisquillosas y cargadas de años.

Al poco tiempo del matrimonio de la sin gracia Rosita, las cuatro hermanas Ascázubi van a Paita, donde vive Manuela Sáenz, con quien tienen esa amistad de quiteñas lejos del terruño. Es ella quien les consigue alojamiento, ya que el dueño de

la casa donde acostumbran a llegar se niega esta vez a alquilarla, porque los enemigos floreanos, desterrados en Paita, se han encargado de correr la voz de que son leprosas. Lo único que Manuela puede hacer por ellas es conseguirles una casucha abandonada donde ha muerto una familia de tuberculosos, pero a cambio del mal rato, les brinda el regalo inapreciable de su charla. A su lado, el mar es menos gris y el arenal menos sombrío; «La Abandonada de Paita» tiene mucho que contar y ya no espera nada de la vida. Transformada en una anciana obesa, desilusionada y melancólica, sobrevive haciendo canastillas de dulces que venden sus fieles criadas a los viajeros que se detienen en el puerto.

Cuando las hermanas Ascázubi están ahítas de las brisas de Paita, acostumbran a descansar una temporada en Guayaquil para tomar fuerzas y emprender el difícil regreso hacia Quito. El esposo, que aún no ha consumado el matrimonio, ni tampoco piensa en ello, les aconseja que no lleguen al puerto, sino que tomen un transporte que les lleve directamente al pueblo de Bodegas. Las Ascázubi son feas, pero nadie puede decir que sean tontas. Es fácil comprender que el esposo no quiere que las amistades porteñas y sobre todo su madre, las conozcan, se desengañen al verlas y hagan la mar de conjeturas ante el enorme equipaje de medicinas y los forúnculos de monstruosa apariencia que no logran ocultar ni siquiera con el aristocrático apellido.

Han pasado cuarenta y cinco días del matrimonio. Los esposos aún no se han conocido, lo que equivale a decir que no se han juntado en la cama. Él pasa largas temporadas en Guayaquil, al lado de la madre, ocupado en algún quehacer político sin mayor relieve. Desde la época de novios ha tratado de estar el menor tiempo posible en la casa de Quito, porque el ambiente es asfixiante. Las Ascázubi consumen frascos de perfumes para disimular el fuerte tufo a alcanfor y trementina que despiden sus humanidades. El penetrante olor a creso con que se lava el piso le ocasiona mareos, y bien se sabe que todo lo que sale de boca del esposo son pretextos.

Sin embargo, como se ha casado por la concupiscencia del ascenso social y del dinero, debe regresar a la capital. Ha aceptado el encargo de vigilar el estado en que se encuentran los bienes de su nueva familia. Es abogado, y por lo tanto, nadie mejor para ordenar al desbarajuste a que las Ascázubi están acostumbradas. Debe poner al día los alquileres atrasados de las casas, cobrar las deudas por ventas de terrenos, sacar cuentas de lo que han rendido las cosechas, y sobre todo, le han dado el engorroso encargo de dividir la herencia de los padres.

Ha cumplido veinte y siete años. La vida de hogar es desapacible y tensa. A veces hace el oficio de enfermero, o al menos lo simula. Soporta con estoica paciencia las disputas familiares entre las cuatro hermanas y don Roberto, que han formado un bloque de oposición frente al hermano mayor que sigue sin aceptar el desigual matrimonio, y no aprueba que el recién llegado sea quien se ocupe de los bienes familiares.

Pero el recién llegado se ha ganado el cariño de las hermanas, que aparte de sus iras cuando se ven en el espejo, con él son bondadosas y se muestran agradables. Las

cuatro por igual se desviven por vigilar que los criados cuiden sus levitas, planchen sus camisas, den lustre a sus botines y le preparen las comidas que por lo general son harto frugales. Lo que él prefiere es un plato de arroz de cebada y otro de miel con máchica, y cuando está atrapado en el malgenio, hasta los rechaza, argumentando que le hace falta la comida preparada por su madre.

Pero no todo es desventura, ni tampoco hay mucha razón para quejarse: fuera de casa, el ambiente se muestra inmejorable. Gracias a su nueva posición social, todas las puertas se le abren y es continuamente invitado a las tertulias en los salones de los petulantes aristócratas quiteños.

Al otro lado del mar, en la entonces lejanísima Europa, el dueño del país, que sigue gozando de vacaciones millonarias, llega a enterarse de que el convenio celebrado en *La Virginia* ha sido anulado en una convención celebrada en Cuenca y, como es natural, se enfurece. Arguye que le han robado su legítima heredad y se queda sin privilegios, honores y fortuna. Observa que no puede vivir en la inopia, después de haber acaparado tanto. Se ve con la mano extendida, en situación de limosnero, y es tal el desasosiego y la angustia, que se le ocurre solicitar la protección de un príncipe europeo que le ayude a recuperar lo suyo, bajo el nada despreciable ofrecimiento de reconquistar los territorios que fueron de las insurgentes colonias españolas liberadas por Bolívar.

En sus andanzas llega a España y entabla amistad con la disoluta reina María Cristina, cuarta esposa de Fernando VII, quien desde la muerte del rey es la regente del trono y se ha dedicado con furor a la vida alegre. La casquivana señora cae fácilmente en las redes de ese hombre moreno, locuaz, simpático y extrovertido que le ofrece reconquistar los territorios que pertenecieron a España y sólo le pide que abra sus arcas y saque un poco del dinero o de las joyas necesarias para comprar algunos barcos.

Ella queda tan prendada de él como de la idea, y acepta sin ninguna vacilación la audaz empresa de la reconquista. Entre los proyectos que tienen en mente está el plan de elevar a la categoría de príncipe a Don Juan I, el hijo nacido de los reales amores clandestinos con el plebeyo, pero guapo, guardia de corps, Agustín Fernando Muñoz, elevado a duque de Rianzares, al que de paso le parece factible hacerle Emperador de México.

Como el pequeño Don Juan es todavía un niño, el criollo americano gobernaría en calidad de regente, ostentando el fabuloso título de Príncipe de la Reconquista del nuevo reino, hasta que el inocente llegue a cumplir su mayoría de edad. De este modo, el mulato Flores no sólo conservaría sus propiedades y sus privilegios, sino que sería el dueño de un inmenso territorio que se extendería con mayor amplitud que el Tahuantinsuyo.

Entre estos fantásticos proyectos, él tan galante, tan seductor, tan pillo, y su majestad tan fea, tan gorda y tan lúbrica, se toman de las manos, bailan, se miran a los ojos, mandan a los cortesanos a ver si llueve... y sueñan viajando por un territorio que abarcaría no sólo Ecuador, sino además Colombia, Perú y Bolivia.

Flores se imagina lo irresistible que se vería con un manto orlado de piel de armiño más largo que el de cualquier otro príncipe europeo, con un cetro de oro y una corona salpicada de diamantes que haría palidecer de envidia a sus enemigos mestizos y en especial al que sabe que le guarda un profundo odio. La reina María Cristina, que además de sus pocos aciertos en el papel de regente, es frívola, casquivana y ambiciosa, no demora en poner a las órdenes del criollo una flota de barcos con dos mil mercenarios irlandeses para invadir la patria ajena.

El audaz proyecto de la reconquista conmociona y enardece a América. A lo largo del territorio ecuatoriano la juventud universitaria se pone en alerta y organiza el más grande movimiento de protesta. Se venden en pública subasta los esclavos, los muebles, los ganados y demás pertenencias del invasor para pagar una parte de los gastos que demanda la defensa de la patria.

Al enterarse de la hecatombe que se aproxima, el que sueña con el poder también arde de indignación y se pone al servicio del presidente Roca, quien desde el primer momento maneja con acierto y patriotismo el complejo problema que sume a la nación en negras preocupaciones, pero para el conspirador el asunto se presenta favorable y promisorio.

Funda un periódico que sale con el título de *El Vengador*, que ya no se reparte gratis ni a escondidas como *El Zurriago*, sino que se vende al precio de un real. Aparece los martes, tiene mejor formato y presentación, ya que el editor puede contar con el dinero de su esposa. En dicho pasquín se dedica a fustigar con su acostumbrado estilo panfletario al hombre que le humilló y torció su destino, obligándole a juntarse con la fea Rosita de Ascázubi en vez de la juvenil Juana Jijón, aunque diez y ocho años después, cuando esté gozando del poder, hará las paces con el invasor y echará al olvido el vergonzoso tratado firmado en *La Virginia*, y la invasión que está a las puertas.

La efervescencia patriótica y el clima de insurgencia y anarquía favorecen la circulación de *El Vengador*, que encuentra una sorpresiva acogida en el pueblo imbécil, como acostumbra a llamarlo. Existe una necesidad urgente de nutrirse de noticias. Todos se apresuran a comprarlo y se agota apenas sale ya que *El Vengador* expresa el sentir de todos:

¡El pueblo duerme, y el tirano se acerca!... Una expedición de forajidos viene a saciar la sed de crímenes y oro en el desgraciado y sangriento suelo de los Incas!... El asesino, el malvado Flores intenta condenar la patria a las odiosas cadenas del despotismo ibero! Este monstruo de iniquidad viene ahora, acompañado de viles piratas, a levantar un trono en la América del Sur, y

colocar en él al vergonzoso fruto de la disolución de una reina... para dar un cetro al hijo infame de la rival de Mesalina...

Sin embargo, mientras se espera la temida invasión, el pueblo no deja de ser manipulado, unas veces por los conservadores y otras por los liberales. Es tal la conmoción que vive el país, que se suceden más de veinte y tres conatos revolucionarios. Al mismo tiempo, los países americanos se unen a la protesta y se preparan a enfrentar la absurda reconquista, pero ésta no llega a realizarse porque los barcos de la armada española, anclados en el río Támesis con más de tres mil mercenarios ingleses, franceses y españoles, listos y dispuestos a embarcarse, son confiscados por una orden del primer ministro inglés, Lord Palmerston, quien desconfía de las monarquías autoritarias y no siente ninguna simpatía por su majestad María Cristina.

Mientras tanto, el presidente Roca, enfrentando semejantes sucesos, ha logrado mantener la unidad del país, reconoce la ayuda que el autor de los pasquines ha prestado a su gobierno, y no tarda en ofrecerle el cargo de gobernador del Guayas. Como era previsible, él lo acepta enseguida, y en aras de una colaboración patriótica, rechaza el sueldo que le ofrecen. Se traslada definitivamente al puerto. Mil veces preferible vivir en casa de su madre y no en la de las Ascázubi.

Apenas se posesiona del cargo, encierra tras las rejas a unos cuantos desengañados floreanos y destierra a siete de los más peligrosos que salen del país con sus familias. Consolida su acción fundando otro periódico, más virulento que el anterior. Se trata del pasquín *El Diablo*, destinado a erradicar en una forma definitiva el foco de rebelión de los partidarios floreanos que, pese al fracaso, siguen conspirando sin descanso con la finalidad de apurar el pronto regreso de quien ideó la fallida invasión.

En pocos días el flamante gobernador del Guayas desbarata todos los núcleos de sedición y gracias a esta, su primera hazaña en la vida pública, las soñadas ansias de poder empiezan a caminar despacio, pero seguro, por la senda que se ha trazado.

*M*ientras tanto, en Quito las cuatro hermanas Ascázubi, pese al anuncio de la inminente invasión, están felices. No se trata de que gracias a los constantes tratamientos cutáneos y oraciones hayan encontrado la milagrosa pócima para curar sus males, ni es que desaparecieran las pústulas moradas y demás achaques. El contento que las rejuvenece y aumenta las ganas de vivir, se debe a que Rosita va a ser madre y Josefa, Rosario y Dolores se transformarán en tías.

En uno de los esporádicos momentos en que el esposo, como buen católico, cerró los ojos y dio un giro al deseo de la carne joven refugiándose imaginariamente en los brazos de Juanita Jijón —que en los momentos de apuro suele aparecer con todos sus

encantos— cumplió por fin con sus deberes maritales.

En la vieja casona de las Ascázubi desaparecen por encanto las flemas, los malgenios y las hipocondrías. Las hermanas se dedican a preparar el ajuar para el recién nacido y se las ve afanosas cosiendo camisitas y pañales. Las monjas conceptas reciben el encargo de bordar un primoroso faldón para el bautizo. Los indios de los obrajes no paran de trasquilar ovejas del vellón más blanco para hilar bayetas y las Ascázubi no se cansan de contar a todo el mundo la buena nueva.

El futuro padre permanece en Guayaquil y Rosita se apresura en comunicarle la noticia. Espera anhelante la respuesta, pero lo que recibe es un impacto de agua helada. Incrédula y con el alma encogida lee la carta plagada de groseras expresiones que la dejan maltrecha y dolorida. El futuro padre no se alegra... Contra todo lo esperado, no es motivo de ninguna felicidad, sino más bien de un velado fastidio, que hace un inmenso contraste entre la alegría de las cuatro hermanas y la frialdad y burla de quien demuestra un insano terror de convertirse en padre. Teme que él nuevo ser que va a prolongar su estirpe no sea un hijo, sino una hija que herede el físico de la madre. De ella, que tiene las suficientes luces para comprender la alusión a su triste fealdad y se toca estremecida la nariz larga, los ojos pequeños y las hinchazones purulentas de la cara y se palpa el vientre en un intento de proteger al hijo indeseado.

Cada palabra de la carta le golpea como si recibiera una bofetada, y equivoca a cada paso los puntos del tejido pidiendo a Dios con toda su alma que el hijo no se parezca a ella en lo físico y mucho menos al padre en el carácter.

Muy pronto recibe otra carta en la que le dice que está seguro que el parto no pasará del día 20. Ha consultado con su madre, sin entrar en detalles y como si se tratara de algo ajeno, y ella le ha respondido que de esos asuntos no se habla, que los hijos nacen cuando Dios lo quiere. A él y a ella se les suben los colores a la cara, porque nunca han conversado de lo que hacen las parejas en la cama. Pero como es tan metódico, sabe la fecha en que sucedió lo que no hubiera querido que sucediera.

Está seguro que ha de tener una hija y no un hijo; y que «mi pobre hija se me ha de parecer como un retrato, y de que por lo mismo ha de ser más fea de lo que pueda buenamente sufrirse entre la gente con polleras. Siendo varón no importaría que tuviera la hermosura del mismo Esopo. En fin; nazca varón y tenga la cara que tuviere: te suplico, si, desde ahora no vengas a parir año por año, como si los hijos fueran de cosecha; de este destierro sacaré siquiera el buen resultado de que no me hagas padre por segunda vez».

*E*l destierro a que alude se debe a un incidente sin mayor trascendencia política entre el ministro de Hacienda, don Manuel Bustamante y don Manuel de Ascázubi, que había sustituido al presidente Roca durante el tiempo que éste permaneció enfermo. En una sesión del Congreso, Roberto de Ascázubi acusa a Bustamante de

malversación de fondos públicos. Interviene el fogoso joven en defensa de su cuñado y lo hace con su acostumbrado ímpetu. Bustamante, sin perder la calma, pide al secretario que lea la nota por la cual queda en claro ante los asombrados congresistas que el culpable del conflicto no es otro que el mismo Ascázubi, quien en definitiva tampoco ha dado la orden, sino que la había presentado como diputado que era, y simplemente la había olvidado.

El problema en sí queda aclarado. Pero lo que acarrea graves e imprevistas consecuencias es la actitud del colérico joven que cuenta veinte y ocho años. La vergüenza que siente es tremenda. Ha recibido una pifia en el Congreso. Es el único responsable del problema y además se siente incómodo por el mal momento que ha hecho pasar a su protector. No admite semejante humillación, y con el afán inveterado de mostrarse justiciero, apegado como nadie a la ley, estricto como el mejor jurisconsulto, convence a su otro cuñado Manuel de Ascázubi y al general Fernando Ayarza para que le acompañen a casa de Bustamante para pedirle explicaciones sobre lo que considera una ofensa para el apellido Ascázubi.

Debido a la caballerosidad de Bustamante, que los recibe con su acostumbrada amabilidad y a la cordura de Ayarza y de Manuel de Ascázubi, todo se aclara una vez más. Estos se despiden y van a retirarse molestos, porque han sido utilizados y reconviene al colérico joven que se ha quedado atrás, ofuscado entre la humillación y la rabia. Al sentirse disminuido por sus inútiles reclamos, herido en su amor propio, pierde la cabeza y lanza a traición una bofetada al honorable ministro Bustamante, quien al sentirse agredido sin motivo reacciona a tiempo y le devuelve el golpe con tal fuerza que le hace rodar por las gradas y, como consecuencia, le rompe dos dientes, que serán causa de un futuro juicio.

El tozudo joven se levanta enfurecido, se olvida de que la Iglesia condena el duelo e insiste en batirse a estocadas con Bustamante. El cuñado enrojece de vergüenza por el indeseado parentesco. El general Ayarza pierde la paciencia y le reprende como al subalterno que se comporta igual que un muchacho malcriado, y cada una de esas palabras que se ve obligado a escuchar, nunca, mientras esté con vida, las podrá olvidar.

Nadie puede librarle de la acción de la justicia y tiene que huir otra vez, para refugiarse en los campos insalubres de Guayaquil y Vinces. Alguna noche se queda a pernoctar en la única posada que encuentra y a la hora de comer debe sentarse junto a una banda de mal encarados cuatreros. Estos, al calor de unas copas de aguardiente, comienzan a jactarse de sus fechorías. El prófugo olvida que le buscan, no puede contenerse, sus ojos desprenden llamaradas, está fuera de sí, rompe una botella, se levanta furioso y les lanza tal andanada de improperios que los obliga a salir en fuga.

En otra ocasión se enfrenta con sus propios captores, a quienes reprende duramente y se salva gracias a la generosa y oportuna intervención del general Elizalde, que aboga por su libertad. Pero está enfermo, el mal que más le aqueja es su hígado inflamado y una opresión en el pecho, sin embargo, escribe a su familia que a

él no le abaten los males irreparables que le manda la voluntad divina, sino los que vienen de parte de sus enemigos, que tienen el poder de irritarle, pero no de vencerle.

El escándalo de la bofetada al ministro Bustamante conmueve a la sociedad quiteña. Pierde el incondicional apoyo de las hermanas Ascázubi. No cuenta con la solidaridad de la madre, quien le reprende con su acostumbrado brío y dureza por su falta de juicio. Se ve perseguido por la justicia. La vida de fugitivo, y además convicto, por los miserables pueblos de la Costa, le resulta insoportable. Debe alojarse en míseras cabañas. Se alimenta mal. No duerme. Amanece leyendo la novela de *El Quijote* y haciendo anotaciones en los márgenes. Escribe malas poesías, y con la pesada carga de su odio, se le recrudecen las dolencias pulmonares y está a punto de abandonar el mundo sin haber llegado a la presidencia.

En ese acibarado estado de ánimo, en el que hasta el rapé que acostumbra oler le hace daño, opta por refugiarse de incógnito en casa de su madre y hace correr la voz de que se encuentra en Vinces. Desde allí escribe innumerables cartas en las que expresa el temor de que los barcos que han llegado de Panamá traigan el cólera y la peste se propague por Guayaquil. Envía una caja de diez y nueve botellas de vino de zarzaparrilla, frascos de licor de potasa, otros con sanguijuelas y protoyoduro de fierro para Doloritas, la que convalece de sus males, y un gran pedazo de cuero de lobo que es efectivo para curar la ciática de don Manuel de Ascázubi.

La noticia de su futura paternidad le saca de quicio. Da por seguro de que su descendencia está condenada a heredar las enfermedades que acosan a las de Ascázubi y escribe a su cuñado Roberto una carta que este lee y relee confundido: «El próximo parto de Rosita me tiene siempre agitado, y lo peor es que después de tanto susto me vendrá el disgusto de saber que tengo hija; por supuesto que naciendo mujer ha de vivir por lo mismo que poco lo deseo».

La desventurada Rosita de Ascázubi decide no escribirle más. La extraña reacción del padre ante la posibilidad de que fuera una hija y no un hijo, y el criminal deseo de que muriera, le sume en amargas cavilaciones. Bien sabe que nunca fue amada y que si el joven se casó con ella fue porque convenía a sus oscuros intereses. Pero doña Rosita en sus pocos momentos de ilusión abrigaba la ingenua esperanza de que al darle un hijo o una hija —que para ella es lo mismo tal vez, si no por cariño, al menos por cubrir las apariencias ante los parientes políticos y para no hacerle objeto de tantas humillaciones, pudo proporcionarle esa pizca de ternura que si no llegó en ese momento, no llegaría nunca.

La vida de doña Rosita transcurre entre el escarnio y la tristeza. Se siente portadora de dos pecados capitales, de los cuales se sabe inocente; el uno es el de haber vivido enamorada del esposo, derramando esa paciencia que tolera al hijo malcriado, y el otro, más imperdonable todavía, es el de haber nacido fea... Mil veces

mejor —se dice en sus adentros— es no recibir sus cartas que destilan tanta crueldad inmerecida.

Y sucede lo que toda la familia se temía: nace una niña. La madre la cuida con más ternura, para compensar el ningún afecto que le brinda el padre. Ante el silencio de la ofendida esposa, también él deja de escribirle. Las cuñadas reciben otra carta que da por resultado el paulatino alejamiento hacia quien han tardado tanto tiempo en conocerle:

Han acertado Uds. en creer que me haya alegrado a medias del parto de Rosita. La suerte de la mujer en la tierra es tan desgraciada, sobre todo en nuestro país, que me parece imposible que el nacimiento de una hija, destinada a vivir padeciendo, halague al hombre que piensa. Si Dios quiere llevarse a la mía en los primeros años de la vida, la llorara por mí y me consolara por ella. No les he pedido que quieran a mi pobre hija, porque estoy seguro que Uds. la mirarán con cariño. Entiendo que no tiene más recomendación que ser mujer e hija mía, esto es, ser infeliz por todo. Me escriben que se me parece mucho, para decir que es fea basta. Desde el correo anterior atribuí a olvido de Uds. el silencio sobre el bautismo y el nombre, porque no encontraba motivo para diferir este sacramento esencialmente necesario.

Las pocas cartas que siguen recibiendo las de Ascázubi se leen entre muecas de fastidio y se quedan sin respuesta. El epistolario del más controvertido hombre es abundante y no es desempolvado y publicado por sus enemigos, sino más bien por sus propios admiradores, que buscan pretextos para justificar sus desvíos, y que después de su muerte han de pugnar ante el Vaticano para iniciar el proceso de su beatificación, considerándole mártir de la religión católica. Son ellos también los que publican sus versos para darle el calificativo de inspirado poeta, aunque lo mejor habría sido echarlos al canasto.

Después del nacimiento de la niña se reanuda la correspondencia. Las cartas destinadas a sus familiares políticos, y de una forma especial a la dolorida esposa, tienen el sello de la vulgaridad y de la grosería más hiriente, demostrando que la desgraciada mujer fue la víctima que tuvo más a mano para descargar las frustraciones de su personalidad sombría y esquizoide:

«Dime qué tal es: Yo la supongo muy desengañada, por lo que me dicen las Betancures que se me parece. ¿Si será blanca como yo o negrita como otra persona que no nombro por no ofenderla? Te he preguntado ya y vuelvo a preguntarte ahora qué personas te han visitado por tu parto. La primera que se ha de haber metido es la monsiura tísica y el monsieur empalagoso, y tras ella habrá entrado la gran puta de Carmen Endara; y la odiosa vermeja [sic]de tu cuñada; por no ver tal gente en casa fuera capaz de huir hasta el polo».

Sin dejar los empalagosos encabezamientos de las cartas, hace ostensible la preferencia que tiene por su cuñada Rosario —conocida como la Seca— en desmedro

de su esposa, a quien escribe: «Mi querida Rosita, adorada vida de mi alma: Con Subía te mando una cajita que contiene mi retrato y cuatro pañueloncitos. De los cuatro, uno es verde y los otros de un mismo color. El verde es para la perra Seca, que aunque perra y flaca es la más blanca de la partida; de los restantes los dos mejores son para nuestras hermanas, y el último para ti».

Ese último «para ti» le punza el alma, porque en realidad es inferior a los otros y hasta parece usado. Pero tan fea como generosa, quiere imaginarse que el ausente atraviesa una etapa de sufrimiento y se compadece con un sentido de dignidad muy propio de quien ama al que le ofende. Guarda el retrato y tira el regalo a la basura. Conoce que el sufrimiento del convicto no es otro que el de verse postergado en la actividad política. Le parece inmejorable que vaya con frecuencia a Vines a tomar baños, que descanse; que pase largas temporadas en la hacienda de su hermano Pedro Pablo; que se acerque al estudio de Manuel Noboa, el que ha adquirido un nuevo daguerrotipo con el cual, en medio minuto, le saca algunas fotos que le dejan complacido.

No lo pasa mal, se entretiene. Va en busca de un peluquero francés que hace las mejores pelucas y escribe pidiendo las medidas exactas de la cabeza de Dolores, para enviarle una, en vista de que se le cae el pelo y ha decidido raparse. Compra una caja de plumas de acero que acaban de llegar al puerto y las manda a Quito, para que los familiares y adictos le escriban con más frecuencia. Logra cambiar a buen precio una onza de oro antiguo que le ha entregado su cuñado Roberto, y que nadie quiere porque ha resultado de poco peso. Observa los embarques de cacao que van a California. Camina por el malecón y cuando regresa escribe cartas y más cartas en las que se permite consejos paternales, que su desventurada esposa se ve obligada a leer:

«Procura que el cariño maternal no te vuelva cándida, como a otras que yo me sé, las que cuando se mea la niña o hace peores cosas ponderan ante todos las gracias y el talento, sin nombrar a personas, las Salinas.

Me dices que la quisieras menos si yo pasara las malas noches que pasas tú; con gusto trocara esa mala vida con la mía, para que vieras que sufre más el que se queja menos».

El desnaturalizado padre no llega a conocer a su hija, quien muere después de una corta enfermedad a los tres meses de nacida. Él se cree en la obligación de estar presente en las misas que se celebran por su alma y regresa de incógnito. Permanece en la capital contados días, no sin antes practicar un grosero ayuntamiento, y por diciembre del mismo año, la sufrida esposa vuelve a quedar en cinta. Tarda mucho tiempo en comunicarle la noticia, conoce cuáles son sus reacciones y cuando no tiene más remedio que informarle porque la redondez de su vientre acusa su desgracia, recibe otra carta:

«El estado en que te he dejado me causa mucho desasosiego. Es preciso que no aumentes mis cuidados haciéndote la llorona y exponiéndote a un aborto. Por lo mismo que las mujeres tienen lágrimas a disposición, debes mostrar ánimo fuerte y

estar contenta hasta mi vuelta».

Tarda en volver, porque se halla a gusto en el puerto y luego porque el presidente encargado, don Manuel de Ascázubi, ha colmado la medida de su tolerancia. Se ha cansado de sus exabruptos y de sus violencias. Sabe que el incontrolable carácter del cuñado dificulta su actividad en el gobierno y le ocasiona más problemas de los que debe enfrentar en un periodo caracterizado por ser el más turbulento de la vida republicana. El número de los que han sido atacados en los feroces panfletos de *El Zurriago*, *El Vengador* y *El Diablo*, hace que el Presidente busque la manera de alejarlo del escenario político. Recurre al hermano Pedro Pablo, quien al paso de los años se ha convertido en un próspero hombre de negocios, y de común acuerdo, entre ambos y la madre deciden sacarle del país y embarcarlo rumbo a Europa. Pero como tiene sus proyectos bien trazados, se resiste; además, no le conviene, porque en esos días aparece un nuevo personaje que empieza a ser un escollo en su camino, y es nada menos que el general José María Urbina.

En otras circunstancias, sin ser convicto ni tampoco ante la amenaza de que Urbina, que asoma como presidenciable, se le adelante en la conquista del poder, habría aceptado la oportunidad del viaje como la realización de un sueño largamente esperado desde la juventud. Pero esta vez, entre la opción del destierro o la cárcel, es preferible viajar a Europa. Se resigna a salir del país en compañía de su hermano Pedro Pablo, quien va en plan de negocios y debe visitar Inglaterra, Alemania y Francia.

Rosita de Ascázubi da a luz un varón. La frialdad y desdén para la esposa y el recién nacido son las mismas. Las cuñadas no han vuelto a sentir la euforia de la primera vez, ni han hecho los preparativos que las sacaron de sus males. Sólo han contado la noticia al círculo de íntimos. Se sienten cohibidas y medrosas, como si el próximo parto de Rosita fuera la consecuencia de una pecaminosa aventura. Las rodea una sensación de miedo inexplicable. El mismo miedo, padre de la crueldad, que hace años sintieron los compañeros de estudio ante el bedel, pero dentro del cual se mueve con soltura para lograr sus ambiciones.

A través de la nutrida correspondencia que envía a su cuñado Roberto, a su esposa y a sus cuñadas, es evidente que no se encuentra a gusto en Europa y que el aburrimiento le consume. Es un hastío inconcebible, tratándose de un americano que goza el privilegio de visitar el Viejo Continente. Nada de lo que encuentra y de lo que sucede logra interesarle y apartarle de sus pensamientos obsesivos acerca de lo que en mala hora ha dejado atrás, ya que a los pocos días de salir del país, una nueva revolución instigada por Urbina depone al presidente Ascázubi. Él está lejos, maniatado, amordazado, sin haber podido conspirar, ni escribir libelos, tan sólo cartas a sus familiares: «Urbina es el espíritu de la revolución, don Diego la materia, Robles

el sable y Elizalde una pistola vieja y sin carga».

Este primer viaje a Europa no deja ninguna impresión en el ánimo del desterrado. Regresa a los escasos cuatro meses, sabiendo que su presencia es imprescindible para enmendar el error político de que Urbina se le adelante en subir a la presidencia. En medio de convenciones que se suceden, en las que priman la creación de cargos públicos con dedicatorias; de cartas políticas y leyes que aparecen de la noche a la mañana sin ningún beneficio para el pueblo; de revueltas que nacen en intrigas fraguadas al calor de la bebida o instigadas por pasiones femeninas, en las que se eligen presidentes que derrocan enseguida por las conspiraciones de políticos corruptos y las continuas pugnas entre liberales y conservadores, el barco que le trae de regreso hace escala en Panamá.

Suben al mismo barco de su regreso treinta y cinco jesuitas que han sido expulsados de Nueva Granada por el presidente Hilario López, bajo la acusación de que la Orden Jesuítica es un grave peligro para las instituciones liberales.

Nadie admira más a los jesuitas que el viajero. Traba amistad con ellos, y sin consultar a nadie, por su voluntad omnímoda, les promete conseguirles asilo en territorio ecuatoriano. Sabe que la revolución de turno ha puesto en el gobierno al conservador Diego Noboa, un anciano al que considera manejable, conocido como un católico ferviente, incapaz de negarse a brindarles asilo.

Pero al llegar al puerto colombiano de Buenaventura tienen la amarga sorpresa de ver que también aborda el barco el sanguinario José María Obando, asesino de Sucre en las selvas de Berruecos e instigador de la expulsión de los jesuitas en Colombia, quien va a Lima en calidad de ministro plenipotenciario.

Obando vigila a los jesuitas y no les pierde de vista. Está decidido a impedir que desembarquen en suelo ecuatoriano. Les observa tratando de descubrir sus planes, y cuando el barco se detiene frente a Guayaquil, el conspirador se entera de que su hermano Miguel tiene el cargo de gobernador de la provincia. Le manda un recado para que le proporcione una chalupa y apenas amanece logra abandonar el barco en el mayor silencio. Corre desahogado hacia la vivienda de Noboa, irrumpe en su habitación, le sacude hasta despertarle, y con la mayor facilidad le arranca el consentimiento para el asilo de los treinta y cinco jesuitas.

Uno tras otro, en el mayor sigilo, se libran de las garras de Obando, pisan suelo ecuatoriano antes que amanezca y se refugian en el convento más cercano, mientras Obando, acosado por sus malos sueños, se revuelca en la litera.

Noboa es un hombre justo, pero carece de la sagacidad y la malicia

suficientes para enfrentar la anarquía que corroe a la nación. Con toda la inocencia de que es capaz, se deja envolver por la astucia de Urbina, pero aquél que se precipita por los caminos de la audacia trata de desbaratar ese contubernio, que considera peligroso, y le propone que se declare dictador. Noboa, que por entonces se siente cansado y está enfermo, y no es apto para esa clase de artimañas, rechaza indignado la propuesta. El conspirador, resentido y molesto, no duda un instante en declararle su enemigo personal y se pasa a las filas de la oposición.

Una vez más adopta una de esas actitudes incomprensibles: para derrocar al *viejito* Noboa concibe la treta de aliarse con el propio Urbina, y Urbina decide tomar prisionero al Presidente cuando este regresaba de Quito a Guayaquil. Le tiende una celada: en un descampado, sin más trámite y con la mayor cortesía de que es capaz, le notifica que ha cesado en sus funciones presidenciales. Le embarca, con las debidas consideraciones en una canoa que tiene preparada para que le conduzca en calidad de prisionero hacia un vapor de bandera norteamericana que debe conducirlo a Chile. De este modo, tan simple y tan criollo, Noboa termina triste y desalentado su cortísimo periodo, y hasta los días de su muerte mantiene la indeclinable cordura de alejarse de toda actividad política.

Una vez liquidado Noboa, el liberal Urbina se declara dictador y la primera medida es conformar su guardia personal reclutando a los nativos de la región del río Taura, una llanura pantanosa en la provincia del Guayas. Son gentes de color, se caracterizan por su elevada estatura y porque son insuperables jinetes y despiadados soldados. Viven dispersos y en estado semisalvaje, muchos fueron esclavos de las grandes haciendas de la Costa y siempre guardaron hacia Urbina un afecto especial, por haberles liberado de la esclavitud.

Al poco tiempo, Urbina es legitimado por una de las tantas convenciones, pero el odio irreprimible de las fuerzas conservadoras y del poderoso clero, dificultan la primera actividad de un gobierno liberal. Los intentos de separar las funciones de la Iglesia de las funciones civiles se tambalean. No es fácil limitar el campo del adoctrinamiento dogmático del campo de las ciencias y de la filosofía en boga. Las ideas liberales de Urbina hacen que su primera medida sea la de abolir la vergonzosa esclavitud, pero tiene que indemnizar a los propietarios esclavistas y obliga a que contribuyan al Estado los que hasta entonces no lo habían hecho. Los ricos, que se consideran nobles y las órdenes religiosas jamás han pagado impuestos. Sólo acostumbran a tributar los indios y los cholos, y Urbina decreta la cárcel para quien no pague impuestos. Algunos curas solucionan el problema obligando que los diezmos y donativos a la Iglesia sean más generosos y mandan a hacer alcancías más grandes, más visibles y más hermosas para que los fieles depositen sus limosnas.

El incansable conspirador acepta que la ley de pagar contribuciones es justa, pero no lo manifiesta, porque esa ley es una medida que ha dictado su enemigo. La ley perjudica a unas cuantas damas aristocráticas que se niegan a cumplir tamaño disparate. Dejan a un lado sus prácticas piadosas, sus bordados y tertulias y se reúnen

para dedicarse a conspirar y librarse de una medida que consideran oprobiosa. Urbina es enemigo de emplear medios violentos, y más si se trata de mujeres, y de mujeres que pertenecen a la clase alta. No las manda a la cárcel como ha decretado, sino que ordena su confinamiento en los claustros del Monasterio del Carmen Bajo, donde permanecen acompañadas de su séquito de criadas hasta que cumplan con la ley.

Entre estas damas se encuentra la madre de la bellísima Virginia Klinger, que será años después quien inspire una pasión tan ardiente en el futuro mandatario, que le llevará al sainete de declarar la guerra al país del norte. Las damas en cuestión deciden no oponer resistencia, más bien caminan airoso rumbo al convento de El Carmen custodiadas por los feroces tauras, sintiendo la vanidad de ser las protagonistas de un hecho tan inusitado.

Pero el escándalo estalla con más fuerza cuando los soldados irrumpen en la casa de Juanita Jijón, quien se niega caminar hacia el convento. Ha jurado que no pagará ningún impuesto, porque no le da la gana. A la autoridad no le queda otro remedio que tomarla prisionera. Pero se resiste y arma una terrible pataleta. Rehúsa marchar con los soldados, y como estos se atreven a poner sus manos cuartelarias encima de su cuerpo noble, se defiende con insultos y arañazos.

Los tauras de Urbina, que son sus servidores más adictos y a quienes llama con una cariñosa ironía mis canónigos, la sacan a rastras de su casa y la llevan con una fuerte escolta al Monasterio.

Los curiosos se arremolinan en las calles, mientras el antiguo enamorado contempla la escena en una actitud indiferente, sin que se altere un músculo de su cara. Sólo el brillo de sus ojos denota que se complace en el ultraje. Saborea la tardía venganza, al comprobar que la ex novia dista de ser la encantadora jovencita de diez años atrás. Se ha vuelto obesa por la acción de la molicie y la tentación de la buena mesa, ha perdido la cintura y ha adquirido papada. Ya no gusta del baile ni las fiestas, sino como todas las mujeres de su rango, prefiere refugiarse en las novenas y está dedicada por entero a las prácticas piadosas.

Juanita Jijón es arrastrada por la escolta de tauras, quienes se abren paso entre el gentío. No faltan algunos ciudadanos que compadecen a la dama y tratan de entorpecer la acción de la justicia, pero hay otros que dan muestras de satisfacción y comentan que ya es hora de que los ricos sean quienes paguen lo que deben, y no sólo contribuyan los que no tienen.

—¡Qué tozuda! —dice una mujer del pueblo—. Con la venta de uno solo de los zarcillos que cuelgan de sus orejas habría evitado este escándalo, y de esas joyas debe tener montones.

—Si no fuera tan gorda —agrega otra—, los tauras habrían podido caminar más rápido, evitando que medio Quito presencie este espectáculo.

El que sueña con el delirio del poder ha cumplido treinta y un años. A esa edad, la mayoría de los hombres públicos, entre los que se cuentan sus enemigos, han llegado a la cima, aunque sin darse cuenta de que muy cerca se encuentra el precipicio. El susodicho se halla en la plenitud de la edad y en la gravidez de la ambición. El odio al caudillo Flores se ha enfriado y transformado en el odio hacia Urbina, cuya alianza con él ha durado poco. Más bien le inspira su comentada «Epístola a Fabio» para denunciar con su acostumbrada vehemencia los vicios y las inmoralidades del régimen imperante:

Ninguno

*de cuantos vicios inventara el hombre
en largos siglos de maldad ignara:
traición, perjurio, latrocinio, estafa;
libertinaje impúdico, furores
de bárbara agresión... su vida impura
encerrada en artículos se encuentra
en el severo código que inspira
saludable terror a los perversos.
Y éste de corrupción conjunto horrible,
monstruo que hasta el patíbulo infamara,
éste triunfa, domina, tiraniza
y respira tranquilo! Al pueblo imbécil
con fementido labio artero invoca,
y le ultraja feroz.*

Empieza a liberarse de los furibundos arrestos juveniles que le han ocasionado una secuencia de fracasos. Es la hora en que suaviza las apasionadas diatribas que le han ocasionado turbas de enemigos, llenándole de amargura y decepciones sin dejarle un momento de reposo y, lo que es más, sin un amigo con quien hablar de sus cosas, como si pudiera hablar consigo mismo. Se siente maniatado y lo único que tiene a mano es su pluma.

Incansable en su actividad de ataque funda un periódico más, *La Nación*, en el que a pesar de su estilo fulminante y grosero, trata de presentarse con una nueva imagen de estadista. Aunque continúa atacando a Urbina, decide mostrarse como un hombre maduro que propone soluciones, asegurando a sus lectores que no combate por ninguno de los dos grupos antagónicos, sino por el bien de la República.

El gobierno granadino del liberal Hilario López presiona con insistencia al presidente Urbina para que continúe la lucha contra los jesuitas y los expulse del país. El fundador de *La Nación* sale en defensa de la Orden. Saca a relucir su enorme capacidad polémica. Escribe *En Defensa de los Jesuitas*, un extenso y muy documentado alegato de más de noventa páginas, que le sirve para ser considerado como el más grande defensor de la Iglesia.

Los jesuitas admitidos se han instalado en los antiguos conventos de la capital que fueron de su propiedad, a pesar de que el convenio con Noboa fue que podían permanecer en cualquier ciudad, a excepción de Quito. La mayoría de jesuitas son españoles y conservan sus ideas monárquicas. Entre ellos hay unos cuantos sabios, pero también ex carlistas, instigadores de las guerras que sacudieron a España y que representan lo más retardatario de la Iglesia. Algunos son de naturaleza díscola, se han acostumbrado a conspirar, y el gobierno de Nueva Granada teme que estos jesuitas presten su apoyo a los enemigos conservadores.

Después de las consabidas discusiones y votaciones, la Asamblea Constituyente decide expulsarlos, pero como no lo hace con la celeridad que pide el gobierno de Hilario López, Nueva Granada amenaza con declarar la guerra. Urbina cumple el mandato de la Asamblea y ordena el inmediato destierro de treinta y siete jesuitas, más unos cuantos novicios.

La salida de los clérigos que han regresado al país a los ochenta y cuatro años del destierro ordenado por Carlos III de España, conmociona a toda la ciudad. Las damas de la aristocracia quiteña se dedican a recoger firmas pidiendo al gobierno que se queden, y reúnen en poco tiempo el desorbitado número de ocho mil cuatrocientas veinte y nueve adhesiones, en una ciudad que apenas cuenta con sesenta mil habitantes, la mayoría de los cuales son analfabetos y no saben qué pasa.

Hay ciudadanos que recuerdan la gestión que los jesuitas desempeñaron en las misiones del Oriente, y otros no pueden olvidar que fueron los más grandes latifundistas de la Real Audiencia y que en sus obrajes murieron centenares de indígenas. Pero el pueblo, el pueblo que se refugia en las iglesias para implorar clemencia ante las imágenes y para llorar sus penas y pobreza, soliviantado por los incansables partidarios de Flores, se lanza a las calles en protesta contra Urbina acusándole de malvado, hereje y masón. Pero los partidarios de Urbina, a su vez, hacen circular el rumor de que el descontento popular es un pretexto para preparar la venida del odiado Flores, con lo cual aparecen nuevos intentos de revueltas.

El día señalado para salir al destierro, en medio de la confusión de pareceres, repican las campanas de todas las iglesias. Cerca de las doce de la noche, hora en que se cumple el plazo señalado por Urbina, los jesuitas están listos para partir. Carlos Aguirre ha puesto su carroza a disposición de los más ancianos para que sean

conducidos hasta Latacunga. Los hacendados les han mandado las mejores cabalgaduras para el largo camino hacia la Costa. Las mujeres del pueblo les regalan algo de pan y de lo poco que tienen, y como están convencidas de que se trata de unos pobres taita curas que absuelven los pecados y tienen el poder de librarles del infierno, lloran lamentando el desamparo en que se quedan y se arrodillan para pedir sus bendiciones y besar con devoción el filo de sus negras sotanas.

El defensor de los jesuitas se encuentra en cama, inmovilizado, pero quiere dar su adiós a los desterrados. Hace un esfuerzo para levantarse, pide unas muletas y apoyado en ellas se acerca a paso lento. Tiene una herida en la pierna que le impide acompañar a los padres en un trecho del camino, debido a un disparo hecho por él mismo al intentar limpiar su arma:

«Llevo 19 días de curación y tal vez se ajustarán 50 por haberse introducido en la herida los pedazos de ropa que arrancó la bala. Anoche salió un pedazo de paño y antes han salido otros tres. Me parece que aún falta el pedazo de calzoncillo; y mientras haya un pedazo de cuerpo extraño en la herida es imposible que se cicatrice».

Sin embargo, se acerca cojeando y desde lejos, abriéndose paso entre el tumulto, hace oír sus proféticas palabras: «Adiós padres, dentro de diez años cantaremos un *Te Deum* por vuestro retorno».

El destierro de los jesuitas ocasiona un nuevo abatimiento en su ánimo. El poder jesuítico era su mejor aliado. Contaba con la presencia de ellos como el medio más seguro para instalarse en el poder, y de pronto se queda solo, aislado, sin padrinos. Menos mal que conserva a su piadosa madre quien, entre consuelos y consejos para aceptar la voluntad divina, y sin que falten las recriminaciones, no deja de escribirle largas cartas para que él repita con orgullo: «En todo el país sólo existen dos cabezas buenas: la de plátano y la de mi madre».

Al publicarse el primer número de *La Nación*, en el aniversario del 6 de marzo, el Gobierno manda a su director una notificación judicial en que le pone sobreaviso que ha prohibido la aparición del segundo número, pero el director, conociendo como conoce que las manos de Urbina nunca se han manchado en sangre, sabe con certeza que su vida no corre peligro. Lo más grave que puede sucederle es que el mandatario le destierre, y un destierro, en esos días, se presenta como la mejor oportunidad para sus planes.

Se apresura en editar y poner en circulación el segundo número de *La Nación*, que es tanto o más virulento que el primero. Tal como lo había planeado, espera que el gobierno reaccione, y el gobierno reacciona decretando su destierro. El día señalado espera que aparezcan los tauras de Urbina y le arresten. Esta vez no se esconde, más bien se adelanta a la acción de la justicia, quiere ser apresado en

presencia de testigos y en el sitio más público. Le urge tener un escenario y ninguno es mejor que la Plaza de la Independencia, el sitio más concurrido de la ciudad al mediodía.

Se encamina hacia allá. Aparece por la esquina de la Catedral, altivo y arrogante. Se detiene en el centro, junto a la gran pila de piedra. Entabla conversación con algunos partidarios que se le acercan hasta que aparece el encargado de prenderle, seguido de un piquete de treinta jenízaros armados. Los dos hombres se saludan y se enfrentan, cruzan algunas palabras y el que va a ser apresado casi extiende las muñecas para que le engrillen. Los soldados se sorprenden de que no ofrezca ninguna resistencia. Le hacen subir al caballo que le tienen preparado, y sale escoltado rumbo a Nueva Granada entre las aclamaciones de los presentes que han presenciado la escena.

Gracias a su enemigo Urbina, el desterrado que por entonces se ha distinguido en el escenario político como un feroz polemista, pero un polemista con ambiciones y talento, se convierte en poco tiempo en el mártir de la religión católica y pasa a ser la figura más descollante de la oposición a Urbina. Éste ladinamente le ha desterrado a Nueva Granada, donde sabe que no será bien recibido por la defensa prestada a la Orden Jesuítica, que casi ha ocasionado una guerra de naciones. El desterrado tiene la prohibición de abandonar el territorio colombiano y debe quedarse confinado en Neiva, un pueblo lejos de la frontera ecuatoriana, pero estas seguridades no se cumplen, porque ni siquiera llega a Neiva. En la misma frontera, apenas la escolta mandada por Urbina se ha alejado unos pasos, se acerca un partidario que le espera. Sus adeptos han preparado el encuentro. Es un aliado del partido conservador colombiano, que le facilita la huida haciendo que un arriero le entregue su mula y sus ropas con las cuales se disfraza. Sin perder tiempo ni para tomar un respiro, porque su férrea voluntad aniquila el cansancio del viaje, es él quien va detrás de los tauras, y aún les adelanta cuando estos se detienen a celebrar una misión que creen cumplida.

Los andares de la mula no son de su gusto; apenas se le presenta la oportunidad adquiere un caballo y llega a Quito. No le conviene entrar a la casa de las Ascázubi, porque los soldados de Urbina, concedores de la treta, le buscan por los pueblos de los dos territorios.

Semejante huida no constituye ninguna hazaña. En todos los lugares recibe adhesiones de sus partidarios y la generosa ayuda de la gente humilde, que ve en el desterrado a una víctima de la poderosa masonería, de los enemigos de la Iglesia, de la sociedad y del orden. Así, burlando a sus perseguidores, unas veces disfrazado de arriero, otras de indígena y también de cura, soportando largas caminatas, el frío, la sed y el hambre, logra atravesar las poblaciones de la Sierra y llega hasta Guayaquil. Tampoco puede acercarse a la casa de su madre. Se sabe perseguido. Merodea por el muelle hasta que sus adeptos le informan que una corbeta de guerra francesa, *La Brillante*, está próxima a zarpar hacia los arenales de Paita.

La ocasión no puede ser más favorable. Paita es el lugar común de los

desterrados. Allá puede encontrar partidarios para seguir conspirando. Espera la complicidad de la noche. Se acerca a la nave, se embarca con todo sigilo y queda protegido por la bandera francesa.

Hace amistad con el capitán, el francés La Pelin, y ya abordo, escribe a su cuñado Roberto: «Mi muy querido Dn. Roberto. Aquí me tiene Ud. bajo la protección de veinte cañones franceses, con harto dolor de las autoridades de Guayaquil que han deplorado con amargura la falta de policía».

Cuando la embarcación va a hacerse a la mar, llega su hermano Pepe, que ha empezado a figurar en la política, y le comunica que el pueblo, que le considera un héroe, le ha elegido senador por la provincia del Guayas. Pese al nombramiento de senador, que no le conviene aceptar mientras Urbina dure en el poder, decide continuar el viaje en *La Brillante*, y en vez de quedarse en Paita como lo había programado, llega hasta Lima donde se entrevista con el presidente Castilla, el que le prestará ayuda el día de mañana en una contienda contra su propia patria.

Al regreso del apresurado viaje tiene la intención de desembarcar en Guayaquil, pero se entera que hay la orden de prenderle para impedir su participación en el Congreso. Ni siquiera puede visitar a su madre enferma, porque circula el rumor de que en su búsqueda la casa ha sido allanada. Permanece un tiempo en el anonimato, ayudado por sus partidarios. No le queda otra solución que continuar el viaje a Paita, el pueblo del destierro. La decisión no es de su agrado, sin embargo, antes de salir escribe a Roberto de Ascázubi: «La opinión pública ha empezado a vengarme».

Después de dos días de navegación y de una sofocante caminata por los arenales desérticos, se instala en Paita, sobrecogido ante la visión de un pueblito miserable con su playa árida y desértica al pie de un acantilado. Las calles estrechas, las endeble casas de caña y el basural que se desparrama con el viento ahondan su disgusto. Está en el mismo lugar donde las cuatro hermanas Ascázubi van con frecuencia a curarse de sus males.

Acude a recibirle Manuelita Sáenz porque ella brinda su amistad a todos los que llegan. El desterrado está enterado que hace años esa mujer encanecida que trata de curarse de la nostalgia del Libertador, había pedido al presidente Rocafuerte la gracia de morir en Quito y no en ese arenal abandonado. Pero esa petición tan justa le fue negada, aún la consideraban una mujer peligrosa por la popularidad que siempre tuvo y le temían por su influencia en el pueblo. Pudo insistir ante los nuevos gobiernos, pero Manuela seguía siendo la mujer que atesoraba dignidad y orgullo. Prefirió malvivir en el abandono, bajo un cielo plomizo que le habla de sus decepciones, junto a un mar sombrío que nunca cambia.

Él la visita de tarde en tarde para hablar de las calamidades de la patria, pero se entienden poco. Ella es la loca generala, eterna enamorada de la libertad y de Bolívar,

que actúa bajo los impulsos de un corazón alocado y generoso, la que ha penetrado por intuición en la esencia del Ser Supremo, y en sus decepciones se aferra a la sonrisa mientras fabrica sus dulces para tener un poco de dinero con qué mantenerse. Él es el hombre frío, calculador, reconcentrado, que sólo tuvo un amor accidental de pocos días. Representa el dominio de la mente, de los sofismas, la lucubración y las conspiraciones, que llega a Dios empujado por el dogma y por las enseñanzas de la Iglesia, y en medio de sus violentas pasiones vive refugiado en la penumbra de su soledad para incubar odios y venganzas murmurando: «Seguiré dándoles palo hasta romperles el último de los huesos, pues la excesiva moderación con que hasta ahora les había aguantado les había infundido osadía».

Tampoco logra entenderse con Ricardo Palma, por entonces un joven alocado, que también se ha refugiado en el arenal sombrío para escapar de sus enredos amorosos. El desterrado prefiere ahogar su aburrimiento en la lectura y a veces se concentra ante un tablero de ajedrez. Escribe *La verdad ante mis Calumniadores*. Traduce algunos versos de Lamartine. Permanece aislado, sin amigos, apenas atisbando el camino del mar por la turbia ventana, en espera de algún barco que le traiga la grata noticia de que Flores ha muerto, o mejor aún de que Urbina y sus partidarios han sido derrocados.

No deja de escribir cartas. Las epístolas a su cuñado Roberto van colmadas de una atroz melancolía. Las que manda a su esposa —que suelen empezar con el insulto: «Mi adorada Rosita de mi alma»—, hablan de su muerte próxima en medio del arenal impávido. La correspondencia destinada a las hermanas Ascázubi y a otros conspiradores se amontona en la mesa paticoja que le sirve de escritorio.

Hay un barco que aparece los días 10 y 25 de cada mes y es el encargado de traer las cartas que le mandan desde Quito, que llegan a Guayaquil, que siguen hasta El Callao —cuando no hay pasajeros— y sólo se detienen en Paita, al regreso para entregar la correspondencia que recibe y manda. No siempre el barco llega puntual, la demora es larga y muchas cartas se pierden.

El destierro que dura dos angustiosos años le resulta insoportable. Espera que pase el tiempo y la espera le consume. Los familiares se preocupan por su estado depresivo y por el continuo soliloquio con la muerte: «Tengo el consuelo de que ninguno de los de casa me precederá al otro mundo... porque siento que he vivido mucho en poco tiempo y he envejecido como un hombre de sesenta, para nada sirvo, sino para hacerles sufrir; y esto me atormenta sin cesar».

La generosa y sufrida esposa se preocupa por su estado, no le asusta la idea de ser viuda, bien sabe que se ha casado con un esposo fantasma, y en lo más recóndito de sus pensamientos, es comprensible que desee —aunque sin confesárselo a sí misma— la muerte de quien teme, pero es el padre de su hijo. Los familiares tienen miedo de que cometa algún absurdo desatino o que en verdad se anticipe a la hora que a nadie falta. Don Roberto, que siempre ha estado de su lado, vuelve a hacer gestiones con su hermano Pedro Pablo para sacarle de ese destierro y enviarle por segunda vez

a Europa. Es necesario remediar su atroz misantropía, antes que fallezca de tedio y de tristeza.

El desterrado sale por fin del infierno, se sacude de la arena y del fastidio. Manuela Sáenz le ve alejarse con sus odios y su abultada carpeta de papeles, y el corazón le da un vuelco. Piensa en su lejana Quito y se le escapa un suspiro. Una premonición que no sabe si es de miedo o de angustia oscurece el sol que quema el arenal ardiente.

Se embarca para Europa donde permanece año y medio. Se radica en París, en un pequeño apartamento de la Vieille Comédie. Asiste a la Universidad. Lee desde el amanecer. Va diariamente a las misas de San Sulpicio. Supera en rezos a las beatas parisinas. Reza unos cuantos rosarios. Se encamina al laboratorio del sabio Teófilo Pelauce. De vez en cuando visita al geólogo y naturalista Boussingault que visitó Ecuador, ascendió al Chimborazo e hizo unas cuantas investigaciones de importancia.

Pero lo que no se sabe ni tampoco se entiende es de dónde saca tiempo para leer en francés la voluminosa *Historia Universal de la Iglesia Católica* del padre Renato Francisco Rohrbacher, en veinte y nueve volúmenes, que trata de la subordinación del Estado a la Iglesia. Sus biógrafos apologistas, exagerados y ampulosos, aseguran que la leyó tres veces. Además, aseguran que sigue cursos de física, química analítica, zoología, botánica, análisis de química orgánica, álgebra superior, cálculo infinitesimal y mecánica racional, que se dedica además al estudio de altas matemáticas.

Tampoco se sabe de qué medios se vale ni de dónde saca tiempo para alargar el año y medio que le permite estudiar tantas materias en un idioma que no es el suyo, escribir la copiosa correspondencia que se conserva y ocuparse continuamente de buscar el alambique que le pide su cuñado Roberto, quien se halla empeñado en destilar aguardiente y refinar azúcar en la hacienda que acaba de comprar en las montañas de Mindo. Por último, asiste a la Exposición Universal de 1855, se encuentra con Carlos Aguirre y su esposa Virginia Klinger, amiga de los Ascázubi desde hace años, quienes pasan en París largas temporadas. Lamenta que no pueda frecuentar más a Virginia que está más hermosa y más apetecible que nunca, ya que los Aguirre regresan a Quito a los pocos días.

Las lacónicas cartas que recibe de su esposa y sus cuñadas, plagadas de noticias acerca de sus enfermedades, no le interesan. Ni le conmueven, ni le dicen nada, pero las de Roberto de Ascázubi —que no se cansa de recordarle lo del alambique— por lo menos tienen la virtud de alimentar su encono. En una de tantas cartas le cuenta que el villano Flores no pasa un solo día sin conspirar desde Lima donde vive su destierro, costado por una asignación que recibe del gobierno peruano y ha tenido la desvergüenza de organizar una nueva invasión al país con ochocientos mercenarios,

para reclamar sus derechos confiscados. Le hace largos relatos de cómo todo el pueblo y las instituciones se han puesto otra vez en pie de guerra y están alertas y le envía una lista de los conocidos que se han enrolado en el ejército ante la inminente invasión floreana.

Lo que no cuenta, porque aún no conoce la noticia, es que la invasión ha fracasado porque el famoso bandido Manuel Briones, un presidiario que cumple su condena en la isla Isabela de Galápagos, después de asesinar al gobernador de la isla, se apodera de una ballenera de bandera norteamericana, pasa a cuchillo a sus tripulantes, y al llegar a Guayaquil se topa con el barco expedicionario de la flota floreana, se acerca a él, lo toma de sorpresa y asesina al capitán junto a veinte y ocho mercenarios invasores. Frente a lo cual, otro de los barcos, al tratar de huir encalla en los arrecifes, y las demás embarcaciones se apresuran en fugar.

Manuel Briones desembarca en Guayaquil, baja acompañado de sus secuaces, espera que le reciban como al héroe que ha frustrado la invasión y le den una recompensa por su hazaña, pero las autoridades guayaquileñas le toman prisionero y fusilan.

Flores no cede en su empeño, se instala en la isla Puná y desde allí dirige algunas expediciones más, todas con nefastos resultados. Urbina pretende limpiar el territorio de floreanos y recurre a una endiablada estrategia que desmoraliza a las fuerzas invasoras. Expide un decreto que es acogido con gusto por los mercenarios, por el cual fracasan las ambiciones del caudillo: «Todo individuo que abandone las filas del invasor, recibirá cien pesos en dinero, una caballería de tierra en la provincia que elija, la herramienta de labor necesaria, dos vacas y un toro».

*U*rbina termina su periodo presidencial con la difícil empresa de abolir la esclavitud; difícil porque el presupuesto del Estado alcanzaba por entonces la suma de un millón doscientos mil pesos, y se vio obligado a indemnizar a los propietarios de negros y de indios con más de cuatrocientos mil pesos. El liberal Urbina ha negociado los intereses de la deuda inglesa y mejorado la educación de un pueblo analfabeto, con el cual es imposible cualquier intento de progreso. Ha facilitado la exportación de cacao y de cascarilla. Hizo pagar impuestos a las clases dominantes, y ha sido en extremo tolerante con sus opositores y, sobre todo, con su tremendo enemigo, al pasar por alto sus continuas conspiraciones y la grosería de sus libelos, empleando como única medida contra él la cárcel y el destierro, sin atentar jamás contra su vida.

Al regresar éste de Europa y llegar a Guayaquil, cansado del destierro, entra de sopetón en la casa de su madre y se detiene asombrado: no espera verla tan cambiada. Ha envejecido en la penumbra y en la espera. Es una anciana que arrastra los pies, camina con la carga de sus fatigas y de las vicisitudes de su hijo, pero conserva la

armadura de su indomable energía. Intentan un abrazo, pero por falta de costumbre el abrazo es frío y forzado. También él está viejo, la calvicie y las canas se han adueñado de su cráneo, pero sus ojos brillan como si fueran los de un león que ha despertado con hambre. Intercambian mutuas confianzas. Él le cuenta sus penurias y proyectos, ella permanece callada, pues tiene poco que contar. Sus hijos le han sacado de la pobreza, ya no trabaja como antes y lo único que espera para morir en paz es ver a su hijo preferido instalado en la presidencia de la República.

A los pocos días se despiden con la misma forzada frialdad de esconder caricias, sin despojarse del enraizado miedo de traspasar intimidades, aunque en los ojos de la madre y del hijo quieren aparecer algunas impertinentes y traicioneras lágrimas.

Se traslada a la capital y comprueba que sus adeptos no le han olvidado como se temía. Le reciben con aclamaciones y a los pocos días le dan el nombramiento de Rector de la Universidad Central. Dicta un curso de química analítica sin percibir honorarios. Es un profesor sabio y exigente, pero no tiene alumnos regulares, porque la ley permite la libertad de estudios universitarios. La ausencia de estudiantes que tomen en serio la materia se hace más evidente cuando impone la medida de rezar padrenuestros y avemarías al comenzar las clases, que a veces se prolonga demasiado.

Decepcionado, deja la cátedra aduciendo que con semejantes leyes se ha legalizado la irresponsabilidad y la vagancia. Sin embargo, hace algunas mejoras en el edificio y enriquece la biblioteca universitaria.

Presiente que se acerca con pasos cautelosos pero firmes la hora de su triunfo y se apresura en fundar el semanario *Unión Nacional*, para continuar atacando a Urbina. Con la ayuda del presidente Robles y del clero se hace elegir senador por la provincia de Pichincha. En las sesiones de la Asamblea se muestra como un político serio y equilibrado, deseoso de borrar la imagen de insultador y libelista que hasta ese momento le persigue. Se consolida su fama de hombre enérgico, incapaz de claudicar ante las amenazas de sus enemigos. Aparece como el más firme defensor de la Iglesia, ajeno a las veleidades de los liberales, convirtiéndose en el adalid del catolicismo y de las clases altas.

En sus intervenciones parlamentarias aboga por el ingreso de instituciones religiosas y por la supresión de las logias masónicas. Conoce que muchos intelectuales y hombres importantes se han vinculado con la masonería de Lima, y cuando un senador afirma que la masonería no se opone a la religión católica, responde furibundo: «¿Será necesario enseñar catecismo a los honorables senadores?».

Ha cumplido treinta y siete años. Sus actividades políticas no le impiden seguir interesándose por los aspectos científicos. Desciende por segunda vez al cráter del Pichincha, ahora acompañado por el científico Jameson, con quién comprueba los cambios que se han operado en las entrañas del volcán después de diez años, cuando lo visitó junto al ingeniero Sebastián Wisse, por lo que anuncia la posibilidad de una

próxima erupción.

Por entonces, las relaciones con su esposa son casi inexistentes. Entre su destierro en Paita, su estadía en Europa y sus largas permanencias en el puerto, ha evitado acercarse a Quito y le escribe una carta para comunicarle que se quedará definitivamente en Guayaquil, porque necesita trabajar. Sin embargo, es la época en que más conspira: «Me quedo pues en Guayaquil, donde Pedro Pablo me necesita para que lo ayude: a Quito, no volveré hasta el verano. Entretanto la vejez viene; y aunque para mí jamás he deseado atesorar, me aflige el porvenir de mis cinco hijas adoptivas».

Estas hijas adoptivas, son de su cuñada Rosario, la Seca, entre las que está Mariana del Alcázar, la joven sobrina que llegará a ser su segunda esposa, aquella a quien desde entonces se refiere como: «Mi hijita del alma Marianita. El mayor sacrificio que puedo hacer a la patria, es continuar aquí, sin volar a verla».

*U*rbina ha terminado su periodo, y el terreno está preparado para que se haga cargo de la presidencia su amigo y militar como él, Francisco Robles. Éste trata de continuar su obra, pero debe enfrentar nuevas crisis, tan violentas como las anteriores. Son años anárquicos y funestos. La desintegración del país es incontenible. Los gobiernos se bambolean entre los oportunistas y los traidores.

Robles debe enfrentar el problema de la deuda inglesa que se arrastra desde la época de la Gran Colombia, por los gastos ocasionados por las guerras de la Independencia. Es una deuda que con el paso de los años ha llegado a la astronómica suma de un millón ochocientas mil libras esterlinas. Como no hay otra manera de pagarla, el gobierno ofrece a sus deudores la concesión de diez y seis mil kilómetros de tierras baldías en las selvas amazónicas, con lo cual la deuda quedaría liquidada, pero el senador por Pichincha no acepta y eleva su protesta.

Perú se ha preparado para la guerra y ve la oportunidad argumentando que esas tierras están en litigio. Manda como representante al ministro Juan Celestino Caveró, un hombre insolente y difícil, que no descansa en buscar un pretexto para declarar la guerra. Robles se ve obligado a enfrentar a diario las impertinencias de Caveró, quien comete algunos desatinos, no conoce las reglas del protocolo y reclama en mala forma que el presidente Robles debió acudir a darle la bienvenida y le ha dejado esperando. Otro día protesta porque cierto discurso suyo no se ha publicado en los periódicos, y llega al colmo de la impertinencia al tomarse el trabajo de capturar dos muñecos de trapo hechos por el pueblo siguiendo la tradicional costumbre de quemar figuras de políticos o de gentes que quisieran ver incineradas a las doce de la noche cuando se termina el año.

Uno de esos monigotes representa a Caveró y es idéntico. La máscara tiene los rasgos fisonómicos acentuados en una forma que raya en lo ridículo. El otro

monigote representa al presidente Castilla, un cholo de ascendencia indígena. Le han hecho tan espantoso y disforme, que el más feo de los runas ecuatorianos resulta una belleza a su lado. Aunque son muñecos de trapo y tienen aspecto grotesco, alcanzan el honor de ser llevados a Lima y exhibidos en la sala del Congreso.

El senador por Pichincha vuelve a la manía de estar en desacuerdo con el pueblo. Trata de convencer a la opinión pública de que Perú está muy lejos de querer la guerra, a pesar de que la fragata Amazonas está frente a Guayaquil y amenaza con bombardear el puerto que se encuentra bloqueado, y de que ciento cincuenta soldados peruanos han desembarcado en la isla Puná y asesinado alevosamente a la población indefensa. Él insiste: «El ejército y la escuadra del Perú son nuestros auxiliares, no nuestros enemigos, y a la patria no le quedan otros adversarios que los malvados que la tiranizan y los forajidos que intentan defenderlos».

Durante ese periodo, los periódicos y las hojas sueltas inundan la república con terribles titulares. Apenas clarea, el país se despierta con noticias que estremecen. Robles se ha visto obligado a trasladar la capital a Guayaquil, para defender el suelo patrio. La desintegración es total. Estallan dos revoluciones fraguadas por Urbina para derrocar al gobierno y tomar preso al presidente.

Se forma un triunvirato. Uno de los triunviros es el senador por Pichincha. Una nueva revolución nombra como presidentes provisorios al senador y a Jerónimo Carrión, quien se proclama presidente en Cuenca.

En uno de los encuentros, el senador y Urbina se enfrentan y éste no duda en tomarle prisionero y desterrarlo. El desterrado viaja secretamente al Perú para entrevistarse con el presidente Castilla, quien le proporciona las suficientes armas para combatir a Urbina. Regresa con el armamento dado por el invasor de su propio país y desembarca en Paita de un buque de guerra peruano. Entra disfrazado en Guayaquil, y emprende el viaje a Quito, no por las rutas habituales sino por las inhóspitas montañas de Quevedo. Le acompaña un guía indígena, de los que viajan a pie, el cual es mordido por una víbora. El fugitivo ve aterrado cómo le sangran los ojos y oídos, cómo se retuerce agobiado por crueles dolores y muere. El cadáver queda abandonado en la maleza con muchas oraciones y sin ninguna lágrima.

Dos días después, la mula en que viaja se detiene, dobla sus patas, agacha la cabeza y cae muerta de cansancio. A pie, desorientado, maldiciendo, con los pies llagados, pasa días sin comer ni beber hasta que logra llegar a Riobamba, donde se entera que el gobernador del Cauca, al saber la descomposición que reina en el país vecino, propone que sea dividido en dos mitades: una para Colombia y otra para el Perú.

Guillermo Franco, envuelto por la astucia del presidente Castilla, o porque esconde oscuras ambiciones personales o porque tiene pocas luces, se convierte en un traidor. Entra en negociaciones con el Perú y firma un tratado en Mapasingue. Robles y todo el pueblo desconocen el tratado. Traslada la capital a Riobamba. Urbina se pone al frente de sus tropas para combatir a Franco y este se autodesigna jefe

supremo de la provincia del Guayas.

Loja no se queda atrás y proclama un nuevo gobierno. El resultado es que el país llega a la locura de tener cuatro gobiernos, que al fin deciden unirse para derrocar a Franco.

En un caos que supera a todo lo vivido hasta entonces, el senador por Pichincha se desespera, intriga y no encuentra una salida que dé término al conflicto. En el duermevela de las alucinantes pesadillas, se le ocurre escribir algunas cartas al encargado de negocios de Francia en Quito, Émilie Trinité, en las que pide que transmita a Su Majestad, el Emperador de Francia, Napoleón III, el deseo de que Ecuador, —que tiene un territorio más grande que Francia— pase a ser una colonia francesa:

Por lo que respecta a mí y aun puedo decir por lo tocante a todos los hombres de orden, la felicidad de este país dependería de su unión al Imperio Francés.

Los que trabajamos en vano para contener la anarquía que nos deshonra y empobrece, y vemos avanzar rápidamente el torrente arrasador de la raza anglo-americana, encontraríamos bajo los auspicios de Francia, la civilización en la paz y la libertad en el orden, bienes que no nos haría disfrutar nunca la débil y extenuada España.

Si Ud. creyere comunicar esta carta enteramente reservada y confidencial al Gobierno francés, puede hacerlo. Le ruego únicamente que no deje traslucir nada al señor Quevedo, Encargado de Negocios en España, pues tengo sobrados motivos para creerlo falto de nobleza y lealtad.

Se trata también del interés de la Francia, puesto que ella sería el dueño de estas bellas regiones.

En el aberrante sueño de que su patria pasara a ser una dependencia de la grandiosa Francia, se imagina a los soldados —incluyendo a los tauras de Urbina— marchando al compás de la inmortal «Marsellesa», a los indios, negros y mestizos chapurreando el francés, con modales afectados, y saludando con venias cortesanías a la bandera francesa que ondea en las cúspides más altas. No descansa. Se multiplica. Escribe centenares de cartas. Hace mil planes. No se detiene en hacer gestiones diplomáticas. Consulta con su madre; doña Mercedes le alienta en el proyecto y reza sin descanso por la pronta anexión del pueblo indómito a Francia.

Ecuador no sólo cedería a Francia el Archipiélago de Galápagos, sino también las extensas tierras no ocupadas de la República sobre las riberas del Amazonas.

En ese desasosiego caótico y a la vez con la enajenada esperanza de que Francia aceptara lo que ha ofrecido con tanta galanura, y en medio de la protesta general de todo el pueblo, que rechaza la anexión y no atina qué rumbo tomar frente a la anarquía imperante, recibe la inesperada ayuda de su eterno enemigo Juan José Flores, quién arde en deseos de participar en la futura guerra y afirma ofrecerle desinteresadamente sus servicios.

El senador acepta sin demora la ayuda del odiado enemigo, al que quiso hundir el puñal y al que llamó en más de una ocasión: «Hijo de puta antes del parto, en el parto

y después del parto». En el crucial momento del llamado «Año del Desastre», aceptaría la ayuda del demonio si fuese necesario, y no duda en escribirle: «Por patriotismo fui enemigo de Ud., y por patriotismo he dejado de serlo».

Sin pérdida de tiempo despacha un correo a Lima pidiendo a su ex enemigo que consiga todas las armas y municiones necesarias, y le envía una autorización de compra, firmada y rubricada por su mano junto al nombramiento de Jefe Supremo de la Guerra.

Después de un corto tiempo, los agentes diplomáticos de Napoleón el Pequeño llegan al país, miran lo que está a la vista, hacen cálculos, sacan cuentas y como tienen la cabeza en su puesto, sus informes son desfavorables. Afirman que la anexión de Ecuador a Francia costaría millones de francos, se necesitarían más de mil caballos y un ejército de por lo menos diez mil hombres para aceptar la oferta. Pero la razón de más peso es el temor de que Gran Bretaña, Estados Unidos y las naciones hispanoamericanas se levantaran en bloque para oponerse a la dominación francesa.

*H*echas las paces con Flores, olvidadas y perdonadas las rencillas, arrinconado el odio, amigos para lo bueno y lo malo, nada impide que el exiliado regrese al país después de quince años de destierro. El extranjero, al que no se le pueden negar sus dotes de estratega, reúne a sus partidarios y organiza un ejército destinado a que su ex enemigo se instale nuevamente en el poder.

Hay algunos encuentros, con la lamentable muerte de los desesperados que se alistaban en los ejércitos sin más esperanza que la insegura paga de un salario. Mediante una hábil maniobra, Flores toma por sorpresa a los partidarios de Guillermo Franco en los momentos que recogían firmas para la anexión de Ecuador a Perú. Los derrota fácilmente y Franco no tiene otra alternativa que huir del país hacia el Perú, donde le reciben como a un héroe.

Los trágicos sucesos duran más de un año en medio de unas cuantas guerras, anexiones, pantomimas, destierros y traiciones. El país queda aniquilado. El pueblo se debate en la más cruda miseria. Los desheredados sienten más que nunca el aguijón del hambre. La descomposición social llega a los límites más escandalosos, y antes que la nación desaparezca, es necesario poner parches y remiendos. Entre otras medidas, el hábil senador por Pichincha propone al Congreso que se cambie la bandera del 6 de marzo por la actual bandera tricolor, y consigue además, en una insólita maniobra, que se expida un decreto de reparación en favor de su antiguo y odiado enemigo, «al que se le debe el éxito de la campaña que ha salvado la independencia, honor y civilización de la República».

Y el obediente Congreso formado por los que no tienen otra ambición que figurar, vivir a expensas del Estado y explayarse en discursos, decreta «que se le devuelvan los bienes que fueron arrebatados ilegalmente y que quedaron abandonados a la

rapacidad más escandalosa».

Sin más tardanza, una Junta de Notables, que suele aparecer con demasiada frecuencia cuando los notables son los partidarios y familiares que se necesitan, convoca a una Asamblea Nacional, integrada esta vez en su mayoría por conservadores y floreanos. Como está previsto, la Asamblea declara por unanimidad al hábil senador por Pichincha presidente interino y al poco tiempo esa misma Asamblea le elige ¡Presidente Constitucional de la República!

Pero el pueblo, el pueblo sufridor desde hace siglos, el que no ha podido ir a la escuela ni sabe el alfabeto, que no se ha liberado de la eterna servidumbre ni entiende las maniobras políticas, se queda como siempre relegado, rumiando sus derrotas, impotente ante los innúmeros traidores, desalentado frente a la habilidad de los que gozan de tantos privilegios, maniatado ante los que son capaces de aniquilar toda una generación, pero incapaces de dar vida a una mosca.

El sueño largamente esperado al fin se cumple. Ha triunfado su ambición y la de Flores, esa ambición que al cabo de los tiempos no fue más que la basura de la gloria. El precio que pagó el primero es inmenso. En los altibajos de la empresa han quedado jirones de su dignidad y de su orgullo. Ha pactado con el enemigo, ha traicionado a la patria con tratados vergonzosos, se ha empañado y resquebrajado su vanidad, pero su espíritu de tenacidad continua intacto. Y sufre en la soledad del poder que siempre llega.

En los largos insomnios viene a hacerle compañía la imagen fantasmagórica del teniente Santiago Palacios que agoniza en un charco de sangre, y su imagen es más real en las negras pesadillas que cuando son enemigos y están obligados a matarse. Palacios había intentado detenerle y tomarle prisionero, cuando combatía a Franco y cumplía la orden de sus jefes. Pero más tarde, en los entreveros de la sin razón política, él y Palacios combaten en el mismo bando y se encuentran. Palacios celebra con sus soldados la victoria que ha obtenido en Calpi. Está borracho y se tambalea en el caballo. Pero él que no olvida que quiso tomarle prisionero, obedeciendo a sus impulsos ciegos, en ese instante, sin juicio y sin siquiera permitirle que se baje del caballo, ordena que le disparen, y los soldados boquiabiertos ven cómo su jefe cae muerto.

En esas largas noches de insomnio, en la penumbra de su cuarto, al pie de la cama, está Palacios, aún vivo, frente a frente. La visión de ese cuerpo que se desangra entre las piedras, se empeña en aparecer al lado de otros cadáveres inertes.

Por ese tiempo, en el pueblo de Mocha un sargento le había asegurado que una tropa enemiga estaba entregada al sueño y sólo tenía dos centinelas en custodia. La noche era oscura. Llovía y el frío era intenso. Los soldados se habían arrebujado en sus ponchos, unos junto a otros para darse abrigo y estaban sumidos en el cansado sueño de la guerra... Aquel que se desvela por las noches en ese entonces, espada en mano irrumpe entre los supuestos enemigos y da la orden de disparar a mansalva. Los dos centinelas se desploman sin vida, y siguen los disparos hasta la madrugada.

Ambas tropas, en la oscuridad de la noche, se traban en feroz batalla y nadie escucha los desesperados gritos de un soldado que logra percatarse de que la voz de aquel que dio la orden de matanza es la misma del que venía con los refuerzos que estaban esperando. El soldado corre inútilmente de un lado a otro estremeciéndose de angustia y rabia. No eran enemigos los que se estaban aniquilando. Todos formaban parte de un mismo ejército y luchaban en peores condiciones que los soldados mercenarios, porque ni siquiera recibían paga, iban descalzos y se eliminaban sin más ideología que la del capricho de un solo hombre.

Avanzó esa noche trágica, algunos lograron escapar, pero fue demasiado tarde, murieron demasiados hombres y los heridos que quedaron no supieron qué pasaba.

Difícil que pueda atrapar el sueño al lado del cuerpo de la sufrida Rosa Ascázubi, quien ha cambiado la veneración que sentía antes por el miedo, y sabe más que nadie quién es, lo que ha hecho y lo que piensa el hombre que se revuelve a su lado. Difícil que le llegue el sueño si fue el asesino de los soldados dormidos que aparecen junto a la sombra de Palacios, que se empeña en llegar una noche tras otra y se queda parado, al pie de esa cama, para mirarle como miran los seres de ultratumba que regresan.

Pasan las horas lentas y cerca de la madrugada logra dormir un poco porque se ha puesto a rezar, ha sacado cuentas y se ha convencido de que esos cadáveres sangrientos que se amontonan hasta llegar al cielo, fueron los cuerpos de los soldados que combatieron a favor de la Iglesia para eliminar a los herejes y masones y, por tanto, esas almas deben estar gozando en la plenitud de la gloria.

Ya tiene el poder y lo acapara sin admitir que la concupiscencia del poder es su pecado. Empieza a gobernar tal como lo había programado, con el látigo en la diestra y la cruz en la siniestra. Ya ostenta las palabras: «Mi poder en la Constitución», bordadas en hilos de oro por las monjitas conceptas, sobre la banda celeste que le cruza el pecho. En su primer discurso pronuncia las sobrecogedoras palabras que constituyen un esbozo de su programa de gobierno:

Restablecer el gobierno de la moral, sin el cual el orden no es sino tregua o cansancio, y fuera de lo cual la libertad es engaño y quimera; moralizar un país en el que la lucha sangrienta del bien y del mal, de los hombres honrados contra los hombres perversos ha durado por espacio de medio siglo, y moralizarlo por medio de la represión y el crimen.

Por esos días, Juan Montalvo, el gran prosista de América, «aquel que tenía la cólera en los labios y la mansedumbre en el corazón... implacable porque era insospechable... puro y fuerte como el cristal de las cavernas profundas», regresa de París. Ha sido enviado por Urbina en misión diplomática, en la única época de su vida que tiene un cargo público y gana un sueldo que voluntariamente reduce a la

mitad. Llega enfermo y apoyado en dos muletas, aquejado por los dolores de una artritis aguda en la rodilla, pero alimentado con toda la substancia de la cultura europea. Apenas pisa el suelo patrio, cala muy hondo en la tétrica personalidad del nuevo mandatario, y la impresión que le causa es semejante a la que tuvo Manuela Sáenz cuando le vio alejarse del destierro en Paita.

Lleno de entereza y dignidad, ajeno al miedo que inspira a todos, le manda una carta:

Señor:

La patria necesita rehabilitación, y Ud., señor García, la necesita también. En su conducta pasada hay un rasgo atroz que Ud. necesita borrar a costa de su sangre.

Déjeme Ud. hablar con claridad: hay en Ud. elementos de héroe y de... suavicemos la palabra, de tirano. Tiene Ud. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido, caerá, como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad. Dimita Ud. ante la República el poder absoluto que ahora tiene en sus manos: si los pueblos, en pleno uso de su albedrío, quieren confiarle su suerte, acéptela, y sea buen magistrado; si le rechazan, resígnese, y sea buen ciudadano.

Algunos años vividos lejos de mi patria hanme enseñado a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América Española. Si alguna vez me resignara a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted, y cualquier otro cuya conducta pública fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo y no vulgar...

Al leer la carta, una rabia incontenible le sacude. Estruja el papel, aprieta el puño y levanta el brazo como si aprisionara el látigo. Pero luego trata de no tomarle en cuenta porque aún este Montalvo le es desconocido. Es mejor burlarse de él y desquitarse con una sátira burda en la que pretende ser gracioso, pero sólo consigue que sus instintos sádicos y su ferocidad salgan a flote enviándole en una forma anónima sus extravagantes versos:

A Juan
que volvió tullido de sus viajes sentimentales

*... Recorrió mil regiones peregrinas:
y más alto pasara de la luna,
si tullido en el lecho, por fortuna,
no quedara en las márgenes latinas.*

*... Y tras tanta fatiga y tantos años
regresar de cuadrúpedo a su tierra,*

quien, yéndose en dos pies, volvióse en cuatro.

Desde hace un tiempo, el temible Presidente, al salir del Palacio de Gobierno para llegar a su casa, situada a cuatro cuadras de la plaza de Santo Domingo, va acompañado por sus edecanes. Observa y critica implacable todo cuanto encuentra en su diario y rápido caminar, dejando atrás a los que le siguen. Señala con su bastón la basura de las calles e indica a sus agitados acompañantes el número de azotes que se debe propinar a cada *capariche*^[*] hasta que aprenda a hacer su oficio. Entra de sopetón en cualquier tienda y comprueba el peso exacto de las romanas y si encuentra algún engaño en las pesas, manda a clausurar la tienda y meter en prisión al dueño. A su paso, los ciudadanos corren a esconderse, atrancan las puertas, cierran las ventanas y las calles se quedan desiertas.

Un bien montado ejército de pesquisas se dedica a controlar la moral y las costumbres de los habitantes, «ensañándose de un modo particular con los que viven amancebados: Si una de las partes no fuera apta para casarse, será castigado el cónyuge hábil, a dos meses de prisión, y el inhábil a siete años de destierro».

La atmósfera se torna irrespirable. Un estado de neurosis colectiva se apodera de la ciudad. Los hombres que transitan las calles evitan conversar con las mujeres y apenas las saludan de lejos, por acaso que les digan concubinos. Cualquier padre se permite acusar a veces falsamente a un vecino de que ha sido el seductor de su hija, para obligarle a contraer matrimonio. Se hacen ceremonias religiosas en las que los únicos beneficiarios son los curas, que se enriquecen con tantos casamientos arbitrarios. Se espía por las rendijas, por las junturas de los entablados, por las azoteas; proliferan los chismes y las delaciones, tomándosele el gusto a la calumnia, que vuela más veloz que el pensamiento. Los amancebamientos, que a veces suelen ser amores fugaces, quedan al descubierto a través de las rejas de los confesonarios. A muchos jóvenes —mejor si son de familias conocidas, porque son las que están obligadas a dar buen ejemplo— que han vivido en concubinato, al ser descubiertos se les obliga a casarse con cualquier prostituta. Muchos de ellos, en un afán de salvar sus honras se ven obligados a escapar y se esconden en las selvas orientales, donde permanecen fugitivos durante años hasta que sucumben atacados por las fieras, por el hambre y las enfermedades.

En carta dirigida a uno de sus secuaces expresa: «Mándeme usted la lista de las mujeres, que me dice usted viven en relaciones ilícitas, fijándose en las más encopetadas, si las hubiere, pues con un castigo ejemplar de esos, se corrigen las demás».

Se pagan cincuenta pesos a quien delate a una mujer de mala vida y los delatores se amontonan frente al Palacio de Gobierno. Las pruebas para las acusaciones

muchas veces se basan en rencillas personales e infundadas y las conciencias se corrompen por el soborno de los cincuenta pesos. Se multiplican las casas de reclusión. Se funda «La Casa del Buen Pastor», donde se encierra a las mujeres que han dado malos pasos, y se les da el mismo trato que a los criminales. Su tenacidad moralista llega al extremo de hacer tratados con otros gobiernos para extraditar a prostitutas y proxenetas, y los países le contestan que cada cual tiene lo suyo.

Se ha implantado el terror. El gobierno es el reducto del espionaje y del miedo. Las gentes prefieren no caminar por las calles quiteñas y permanecen encerradas. La fría mirada del déspota parece que tuviera el poder de penetrar las conciencias y conocer lo que piensan, a dónde van y de dónde vienen. El aire que se respira es más helado y parece enrarecido. Las prostitutas, al sentirse perseguidas, tratan de entrar al convento en calidad de novicias y las más se desparraman por los poblados más alejados de esos ojos terribles. Las beatas adquieren la calidad de damas, se sienten protegidas, caminan displicentes y altaneras en busca de cualquier vecino que viva amancebado para delatarle, obligándole a contraer el «santo sacramento».

En las gélidas madrugadas quiteñas hay alaridos que taladran el cerebro de los aterrados habitantes. El fanático mandatario ha ordenado que a todo borracho se le someta a baños de agua helada, se le obligue a beber orines y se le dé una tunda de azotes, y que a los reincidentes se les doble el castigo y encierre en las mismas celdas de los presidiarios, transformando a inocentes en futuros criminales.

T tiempo después, implantado el terror que rebaja a los habitantes a la categoría de gusanos, el presidente pierde el interés por gobernarlos. La triste tarea de escudriñar las debilidades humanas ha sido agotadora y se contagia de lo mismo que condena. Le llega la hora de dar salida a una pasión que ha empezado a dominarle, nadie más que él tiene derecho a traspasar las barreras que encarcelan a los otros. Sale de su despacho sin acompañamiento. No se dirige a su casa, donde le espera el penetrante olor a creso y trementina junto al silencio impenetrable y acusador de su apesadumbrada esposa, interrumpido apenas por sus quejidos lastimeros, por las continuas jaquecas y el dolor de una hernia que le obliga a caminar encorvada. El patrón del miedo va en busca de mejores panoramas, cruza la Plaza Mayor y entra en la fastuosa mansión que queda al frente del Palacio de Gobierno, donde vive Virginia Klinger, esposa de su ministro de Hacienda, Carlos Aguirre y Montúfar, el hombre más acaudalado de la ciudad, educado en París y profundamente interesado por la ciencia.

La dama es hija de un coronel de origen judío alemán, que tomó parte en las guerras de la Independencia y combatió junto al mariscal Sucre. Se le conoce como una de las mujeres más bellas, inteligentes y casquivanas de la ciudad convento. Sus modales desenvueltos, su perturbadora personalidad, gestos unidos al desparpajo

adquirido por las aristócratas que han viajado a Europa, deslumbran como nunca al Presidente. Se queda junto a ella y cada vez el coloquio se alarga por más tiempo. Los sillones colocados a prudente distancia, frente a frente, se colocan juntos y más tarde se acomodan los dos en un mismo asiento. Él rechaza discutir de los temas políticos, artísticos o filosóficos, que era un placer hacerlo cuando se encontraban en las frecuentes tertulias organizadas por los Aguirre. Todos esos asuntos le resultan superfluos. Desvía la conversación al plano resbaladizo del tú y el yo, y esa amistad que había florecido desde tiempos lejanos se convierte en pasión. Ella ha disfrutado siempre de las aventuras galantes, pero él, desde que la vio en París, se consume en el ardiente deseo de poseerla.

Embozados, de incógnito, en la complicidad de la noche, los amantes acostumbran a verse en un sitio de dudosa reputación, escogido por la famosa cajonera Dorotea, que vende algunas chucherías bajo las arcadas de la casa arzobispal. Experta en el papel de celestina, ha jurado que nadie, ni el mismo demonio, conoce el lugar que queda junto a la quebrada de Jerusalem y es el apropiado para los amores clandestinos. Carlos Aguirre debe suponer en lo que anda su casquivana esposa, pero está más interesado en la ciencia que en Virginia.

Un día de tantos dejan de ser él y ella los que comparten el mismo asiento y las mismas ganas. Son dos hombres los que visitan a Virginia. Está de por medio Arcesio Escobar, cónsul de Colombia en Quito, quien además de buen poeta es joven, gallardo, instruido y de buena estampa, tanto como para que Virginia Klinger le compare con el que tiene al lado y advierta que está perdiendo el tiempo.

El magistrado experimenta el desatino de los celos como un voraz incendio que aparece mezclado entre el sufrimiento y la furia, originando una sensación que no sabe si es envidia o tormento. Se convierte en el más rabioso Otelo. Tiene que restar terreno al inoportuno, y cegado por la pasión, sin tomar en cuenta las consecuencias ni importarle el rango diplomático que ostenta el rival, lo manda aprehender bajo el pretexto de que guarda en sus archivos documentos comprometedores. Pese a los intentos por mantener en secreto el asunto, que origina el consiguiente escándalo, porque los criados de los Aguirre se han encargado de divulgar lo que han visto, el motivo de la prisión del poeta colombiano se riega por la ciudad.

Virginia Klinger no sólo es apta para doblegar admiradores a su antojo, sino que es diestra en tramar ardides. Acude a la celda de Escobar acompañada de una criada *bolsicona*^[*] y sordomuda. Le ordena que entregue al prisionero parte de sus polleras y uno de sus pañolones. Este no demora en disfrazarse. Sale airoso de la cárcel tras la dama simulando un aire inocente y llega a casa de ella. Después de tan atrevida treta, en que los dos no han dejado de reírse, Escobar se despide de la bella Virginia, se asila en la Legación Británica, despista a sus perseguidores y llega a tierras colombianas.

Los ex amantes deciden juntarse en el sitio acostumbrado. Ella pretende reclamarle por la injusta prisión del poeta; él quiere acusarla de traición y arde en

deseos de venganza. Sus amores y sus odios tienen la misma intensidad y se parecen, o la ardiente pasión murió de frío ante el amor propio herido. Ella conserva la cabeza fría y aun tiene el desparpajo de reírse; pero él, fuera de sí, cegado, sin escuchar razones, sin reprimir sus impulsos paranoicos, ni calcular las consecuencias, desenvaina un puñal y se lo clava frenético en el pecho —que por el momento no sabe si es de él mismo, del rival o de ella. Virginia Klinger da un grito y se desangra. El cuerpo deseado yace en tierra. Sólo entonces recupera el juicio, vuelve en sí, comienza a lamentarse, sacude el cuerpo inanimado y no queda otra alternativa que el absurdo desespero.

Acuden los que viven en la casa y ordena a uno de ellos que en el mayor secreto vaya en busca del doctor Acevedo, un prestigioso médico quiteño que nunca se niega a cumplir su labor humanitaria, aunque busquen su ayuda en los arrabales y a la media noche.

El médico se abstiene de inútiles preguntas. El puñal está a la vista. La presencia de Virginia Klinger en semejante lugar, el embozado que permanece en un rincón y está temblando, sin atreverse a preguntar si está viva o muerta y la avanzada hora de la noche, confirman lo que cuentan las lenguas largas.

Acevedo lanza una mirada de indignación al autor del delito. Limpia y sutura la profunda herida, trata de reanimar a la víctima, anuncia que vivirá y ordena que la mantengan en reposo. No puede hacer más, porque el sigilo profesional se lo impide, aunque bien sabe quién es el embozado y sospecha los móviles del crimen.

Años más tarde, Virginia Klinger comprará una vieja casa donde funciona un colegio situado a un lado del convento franciscano. Manda a restaurarla para transformarla en asilo para niñas huérfanas y la entrega en donación a las monjitas de la Caridad. La primera niña que ingresa en la institución como expósita lleva el nombre de Rosa García Klinger. Se dice a quien pregunta y para evitar los malos entendidos que el primer apellido es en honor al Presidente de la República, quien inaugura el local, y el segundo apellido es en honor de la benefactora de esa institución.

El escándalo de la prisión y huida del poeta Escobar, no termina con la puñalada a Virginia Klinger, sino que traspasa las fronteras patrias y se convierte en un conflicto internacional que deja boquiabiertos a los países de América.

Por esos años, Colombia tiene dos gobiernos. Uno está al mando del general Tomás Cipriano Mosquera, liberal y caudillo de la Independencia, y el otro está encabezado por el general Julio Arboleda, conservador y gobernante del Estado del Cauca. Arboleda es gran amigo y el protector del poeta Arcesio Escobar, pretexto suficiente para que el celoso mandatario ecuatoriano se convierta en su enemigo, pese a que ambos tienen la misma filiación política y religiosa, y hasta se comenta que los

dos van a misa como buenos amigos, el primero delante, el segundo detrás.

La ocasión para humillar al rival llega cuando se presenta un incidente común en todas las fronteras. En un paraje donde los límites entre Colombia y Ecuador no son precisos, los soldados de Arboleda persiguen a los de Mosquera que huyen y penetran en suelo ajeno. Un destacamento ecuatoriano, al mando del comandante Fierro, sale a defender su territorio y se origina una confusión entre soldados. Ninguna de las dos tropas enemigas lleva uniforme ni bandera que distinga a unos de otros, y en la confusión un soldado audaz y de malos antecedentes, del bando de Arboleda, llamado Matías Rosero, ataca al comandante Fierro causándole una herida en la cabeza y en la espalda.

El amante de Virginia Klinger ve la ocasión para vengarse de Arboleda, por el simple hecho de ser amigo de Escobar, y exige que se entregue a Rosero en el plazo de cuarenta y ocho horas, alegando que el delito fue cometido en territorio ecuatoriano. Arboleda le presenta toda clase de satisfacciones, e insiste en arreglar el conflicto por medios pacíficos, pero el quisquilloso, agresivo e incontrolable mandatario, no las acepta porque necesita una guerra para aplacar el encono de sus celos.

Carece de importancia que por esos mismos días tenga una úlcera infectada en una pierna y que los cirujanos se nieguen a operarle. Él, en el paroxismo de la rabia, manda a calentar un hierro al rojo vivo, se introduce un pañuelo en la boca para que no se escuche el grito y se aplica el hierro en la llaga. Si puede dominar al mundo, no es raro que domine el dolor de su pierna. Acto seguido monta a caballo y se dirige a Tulcán con la mala intención de proporcionar un triunfo a Mosquera y castigar al protector de su rival.

Arboleda se ve obligado a dividir su ejército para combatir a los dos enemigos. Tiene un ejército de tres mil hombres mal vestidos y peor armados, pero son veteranos y han combatido a Mosquera por espacio de dos años. El ejército del bárbaro mandatario tiene dos mil soldados que han recibido la orden de asistir a misa y comulgar antes del encuentro. Al mediodía se enfrentan las dos fuerzas. Otra guerra con Colombia para lavar la vergonzosa derrota de Tulcán.

Muy pronto el problema adquiere un cariz confesional. El déspota ecuatoriano, con la ayuda de los conservadores colombianos, cree que será un triunfo fácil. Recurre a su ex enemigo Flores, quien organiza un ejército de seis mil soldados con el propósito de traer al hereje colombiano vivo o muerto. Los jesuitas lanzan anatemas contra el excomulgado Mosquera y desde todos los púlpitos se predica la necesidad de salvar a la nación del peligro que representan los enemigos de la Iglesia, haciéndose apresuradas colectas de joyas y dinero.

Mosquera, con un ejército tan numeroso como el de Flores, se sitúa en la población de Pasto y proclama que «los ecuatorianos fueron y son colombianos». Estas palabras enardecen a Flores, no espera una formal declaración de guerra y pasa la línea fronteriza antes que todo su ejército se haya reunido. Su estrategia es un

desastre. Los dos ejércitos se encuentran en Cuaspud. El ejército ecuatoriano sufre una nueva derrota. Los soldados de Flores no resisten la acometida y se desbandan, ante lo cual el mismo Flores se ve obligado a huir.

La derrota de Cuaspud se termina con el traslado de las tropas a Quito. Los soldados regresan cabizbajos, hambrientos y fatigados. Apenas han llegado a la ciudad, el Presidente los manda a formar en la plaza de Santo Domingo para denigrarles, acusándoles de mal nacidos y cobardes. Acto seguido ordena que cada uno reciba cuatrocientos azotes. Los ayes de dolor y el llanto de las mujeres estremecen las piedras de la plaza sin aplacar la injusticia del tirano. Luego determina que esa harapienta carne de cañón que ha cumplido órdenes, sea licenciada sin recibir un centavo.

Más tarde se firma un tratado en Pisanquí. Mosquera se muestra generoso, no exige al vencido la entrega de territorios ni contribución de guerra. Aniquilada la ambición, aparece la paz, esa paz en la que se considera que quitar la vida a un hombre se llama asesinato y quitar la vida a centenares de soldados recibe el nombre de guerra. Crece la doliente muchedumbre de viudas y de huérfanos y aumenta la impopularidad del mandatario. Ha llevado al país a dos contiendas irracionales y absurdas, una por celos y otra por soberbia, y sólo le resta justificarse proclamando que una paz honrosa es preferible a la victoria más brillante.

*A*l fin se ha cansado de las guerras, pero también de las gentes y la vida. Se le ve hacer largas caminatas por sitios apartados. Sus edecanes apenas pueden seguirle, anda aprisa como si fuera en busca de lo que ignora, tal vez es el reposo que para él no existe. A veces sale intempestivamente del Palacio sin rumbo fijo tratando de liberarse de sus obsesivos pensamientos. No encuentra sosiego ni siquiera cuando oye su misa diaria de rodillas, porque durante el sermón su mente se desvía para pescar algún desliz, algún gazapo en que ha incurrido el cura. La vida familiar le es insoportable. El contacto con las gentes le fastidia. Los fracasos, las incomprendiones y su capacidad de odio se vuelven contra sí mismo. Sin embargo, la sangre circula por sus venas, sus pulmones respiran, su organismo experimenta necesidades vitales, es capaz de ver y de mirar y sus hormonas se niegan a permanecer dormidas.

En uno de sus continuos desplazamientos, sin premeditación, se encuentra delante de una talabartería y entra. Todo parece en orden y hay poco que objetar. Le ha llegado el recuerdo de que alguna vez su pequeño hijo había dicho que quería tener una montura. Su hijo, aquél que ha traído al mundo y le es casi un desconocido. Pregunta por una montura para niño. El talabartero le ha reconocido, porque su timbre de voz, sus ojos, su calvicie y su bigote son inolvidables. Sabe cuán temible es y se apresura en sacarle una *galápag*^[*]. Le dice que es la mejor que tiene, hecho de la mejor vaqueta, resistente y liviana, y que si es de su gusto, está a sus órdenes,

aunque se trata del encargo de un general que la ha mandado a hacer y no ha vuelto por ella.

—Por tratarse de Su Excelencia, la dejo a buen precio. —Luego el talabartero titubea para decir que se la obsequia.

Pero el Presidente no escucha lo que dice, porque al fondo del local, entre las albardas, las cinchas, las monturas y los látigos ha descubierto una mujer de rara hermosura. Tiene el pelo ensortijado y los ojos negros. No ha visto ojos más bellos en su vida. Piensa que si tuviera otras ropas sería la reina entre tantas mujeres desabridas que conoce. Hace a un lado al talabartero, quien continua alabando la calidad de su montura, se adelanta hacia la mujer y le pregunta el nombre.

—Me llamo María Mercedes Carpio, contesta entre tímida y azorada, porque las palabras de Su Excelencia sólo se pueden aplicar a ese hombre que no despega los ojos de los suyos.

—Es mi esposa aclara el marido y cree necesario presentarse.

—Soy colombiano, pero me hice ecuatoriano. Aquí he formado mi hogar al casarme con Mercedes. Me llamo Faustino Lemos Rayo. Combatí bajo sus órdenes en la batalla de Cuaspud. Quisiera pedirle, si me permite, que me conceda una audiencia, porque quiero regresar a mi patria, y no me admiten... por aquello de Cuaspud.

El mandatario, sin apartar los ojos de la talabartera, se digna a escucharle. Le cae en gracia su desparpajo, le gusta la montura y además su mujer. Le concede la audiencia para el día siguiente, habla con él, y al salir del Palacio el colombiano puede considerarse otro ser. Consigue mucho más de lo esperado. Se convierte en poco tiempo en su hombre de confianza, y llega a ser su compadre, ya que el dueño del poder ha aceptado sin ninguna restricción convertirse en el padrino de su hijo.

Tiempo después recibe el nombramiento de gobernador del Napo. No le importa viajar a las selvas orientales, donde van los desterrados para morir, porque la paga es buena y el negocio de la talabartería apenas le da para vivir. Rayo es un hombre curtido en las guerras, ha llegado al Ecuador como tantos mercenarios sin patria ni bandera, entre los que han nacido para ser aventureros o los que buscan cualquier medio para subsistir. Es uno de tantos reclutados como carne de cañón para el servicio de las continuas guerras civiles, y no puede regresar a su país, porque ha combatido contra Colombia en la guerrita de Cuaspud.

Apenas comienza el verano parte hacia las inhóspitas selvas del Oriente con un grupo de peones. Va agradecido: si no le admiten en Colombia, Ecuador le da la mano. Tiene el encargo de construir caminos. Los peones van contentos, porque les lleva el gobernador de Napo. Pero el contento se desvanece, porque la realidad tiene otra cara. Hay que abrir trochas a golpe de machete entre la maleza que crece de un día para otro; esquivar la mordedura de las víboras que se enredan en los pies; defenderse de las fieras y de las picaduras de mosquitos que inyectan paludismo; cuidarse de los insectos que se quedan a vivir en la carne y proliferan como en casa

propia; soportar un calor infernal, la falta de comida, la sed y el abandono. Poco a poco los peones regresan y Faustino Rayo no tarda en enfermarse de malaria.

Escribe a su compadre pidiéndole autorización para salir de ese infierno. Necesita curarse y ver a su familia. Las cartas demoran meses. Rayo está al borde de la muerte, y cuando se ha cansado de la espera, se encuentra solo y se sabe abandonado, recibe una nota en la que inexplicablemente el compadre le niega lo que pide, le confina en el poblado de Archidona y le prohíbe regresar a Quito. No sabe a qué se debe esa despótica negativa, escrita en apenas dos enérgicos renglones. Se consume de fiebre, de malos pensamientos y de una angustia aterradora, porque no quisiera morir lejos de su esposa y de su hijo.

Pasa el tiempo. Ha logrado sobrevivir gracias a la compasión de algún convicto que le ha regalado un poco de quinina, hasta que llega a sus manos la carta de un vecino que le cuenta los pasos en que anda su mujer.

Ella ha dejado de ser la oscura talabartera que atendía el negocio. Ahora viste con lujo, está más hermosa y causa envidia entre las otras mujeres que comentan con malicia las asiduas visitas del mandatario, que pasa más tiempo con sus secretarios y edecanes en casa de Mercedes Carpio que en la suya propia o en el Palacio de Gobierno. Desde esa casa despacha sus oficios y firma sus decretos, y todos han visto que frente a la talabartería se forman largas colas de gentes humildes y también encopetadas que acuden a pedir ayudas o favores, no a él, sino a ella, quien les acoge a unas con benevolencia y a otras ni siquiera se digna a recibirlas.

La mala noticia llena de aflicción al desterrado. Lee y relea la tremenda carta y luego se enfurece. Desde entonces solamente espera que termine el insoportable invierno; que se seque el lodazal de los caminos que son intransitables; que aparezca un alma compasiva que le pueda sacar del infierno eternamente verde, donde los que quieren huir sólo pueden caminar en inacabables círculos hasta encontrar la muerte. Debe emprender el viaje de regreso a Quito, para consumar su venganza contra los dos traidores. Mientras espera lo que ha de llegar un día, le carcome el desengaño y la tristeza, la piel se le adhiere a los huesos, la fiebre le tumba, los escalofríos le hacen rechinar los dientes y cuando disminuyen los accesos, afila con rabia su machete inseparable y murmura: «Día ha de llegar en que asesine a este bandido por quien he sufrido tanto».

*B*ien sabe el que nunca fue amado, pero sí temido, que en todas partes y hasta en el mismo Palacio de Gobierno se conspira. Se siente seguro para gobernar como quiere, pero tiene desde hace tiempo unas cuantas deudas que cobrar; son deudas clavadas como espinas en su memoria y no ha podido arrancárselas. Una de ellas es la que le hundió el negro Ayarza. El negro Ayarza, es el general Fernando Ayarza, un admirable anciano de ochenta años, natural de Nueva Granada, que peleó junto a

Bolívar en las guerras de la Independencia. Es un militar que a fuerza de valor y de acciones heroicas ha ascendido hasta llegar a general, en una época en que es difícil vencer los prejuicios. Es un soldado de vida impecable, amigo de la bondad y la justicia, al que le repugnan los oportunismos y traiciones, por lo que es profundamente amado por las tropas y venerado por el pueblo.

La policía secreta que se ha institucionalizado en la sufrida república, formada por un ejército de espías que recogen los rumores de lo que se hace y se dice, le informa que el general Ayarza se ha unido al grupo de conspiradores y sabe que estos no descansan. En una carta a Flores, después de hechas las paces, le escribe en esos días: «Tengo un regular espionaje y les he infundido bastante miedo».

Cuando el actual mandatario era joven y luchaba por cimentar su nombre, respetaba a Ayarza, tanto que le pidió que le acompañara a pedir inútiles explicaciones al entonces ministro Manuel Bustamante, a quien agredió a traición con una bofetada. Ayarza reprobó el comportamiento y el nombre del negro Ayarza es la espina que vive en su memoria. Pero ha llegado la hora de cobrar aquel mal rato inolvidable y sacarse ese aguijón que le molesta.

La espina se había hundido más adentro y la herida se había infectado cuando el déspota combatió contra Urbina, y Ayarza tenía el encargo de presentarle batalla en Tumbuco. Creyó que en esa ocasión terminaría con Urbina. Tan convencido estuvo que escribió a sus familiares: «Tengo tal fe en Dios que nos protege que me siento animado de un entusiasmo extraordinario».

Pero animado de ese entusiasmo extraordinario, no esperó al resto de los soldados que estaban en camino y empezó el combate antes de tiempo. Los refuerzos tardaron en llegar. El combate duró menos de seis horas. Ayarza pudo vencerle fácilmente. Los soldados del que nunca tuvo capacidades de estrategia huyeron en vergonzosa desbandada. Él se salvó de caer en manos enemigas por la ayuda del general Manuel Tomás Maldonado, quien le facilitó un caballo para que también emprendiera la huida.

La ansiedad por vengarse le consume. Asiste a la primera misa de la Catedral y pasa más temprano que otras veces a su despacho en el Palacio de Gobierno. Necesita ejercer su poder con energía. El asfixiante clima del terror, ante las continuas intrigas y ejecuciones, se implanta con más furor en las calles, en las plazas y en las casas de los inocentes y culpables.

El general Ayarza conoce que va a ser detenido y se prepara. Se viste con su impecable uniforme militar. Se cuelga en la cintura la honorable espada. Se despide de su esposa y de sus hijos, y cuando llaman a la puerta, es él mismo quien la abre. Los soldados que han compartido a su lado tantos horrores en los campos de batalla y tantas acciones heroicas en un afán de enderezar los destinos de la patria, le saludan. Se disculpan de ser los encargados del arresto. Le comunican que tienen la orden de llevarle maniatado. Ayarza responde que no es necesario. Los soldados no insisten, sólo le admiran como, ceremonioso y digno, se pone los guantes blancos y da la

orden de marchar al frente, como en los viejos tiempos.

No tarda en propagarse la noticia. Los vecinos de Quito se estremecen, todos dejan a un lado sus labores y se lanzan a las calles, se agolpan al frente de su casa y corren hasta el cuartel cercano ante los gritos de indignación que van de boca en boca: «Van a apresar al general Ayarza».

El pueblo le ve marchar altivo y digno, un poco despacio por la edad que tiene. Es el gran señor. No importa que sus ancestros provengan de esclavos. Acaso es el descendiente de los negros que transportaba aquel barco que naufragó frente a las costas esmeraldeñas, que iban a ser vendidos en el Perú y se liberaron de sus cadenas, sometieron a los indígenas y constituyeron el único pueblo de América que no sufrió el baldón de la esclavitud.

Marcha a la cabeza del pelotón desafiando el miedo y agradeciendo con una débil sonrisa las demostraciones de afecto del pueblo que teme por su vida, porque sospecha que puede ser fusilado y no lo admite. No le llevan a la cárcel como todos esperan. Le conducen a un cuartel cercano. Al general se le encoge el corazón, porque acaso sean sus últimos momentos. Pero no importa, es viejo, ha vivido mucho y su muerte debe ser tan digna como fue su vida. En el patio del cuartel no se ha dispuesto el paredón para el fusilamiento, ni están los soldados con sus armas. En el centro del patio han clavado un poste y alrededor está el ejército en posición de firmes. No es el paredón lo que le espera, sino que va a recibir lo que más duele: el infamante castigo de la flagelación. La sangre se le agolpa en la cara, pero nadie lo nota, porque es negro.

Ayarza tiembla de indignación como no tembló ante las balas enemigas, y no pronuncia palabra. Está frente a ese hombre sombrío que siempre viste de negro y que no le dirige la palabra, sólo da la orden de que le quiten la espada, le arranquen las charreteras y medallas y le despojen de su ropa. Los soldados se acercan respetuosos, y antes de cumplir la orden le piden permiso y se disculpan.

El que siempre viste de negro tiene los ojos brillantes y saborea de antemano la venganza por las palabras que escuchó hace años y por la derrota en Tumbuco. Ordena que le bajen los pantalones y que le den quinientos azotes. Un silencio de hielo pasma a los presentes. Los soldados no se mueven, permanecen con el ánimo encogido, como si prefirieran ser ellos maniatados en el poste y no el venerado anciano. El déspota vuelve a repetir la orden y como nadie se mueve, toma el látigo y descarga los primeros golpes. Ayarza hunde sus dientes en los labios para que no salgan sus gemidos. Los latigazos no duelen tanto como duele la afrenta. El tirano se cansa de su triste papel de verdugo, arroja el látigo y bajo amenazas de muerte obliga a un soldado a que continúe azotándole.

El general Manuel Gómez de la Torre llega al cuartel y al pasar por el patio y ver la vergonzosa escena, se quita la capa, y en un acto de repudio cubre las desnudeces de la víctima, impidiendo que continúen los azotes.

La noticia de la flagelación al general Ayarza indigna a todo el país. En su

demencia, el siniestro personaje, hermanado con la muerte, ha llegado a decir: «Mis enemigos están en el derecho de matarme, porque de lo contrario los extermino, porque este negro no merece otro castigo que el acostumbrado en las haciendas de trapiche».

El general Manuel Tomás Maldonado, que por entonces está próximo a caer en sus garras, desafiando los actos imprevisibles del que tanto conoce, le manda una carta: «Sabido que se ha ultrajado a un general, no puedo continuar en el servicio militar y hago renuncia del mando que se me ha confiado».

El coronel Secundino Darquea, conservador y partidario suyo, le envía otra: «Pues por más que se me ha asegurado no he podido creer que Su Excelencia le haya hecho dar latigazos al general Ayarza, y caso de ser cierto, quemaría mi uniforme y mis charreteras».

Y el Aprendiz de Santo, como le llaman sus fervientes biógrafos, haciendo gala de cinismo, le contesta: «No ha debido dudar, es muy cierto que al negro Ayarza, como a traidor, le he mandado dar latigazos para escarmiento de los demás, y puede Ud. pedir al gobernador de esa plaza la leña que crea necesaria para la hoguera en que debe Ud. quemar sus charreteras y uniforme».

Después del ignominioso castigo, Ayarza sufre inconfesables penurias en la cárcel. La vergüenza de la flagelación es la peor de todas. Las heridas que no han sido curadas se le infectan y se consume en fiebre. Ante las protestas del clero, de los más connotados liberales, del Encargado de Negocios de España y de otros representantes diplomáticos, Ayarza sale inesperadamente de la prisión, pero apenas da los primeros pasos cae desplomado en la calle y muere a los tres días del infamante castigo.

Sus familiares insisten en que se le practique una autopsia y como no son atendidos, se apoderan del cadáver. Los médicos legistas encuentran restos de veneno en su organismo. El pueblo indignado, sojuzgado y medroso no deja de comentar en voz queda el hecho de que sólo a una persona —cuyo nombre evitan que salga de los labios— le convenía que el general Ayarza no siguiera con vida ni se transformara en un mártir capaz de hacerle sombra.

*S*e ha sacado una espina, siente alivio, pero aún queda otra y ésta le va a doler, porque le saldrá con un trozo de carne. El general Manuel Tomás Maldonado pasó parte de su infancia junto a él y muchas veces al cuidado de doña Mercedes Moreno. Los dos han compartido esos recuerdos de la infancia que dejan huellas imborrables. Más tarde estuvieron juntos en unas cuantas batallas y Maldonado ha colaborado en sus planes cuando creyó que eran justos y sensatos. Fue su protector en el desastre de Tumbuco, evitando que cayera prisionero, y gracias a él se libró del ridículo.

Pero Maldonado se aparta, empieza a conspirar, prefiere unirse al enemigo para

escapar de la oscura sombra del amigo, quien le manda una nota en la que le dice que se esconda y fugue porque se ha agotado su paciencia y merece ser pasado por las armas. Pese a que Maldonado conoce sus actitudes criminales, considera que los lazos de amistad aún persisten, y supone que cuando se encuentre en su presencia y conversen sin testigos, como en los viejos tiempos, no tendrá el coraje de fusilarle y será absuelto.

El encargado de tomarle prisionero es el comandante Ignacio Veintemilla, que más tarde llegará a la presidencia. Veintemilla cumple la orden, y también insiste en que se escape, pero Maldonado, convencido de que ha obrado de acuerdo con sus principios, se considera inocente y no admite que la amenaza pueda llevarse a cabo, por lo que le responde: «Huya Ud. Lo que es a mí, el loco es imposible que me haga fusilar».

Permite que le pongan grillos y le lleven prisionero. Por segunda vez, al llegar a Ambato, sus amigos ponen a su disposición dinero, guías y caballos para que huya y Maldonado vuelve a negarse. Al llegar a Quito, el déspota y la víctima se reúnen y tienen un diálogo que dura cerca de dos horas, pero ya está decretada su sentencia. El siniestro autócrata es incapaz de volver sobre sus pasos y de tener un rasgo de compasión. No hay perdón para el hombre esforzado y valiente que le acompañó y le sacó de sus embrollos. Su palabra es la suprema ley. Su poder se basa en ser impermeable a la clemencia. Su fuerza está en la implantación del miedo.

Es tan inicua la orden de fusilamiento, que el ministro de Guerra, Antonio Pallares, se niega a poner su firma en la bárbara sentencia, por lo cual es destituido y en su lugar nombra a su cuñado Manuel de Ascázubi quien sucumbe al terror. La víspera de la ejecución el tirano no se acuesta, está intranquilo, pasa toda la noche en vela y reza interminables oraciones, para que Dios le autorice el crimen que se va a efectuar frente a las ventanas de su casa, en la plaza de Santo Domingo.

La noche de verano es clara y más fría que las noches del invierno. Un grupo de soldados clavetea las maderas del patíbulo. Los golpes del martillo se estrellan en las sienes de los que esperan y no duermen. El déspota ha ordenado que el patíbulo se coloque en alto, para que el escarmiento sea más visible. Los soldados deben terminar la obra antes que amanezca. Miran a hurtadillas las ventanas iluminadas de la casa de enfrente, donde vive el que ama y acaricia el látigo y para entrar en calor y terminar más pronto el trabajo que repugna, se pasan a escondidas una botella de aguardiente.

Amanece. Ya se ha corrido la voz por toda la ciudad de que van a ajusticiar al general Maldonado. Desde la media mañana el pueblo se aglomera en la plaza. Hay un silencio de impotencia e indignación a punto de explotar. Se teme un levantamiento popular. La ira del pueblo, arrolladora y sorda, hace que el encargado del orden se vea obligado a mandar que el ejército rodee toda la plaza y las calles aledañas. Se adivina que las tropas lo hacen a desgana. El magistrado, se queda en casa. No concurre al Palacio de Gobierno para vigilar que sus órdenes se cumplan como ha decretado, quiere que ese ajusticiamiento esté marcado con el sello de la

mayor solemnidad, y ansia presenciar cómo mueren quienes se atreven a enfrentarle.

La hora de la ejecución se retrasa, porque una nutrida concurrencia de damas de la sociedad quiteña, entre la cual están los propios familiares políticos del déspota, llegan hasta su casa para implorar clemencia. También se presenta el Arzobispo, algunos representantes extranjeros, los frailes dominicos y otros clérigos. Las peticiones de perdón se estrellan contra su corazón endurecido y ante su postura empedernida. Maldonado camina entre los gendarmes rumbo al cadalso. Un joven guayaquileño, se atreve a gritar: ¡Perdón para el general Maldonado! y al punto, los gendarmes reciben la orden de callarle.

Las campanas de todas las iglesias doblan a difunto. El clérigo Alomía, compadecido, se abre paso entre los verdugos, sube a la tarima y prepara a la víctima para su encuentro con la muerte.

Son las cinco de la tarde, y aún Maldonado está con vida. De pronto, una mujer sube a la tarima, se abraza al cuerpo solitario, decidida a morir con él. Es la esposa, y la ejecución demora porque esa despedida es agonía. Se adivina lo que pueden sentir dos seres que van a separarse para siempre. Parece que él quisiera consolarla, pero no encuentra las palabras. Hay lágrimas aún en los ojos de los soldados que ven morir a diario. El déspota observa la escena desde su ventana y tiene los ojos secos.

Ordena que los separen por la fuerza y terminen enseguida como ha ordenado. Los soldados se acercan, forcejean y les cuesta trabajo desprender a la esposa. Al fin lo logran, y en ese mismo instante se escucha la descarga.

Maldonado ha caído en un charco de sangre y la mujer yace a su lado, sin sentido, más pálida que el muerto. Algunos familiares suben al patíbulo y tratan de reanimar el cuerpo desmayado, mientras otros, con el cura de la parroquia de San Roque, Manuel Andrade, que ha murmurado unas cuantas palabras de compasión y de repudio al crimen, se apresuran en recoger el cuerpo ensangrentado para llevarlo al cementerio de San Diego.

Ha muerto Maldonado y el pueblo permanece inmóvil, silencioso, con los puños apretados. La consternación se va transformando en una furia que el tirano no percibe, porque da vuelta a la página y decide salir en ese rato a inspeccionar una obra. Sus edecanes y su guardia personal se oponen, pero él, sordo y enérgico, empieza a caminar como si desafiara a todos los habitantes de la tierra. El pueblo aterrado retrocede y huye, como si quien se adelantara fuese el mismo demonio.

El miedo ha suplantado a la furia y en pocos minutos la plaza de Santo Domingo está desierta.

Al otro día lanza una proclama:

«En adelante, a los que corrompe el oro les reprimiré el plomo; al crimen seguirá el castigo; a los peligros que hoy corroen el orden sucederá la calma que tanto deseáis, y si para conseguirlo deseáis mi vida, estoy pronto a inmolarme por vuestro reposo y vuestra felicidad».

Aquellos inocentes que todavía confían en sus palabras, creen que hay sinceridad y esperan; aquellos que han palpado de lo que es capaz, le acusan de demagogo y saben que tras la muerte de Maldonado vendrán otras más cruentas todavía.

Al día siguiente, un pelotón mandado por el siniestro personaje, irrumpe en la casa del caritativo párroco Andrade. Le engrillan como si se tratara de un peligroso delincuente y le conducen rumbo al Napo, hacia las inhóspitas selvas orientales, a donde se va para morir. Días más tarde, sufre igual castigo el padre Alomía, acusado de haber confesado y consolado a la víctima.

Cuando aún no se acallan los lamentos y las palabras de repudio por la ejecución de Maldonado, la venganza implacable del temible mandatario se ensaña contra el doctor Juan Borja Lizarzaburu, un abogado de reconocida honradez que siempre detestó ocupar cargos públicos, aunque aceptó colaborar con Urbina al ser nombrado director de la Casa de la Moneda donde invirtió su propio dinero en una de las frecuentes crisis económicas.

Juan Borja es descendiente de una familia emparentada con personajes conocidos como el controvertido Papa Alejandro VI y el terrible príncipe César Borgia, hermano de Lucrecia, célebre por su belleza y actitudes licenciosas, y además desciende de San Francisco de Borja, general de la orden jesuita. El verdugo y la víctima han nacido el mismo año y con diferencia de pocos días, el uno en Guayaquil, el otro en Quito. Estudiaron en el mismo establecimiento del Consistorio de San Fernando y han cursado en la Universidad de Quito la carrera de leyes, pero siempre han tratado de evitarse, como si adivinaran que más tarde el uno sería ajusticiado por el otro.

Cuando el tirano escribía en su periódico *El Vengador* trató de culpar a Manuel Borja por su participación junto a Flores en el ridículo caso de la reconquista española a favor de la reina María Cristina. Juan Borja, en un escrito altanero, había defendido a su hermano, y entre otras sátiras mordaces —en las cuales era experto— sacó a relucir el casamiento del tirano por interés, con un mujer vieja y reconocida por su fealdad.

Un día lluvioso se encuentran los dos enemigos en una vereda estrecha, ambos tienen abiertos sus paraguas, el altivo Juan Borja, se pega a la pared y le grita con fuerza: «¡Paso!».

El mandatario, que se cree con derecho al sitio que le corresponde, le lanza una mirada iracunda y aludiendo a su hermano Manuel le responde: «Yo no doy paso a los perros». Juan Borja sin inmutarse le contesta: «Mi hermano no es un perro como usted que ha vivido comiendo de las migajas que caen de la mesa de los Ascázubi».

Desde entonces, la enemistad se convierte en una guerra a muerte. No importa el tiempo transcurrido. Ha llegado la hora de sacarse la otra espina que le estorba y de

costrar con reintegros cada una de aquellas palabras. Sabe que Borja ha conspirado junto a Maldonado y da la orden de que lo tomen prisionero. Se allana su casa con un fuerte piquete de soldados. Juan Borja logra ocultarse a tiempo en un orificio del techo. Los soldados montan guardia por algunos días. Borja cambia de escondite y logra refugiarse en la casa de su hermana. El fondo de la casa colinda con la profunda quebrada Manosalvas. Los pesquisas no tardan en dar con su paradero, y el acusado, en un desesperado esfuerzo por escapar se arroja desde la azotea al fondo de la quebrada, pensando que es mil veces preferible una muerte segura a vivir temiendo por su vida o a caer en manos asesinas.

Juan Borja quiere morir, pero no muere, sabe que más terrible que morir así es el suplicio que le espera. Los soldados sacan el cuerpo destrozado con una herida mortal en la garganta. Un reguero de sangre tiñe la tierra desde la quebrada hasta un inmundo calabozo. Le tiran en un rincón y no le permiten ninguna atención médica. El tirano prohíbe que los familiares le visiten. Las heridas de la víctima se gangrenan. Permanece a oscuras, colgado noche y día de la famosa barra de grillos, el bárbaro tormento ideado por la mente sádica de aquel que destilaba amargos enconos durante su primera estadía en París.

Juan Borja permanece suspendido de la barra de hierro enclavada en la pared, de la barra salen dos resortes a los cuales se ha amarrado el cuerpo. Los pies de Juan Borja se balancean a poquísimos centímetros del suelo y en ese desesperado e inútil intento de encontrar un apoyo, siente que se le va la vida.

El día de la dramática ejecución a Maldonado, su entrañable amigo, Borja apenas puede sostenerse y le obligan a vestirse. Los soldados le llevan a rastras, descoyuntado, exánime, hacia la plaza de Santo Domingo. El deseo del tirano es que presencie el castigo. Borja espera y desea que le fusilen junto a Maldonado. Se prepara a la muerte y es en vano. Aún no está satisfecha la venganza del siniestro mandatario, quien ordena regresarle al calabozo. Otra vez al despiadado tormento de la barra de grillos, y la orden de que le impidan conciliar el sueño.

Poco a poco la robusta constitución del mártir empieza a resquebrajarse, y sabe que está a punto de morir... La madre, doña Mariana Lizarzaburu, que no ignora el tormento de su hijo, se entera que el tirano va a asistir a misa en la Iglesia de San Diego. Madruga. Va hacia allá. Le espera desde las cinco de la mañana y le ve recibir la hostia consagrada. Aguarda su salida y cuando le tiene delante, se tira a sus plantas. Le abraza las rodillas, y entre lágrimas le dice: «Por el Dios que lleva en su pecho, concédame la gracia de que mi hijo muera en mi casa».

Él la mira indiferente. Se sacude molesto del abrazo. Muerde y saborea las palabras que tienen el dulce sabor de la venganza y le contesta: «Dios manda en el cielo, señora, y yo soy su juez en la tierra. Por el Dios que llevo en mi pecho, su hijo no saldrá del calabozo, sino cuando hubiese muerto».

Al fin, cuando ya no hay remedio, porque le llevan la noticia de que su víctima va a expirar, permite a la atribulada madre acompañada de su hijo adolescente, Luis

Felipe Borja —que más tarde será un gran jurisconsulto—, la entrada al oscuro calabozo. La víctima agoniza, pero aún conserva un atisbo de lucidez y de coraje como para pedir a su madre y a su hermano que se retiren y no presencien hasta dónde ha llegado su martirio.

Juan Borja deja de existir a los cincuenta y dos días de tormento. A las tres de la mañana, los guardianes comunican la noticia al tirano que no duerme. El tirano se encamina al cuartel. Quiere cerciorarse de que es verdad, y en un acto de feroz vesania toma la lanza del guardián y hunde el arma en la mitad del pecho del que fue Juan Borja.

El pueblo no puede permanecer indiferente ante el refinamiento de tales suplicios, comenta a viva voz que debe ser muy desgraciado para exhibir tanta crueldad y se pregunta de qué material le han hecho y qué es lo que le han puesto debajo de las costillas en lugar de corazón.

Para acallar los epítetos de déspota y tirano con que se le designa —porque todos evitan pronunciar el nombre aborrecido—, ordena por medio de un decreto que la República quede bajo la *protección especial de nuestra Señora de las Mercedes* y que ésta sea consagrada como la Patrona del Ejército.

Es un día de fiesta y regocijo, asisten todas las autoridades nacionales y extranjeras. Soldados y oficiales se han vestido de gala, ninguno está descalzo como en otros tiempos, aunque los soldados rasos llevan alpargatas. Junto a ellos, el humilde pueblo se apretuja en el atrio y en la puerta de la iglesia, pugnan por entrar, pero les rechazan porque no han sido invitados. Unos se han acercado por devoción a la imagen, para implorar misericordia; otros impelidos por el miedo de que algún enemigo les acuse de herejes. Mientras el órgano entona solemnes marchas, los acordes de una cruda hipocresía se agazapan bajo las plantas de la Virgen de las Mercedes.

También Urbina se harta y se dedica a conspirar junto a Robles. Existen adeptos decididos en todas las provincias. Dos meses antes de que se termine el periodo presidencial del siniestro personaje, los urbinistas se congregan en Guayaquil y toman al abordaje un barco de bandera inglesa, el *Washington*, junto a unas embarcaciones pequeñas y endebles cuyos dueños no se resisten a entregarlas. Además confiscan el *Guayas*, el único barco con que cuenta la armada nacional, para organizar una sublevación contra el gobierno.

El mandatario se entera de lo que sucede frente a la población de Jambelí, arde en furia y dictamina que se trata de una truculenta acción de piratas y que es su deber

exterminarlos en el acto. Manda un emisario solicitando la inmediata colaboración de Flores, que se encuentra en Guayaquil. Mas no sabe que el ex enemigo está postrado en cama, agobiado con un fuerte ataque de uremia. No obstante, al recibir el pedido de su amigo, Flores hace un esfuerzo sobrehumano para enfrentar a los piratas y exterminarlos.

El caudillo tiene la intención de reprimir a los sediciosos, pero no puede, las fuerzas le abandonan. Ya no es el guerrero que tomó parte en ochenta y tres combates, cuando su manera de vivir era la guerra. Ahora, al tratar de incorporarse, su cuerpo gastado se derrumba y no puede sostener la espada de oro que le regaló el gobierno colombiano. La espada se le escapa de la mano y sin fuerzas, ni siquiera siente el sudor frío que le empapa la camisa. Pierde la noción del próximo combate que le espera y sus ambiciones se esfuman. Apenas en una visión confusa, aparece el ofuscado recuerdo de que quiso ceñirse una corona imperial, y en semejante estado, no atina a saber si fue verdad o un sueño.

En otra visión rápida y borrosa se ve como un galán irresistible ante una procesión de mujeres, entre las cuales aparece la pálida sombra de su esposa, y no sabe si la hizo feliz o desgraciada. Le parece que fue el amo de una nación entera. Ve en un largo corredor de piedra a un niño de cinco años que juega montado en un caballito de madera y no sabe si es él, un hijo suyo o un huérfano. Y aparecen más imágenes, más rostros, situaciones, batallas y victorias. Todo lo que en un tiempo fue vital y de pronto carece de sentido.

Ya no es él, sino un cuerpo que se queda inmóvil, tieso y frío, porque como a cualquier mortal, le ha llegado la hora de la muerte, y en ese instante hay una interminable retahíla de preguntas que se enredan entre el alfa y el omega, frente a la absoluta eternidad que le penetra.

En la hacienda de Chillo, propiedad de los Aguirre, la misma noche en que el mandatario recibe la inesperada noticia de esa muerte, también se encuentra en cama tratando de reponerse de las dolencias de su maltratado hígado, y exclama consternado: «Nada encuentro en el mundo que reemplace al amigo fiel».

Es absurdo que se quede quieto; recordar es perder el tiempo; pensar es pasatiempo de los lentos; lamentarse es oficio de mujeres; sentir pena es propio de los débiles. Salta de la cama, se viste aprisa, pide a su criado Salazar que traiga el caballo que siempre le tiene listo y ensillado. Ante los ruegos y protestas de sus familiares les manda a callar diciéndoles que le llama el cumplimiento del deber.

No espera que amanezca; se sabe de memoria los cuatrocientos kilómetros que hay de Quito a Guayaquil, y además conoce los escarpados chaquiñanes que emplean las postas del correo. Cabalga desenfrenadamente, sin descanso. Sólo se apea del caballo para cambiarlo por otro, ni siquiera se detiene para beber el sorbo de agua que le tiende el fiel criado, peor para consumir algo de alimento. No necesita recurrir al sueño, sólo obedece a la urgencia de llegar más pronto. Bajo la canícula ardiente de los mediodías, la ventisca furiosa de los páramos y la lluvia que no falta en las tardes,

llega a su destino en el increíble término de tres días.

Una vez en Guayaquil, no encuentra las embarcaciones necesarias para aniquilar a los piratas y ordena la requisita del vapor mercante el *Talca*, un barco de bandera inglesa, propiedad de la Compañía Británica de Comercio. Lo toma al abordaje, a pesar de que ha acusado a los otros de piratas. Manda arriar la bandera inglesa y poner la suya, amenaza al estupefacto capitán inglés y como éste se resiste a entregar su barco, le lanza un ultimátum: «Voy a fusilarlo en este instante y su bandera le servirá de mortaja».

Sus tropas se apoderan del barco, tiran al agua los objetos que consideran inservibles y empiezan a armarlo con los cañones que sacan de los cuarteles y de las fortificaciones que desde hace siglos protegían la ciudad de las incursiones de bucaneros y piratas.

El mandatario, en su delirio por reprimir la sublevación y castigar a los rebeldes, se ha visto obligado a pagar por el *Talca* la exorbitante suma de cincuenta mil libras esterlinas, equivalentes a casi todo el presupuesto nacional, con lo cual las arcas fiscales quedan exhaustas.

El *Talca*, armado con cañones de gran alcance, es superior a las débiles chalupas de comerciantes, pescadores y al pequeño *Guayas*, donde tratan de resistir los complotados. Es fácil que tome de sorpresa a las pequeñas embarcaciones que se encuentran diseminadas mar adentro. Cuando da la orden de iniciar el ataque, hunden al *Guayas* al primer disparo. Es suficiente. Los urbinistas se ven imposibilitados de resistir y quedan derrotados. Algunos se tiran al agua, logran esconderse entre los manglares desafiando las balas y se dan a la fuga, pero la mayoría es capturada.

La batalla de Jambelí apenas ha durado media hora. A bordo del mismo *Talca*, apurado, vehemente, antes de que se entibien sus furores, organiza un consejo de guerra. El primero en ser pasado por las armas es el comandante José Marcos, que estaba al frente de la operación. Antes de morir, le mira sin miedo al fondo de los ojos y le grita descubriéndose el pecho: «¡Fusíame, un patriota como yo, no le pide la vida a un asesino!».

Enseguida ordena el fusilamiento del cocinero Juan Bohórquez, porque en el momento de formar filas se ha presentado arrogante, masticando una lonja de tasajo que lleva en la mano, tratando de demostrarle que la muerte es un remedio para la inmundicia que se ven obligados a vivir los que están bajo su mando.

Ha hecho cuarenta y cinco prisioneros. Desembarca con ellos en la isla Puná y fusila a veinte y siete, designándoles como si fueran muñecos a los que no son de su gusto. Decide no exterminarlos a todos, porque quiere alargar el incierto porvenir de los que quedan. Antes de embarcar prohíbe a los habitantes de la isla, bajo pena de muerte, que no se atrevan a sepultar ningún cadáver. Quiere que sean comidos por los gallinazos que aparecen en bandadas, oscureciendo el cielo, o que están parados en las ramas de un árbol seco, oliendo la sangre fresca para darse un hartazgo cuando quien es peor que ellos se aleje.

Entre los que esperan que se cumpla la sentencia, se encuentra el coronel José Antonio Vallejo, acompañado de su hijo Buenaventura, un adolescente de apenas once años que ayuda a caminar al padre que ha perdido una pierna en el último combate. Vallejo le suplica, como puede suplicar cualquier padre por la vida del hijo, y el tirano, en respuesta, da la orden, en ese mismo instante, de que disparen al niño en presencia del padre que permanece agobiado y contempla la descarga gritando al hijo que le espere y le tienda la mano para seguir juntos como siempre.

Prosigue el viaje hasta Piedra Blanca, donde continúa con las ejecuciones. Le informan que entre los prisioneros se encuentra Darío Viteri, le aseguran que no ha tomado parte activa en la revuelta, y ante el requerimiento de los soldados, ofrece salvarle la vida a condición de que le pida perdón y se arrepienta. Pero Viteri, asqueado de las escenas que ha presenciado, en un arranque de indignación le contesta: «¿Cómo cree que puedo arrepentirme en el momento que veo estas atrocidades?».

Antes de ser fusilado, Viteri le entrega siete monedas de oro pidiéndole que las haga llegar a su madre. El déspota piensa por un fugaz instante en la suya. Tiene las siete monedas en la mano y le pesan. La mirada desafiante de Viteri le envuelve en los furores de la insania. Quien mira así es capaz de asesinarle a sangre fría y repite una vez más su frase preferida: «Mis enemigos están en el deber de matarme porque de lo contrario, los extermino».

Da la orden de disparar. Darío Viteri recibe los disparos, se dobla de costado y se derrumba. Su camisa blanca es una amapola ensangrentada. Las siete monedas de oro le pesan más que antes en la mano. El rostro de Viteri se muestra sereno, casi parece que desde el más allá le sigue desafiando. El déspota se ha comprometido delante de la tropa a entregar las monedas a la madre que debe estar atravesando apuros económicos, como la suya. El tirano vacila un momento... Pero le parece que en el rostro de Viteri ha quedado la huella de una risa sardónica. No importa ni tienen sentido los recuerdos, las madres que se consumen en la espera, ni las vidas que se truncan de repente como si él fuera dueño de ellas.

Entonces, fuera de sí, enloquecido, arroja las siete monedas en la sangre que aún no se coagula, y ordena a un sargento de su confianza, que así, tintas en sangre, en la sangre del hijo, sin limpiarlas, las haga llegar a manos de la madre.

Entre los prisioneros que conservan la esperanza de salvarse hay un campesino llegado del Perú, que le implora por su vida. Jura por los vivos y los muertos, por la Virgen y los santos que no es soldado ni que ha tomado parte en el combate. Solamente, asegura, y hay quienes le sirven de testigos, que fue a vender un racimo de plátanos a los combatientes de los dos partidos. El tirano vacila y manda que le den la mitad de los cuatrocientos azotes que acostumbra. Ordena que no le fusilen, pero para escarmiento manda que lo ahorquen, por meterse donde no le llaman.

En la demente ebriedad del triunfo llega a Guayaquil, convencido de que ha exterminado a los sediciosos y salvado a la república del caos. Manda a organizar un

solemne Te Deum, al que asisten los que no han visto lo que ha sucedido en Jambelí. Esa misma mañana publica un bando: «Cárcel a los que se encuentren llorando por las víctimas de Jambelí, pues todos deben bendecir a Dios por el triunfo».

Ebrio de sangre como nunca, no existe quien le detenga, quien le diga que ya no más, que es suficiente. Ha perdido el juicio como cualquier borracho que necesita beber más para alejarse del suplicio de la vida, porque no puede ser feliz en la borrachera de la sangre. Montalvo, el que más le combate, ha de escribir: «Nuestro Anticristo no bebe. Él no necesita beber para estar siempre borracho, borracho es por naturaleza».

Esa congénita borrachera se hace más evidente en la triste jornada de Jambelí. En un consejo de guerra, los hombres de su propio ejército absuelven por tres veces a tres oficiales que son condenados otras tantas en el lapso de ocho horas. En suma, luego de esa batalla hay más de cuarenta y cinco fusilamientos, efectuados poco a poco, lentamente, y por jornadas.

Horas antes de salir para Quito se entera de que en la conspiración organizada por Urbina ha tomado parte el médico argentino Santiago Viola, refugiado en el puerto huyendo de la persecución del tirano Juan Manuel Rosas. Antes de pasarlo por las armas, le hace enterrar en un sitio poblado de hormigas bravas. El obispo de Guayaquil, los cónsules extranjeros y su misma madre interceden por la vida de Viola. Es en vano, nada le conmueve, nadie tiene el poder de cambiar el rumbo de sus decisiones, por lo que responde a su madre que le implora: «Las mujeres, señora, no desempeñan ningún papel en las cosas de la política».

El tirano decreta que Viola debe morir a las cinco de la tarde, la hora que siempre escoge para decidir las muertes, por el simbolismo que encierra el ocaso. Ordena que se le fusile en las afueras de la ciudad, porque el pueblo guayaquileño está enardecido. No permite que nadie asista a su entierro, que se realiza en secreto a la medianoche. Le niega la cristiana sepultura, porque la víctima rechazó al sacerdote que ha acudido a confesarle; sin embargo, contradictorio y obcecado, obliga al pueblo a que asista a la Catedral y que rece de rodillas por el alma del difunto.

Al regresar a Quito, continúa celebrando la victoria de Jambelí con otro solemne Te Deum en la Catedral. Pide que monseñor Tavani, el Nuncio Apostólico, presida el acto y como este se niega argumentando que su ministerio es de paz, manda que no se le permita la entrada al templo.

La Batalla de Jambelí representa el único triunfo militar del tirano en sus quince años de dominio. No importan las matanzas, los que se han ido ni la multitud de viudas y huérfanos que quedan. Sin embargo, sus apologistas, como el padre Alfonso Berthe, al escribir su extensa biografía de más de mil páginas, ha de afirmar: «Este héroe, digno del Cid y de Bayardo que no vacila en sacrificar su vida para salvar al país de los furores anarquistas, y que por la ejecución necesaria de algunos bandoleros, salva millares de inocentes».

El argentino Manuel Gálvez, experto en la misión de exaltar tiranos de la catadura

de Juan Manuel de Rosas, se empeña en promulgar la beatificación del ecuatoriano para llevarlo a lo altares. Al referirse a esta sangrienta batalla escribe: «... ¡Triunfo inaudito! [...] Y realmente suyo porque ha vencido sin oficiales que le aconsejaron, sin técnicos en cosas de guerra. Él, en un momento de inspiración genial, ha ganado el combate, él sólo con la ayuda de sus soldados».

De igual forma se expresa el jesuita Le Gouhir: «Todos a cual más se distinguieron por actos de heroísmo en esta hazaña, reputada por una de las más importantes y gloriosas de nuestros anales militares».

Como había programado en sus momentos de delirio, la primera medida al llegar al poder es declarar que la religión católica sea exclusiva de la nación y que los poderes públicos tienen la misión de protegerla y hacerla respetar:

«La religión de la República es la católica, apostólica y romana con exclusión de cualquier otra y se conservará siempre con los derechos y prerrogativas de que debe gozar según la ley de Dios y las disposiciones canónicas».

Sustituye el antiguo Patronato Eclesiástico por un Concordato con la Sede Romana, mediante el cual se limitan las facultades de los dos gobiernos. Concede al Vaticano el derecho de elegir los obispos y dignidades eclesiásticas, y de regular los asuntos administrativos y económicos de la Iglesia Ecuatoriana. Los obispos se apresuran en censurar, aún más, las lecturas que consideran peligrosas para la fe católica; prohíben las que atentan contra las buenas costumbres y cuando han reducido las bibliotecas a mínimos estantes, el dueño de la razón decreta la Reforma al Clero, medida por entonces necesaria, ya que muchos clérigos arrastran las taras de la corrupción desde la época colonial.

Sin embargo, él es el primero en violar el Concordato. No le conviene que los curas descarriados sean castigados por la Iglesia, porque considera que los procedimientos empleados son lentos y pecan de blandura. Siente la urgencia de imponer un ejemplar castigo al cura Calixto Zapater, que ha sido llevado al Congreso tal como él mandó traerle de los arrabales de Quito, entretenido como estaba en una juerga con mujeres, es decir, en mangas de camisa y calzoncillos.

Las pifias y risotadas que se producen en las barras del Congreso con la entrada del cura en semejante facha, indigna a monseñor Tavani, quien se ve obligado a protestar, porque no es partidario de tales escándalos ni de acciones que avergüencen a la Iglesia, y además protesta porque se ha violado el Concordato.

Es la época en que los clérigos relajados no persiguen otro afán que enriquecerse, esquilmando el bolsillo de los incautos devotos. Hay algunos que viven enredados en perversas relaciones con mujeres casadas y prostitutas. Otros abusan con descaro de las juergas que terminan en bochornosos escándalos y son adictos a los juegos de naipes y al alcohol. Casi ninguno se priva de intervenir en las continuas revueltas y

asonadas políticas.

La causa de semejantes perversiones estriba en que muchos eclesiásticos no tienen la debida formación religiosa y carecen de vocación para ejercer su misión con un sentido de caridad y de comunión con el pobre y la pobreza. Todavía subsiste la costumbre medieval de que los hijos primogénitos sean los únicos llamados a heredar los títulos de nobleza y las fortunas de sus progenitores, mientras los hijos secundones no tienen otra salida que buscar la manera de subsistir ingresando en las altas jerarquías militares o abrazando la carrera eclesiástica, con la efímera esperanza de que les caiga un purpurado.

El que se ha apoderado del poder ha ideado el estado teocrático más absoluto de América Latina y empieza a perseguir al clero nacional cuando no consigue dominarlo. Algunos obispos no pueden obedecerle con la celeridad que pide y caen en desgracia. Tal es el caso de monseñor Riofrío, Obispo de Loja, a pesar de que sus fieles le veneran, porque es un pastor de almas tranquilo y sencillo, incapaz de comulgar con las medidas despóticas y con los actos de violencia. Sin tener en cuenta que el obispo ejerce su ministerio en una forma irreprochable, le obliga a renunciar a su cargo argumentando que: «El obispo Riofrío es tan pobre de ánimo y carácter que no sirve ni para convento de monjas».

Tiene necesidad de clérigos extranjeros que dependan directamente de su autoridad y le ayuden en una forma inmediata a reformar los conventos que son causa de escándalo. Quiere clérigos que tengan la fuerza necesaria para someter a punta de látigo y de catecismo a los indígenas, considerados como haraganes y borrachos; que colaboren en la obra de avasallar y doblegar al *pueblo imbécil*, formado por cholos levantiscos y por mestizos insolentes, que para él son ingobernables.

Pero tampoco acierta con la confianza que ha depositado en los eclesiásticos extranjeros, porque entre tantos que cumplen su misión pastoral abnegadamente, hay otros que ocasionan mayores escándalos que los curas nacionales.

El cura Pelizoti, por ejemplo, ha llegado de Italia a «la siempre verde Quito», y al ver dónde ha caído, no tarda en superar los malos pasos de los curas relajados. Siguiendo su ejemplo, se constituye en un señor feudal y se dedica a la tarea de buscar dinero. Encuentra que los fieles de la población de Atocha son por demás ingenuos y les exige desmedidos honorarios para administrar bautizos, matrimonios y misas de responsos. Les deja más muertos de hambre que nunca y cuando tiene los bolsillos repletos de dinero, pasa a Guayaquil, donde encuentra el cielo abierto al extorsionar a las crédulas Hijas de María. Cuando ha repletado sus arcas con miles de pesos, saqueado los templos apropiándose de cálices, patenas y unas cuantas custodias de oro, engarzadas en piedras preciosas y se ha apoderado de obras de arte de los conventos, se escapa con el cuantioso botín rumbo a su patria, pero el mar se sacude y se encabrita como si supiera quién va sobre sus aguas. Una furiosa tempestad hace naufragar el barco, y Pelizoti se hunde en los abismos abrazado a sus tesoros malhabidos.

También el cura Miali, italiano, hace de las suyas. Cuando menos lo piensa, es sorprendido en unas cuantas estafas. Los acreedores se reúnen, le acorralan y logran que las autoridades le encarcelen, mas no en una prisión común, sino en uno de los conventos quiteños hasta que restituya lo robado. Pero el cura espera la complicidad de la noche, y emulando las hazañas de aquel legendario padre Almeida, se descuelga por una ventana y se escapa disfrazado de indígena hacia el territorio de Nueva Granada donde se seculariza para continuar con peores fechorías.

Gradas a la protección que les brinda el Presidente, los curas extranjeros que tienen la suerte de exhibir una piel blanca y unos ojos claros, se sienten amparados para cometer toda clase de atropellos contra los curitas petizos y morenos. La Reforma al Clero no da resultado; no se lleva a cabo por medios persuasivos, porque le parecen inoperantes y no sirven para el escarmiento necesario. La Reforma que pretende se hace bajo un clima de la más acelerada violencia. La impetuosidad y el arrebato de quien es ajeno al acto de sentarse a cavilar balanceando los pros y los contras, los resultados y las consecuencias, hacen que el pueblo creyente e ingenuo se confunda y se sienta más desamparado que nunca. Lejos del consuelo que desde siempre ha buscado en la religión, sus creencias flaquean y luego se derrumban.

Las persecuciones a los curas nacionales, iniciadas bajo ese gobierno teocrático, persisten durante años. La llegada del visitador Larco ocasiona uno de los levantamientos populares más violentos de esas épocas. En el afán de sanear al Convento de Santo Domingo, el más relajado que se conoce, el Visitador Larco da la orden de que en el término de veinte y cuatro horas salgan todos los clérigos y dejen vacío el edificio.

Los ancianos que ya han visto de todo y los novicios que conservan esperanzas, obedecen mansamente y encuentran un temporal refugio en la Casa de la Recoleta. Los restantes, hacia quienes va dirigida la medida, se niegan a acatarla y se sublevan. Corren en un desordenado tropel a la Iglesia de Santo Domingo, se apoderan de la imagen de la Virgen del Rosario, la colocan en sus andas, se arman de cirios encendidos y salen en procesión. Pero durante la procesión empiezan a circular rumores confusos, pues se propaga la noticia de que los curas extranjeros están dispuestos a mandar al destierro a los curas nacionales, y el pueblo enardecido se aglomera en las calles, olvidándose de la procesión con la Virgen del Rosario y de la sublevación de los dominicos.

Entre gritos de vivas a los curas nacionales y muera a los extranjeros, interviene la fuerza pública. Las campanas de las iglesias tocan a rebato y el pueblo, manejado por los que tienen sus intereses, pide a gritos que salgan en el acto los curas extranjeros. El mandatario ruge: no existe en toda la ciudad una cárcel suficiente para albergar todo un pueblo. Al día siguiente, empieza a circular una carta firmada por millares de habitantes en la que se dice:

No solamente queremos que salgan los italianos, sino también el

Delegado Apostólico, porque nuestras mujeres, nuestras hijas, ya no tienen pendientes, brazaletes ni anillos, puesto que todas estas alhajas van al palacio del representante del Pontífice Pío IX. No queremos que los italianos, desterrando a nuestros padres, se apoderen de las haciendas y riquezas de nuestros templos, porque son extranjeros, y pueden robar para ir a sus tierras; pueden derrochar y privar al Convento y a la Iglesia de sus riquezas; por ejemplo, apenas han venido, ya han enajenado los valiosos molinos del Machángara.

*S*e termina el primer periodo de gobierno. El hombre poderoso, el que hace preguntas y se contesta a sí mismo porque está solo y la soledad es mala consejera, no ha podido realizar la totalidad de los planes que se ha propuesto. Las medidas represivas han llegado a niveles exacerbantes. El descontento popular dio origen a innumerables conspiraciones; las revoluciones se han sucedido sin descanso, y sin embargo, aspira a un nuevo gobierno.

Durante su mandato reprimió el inusitado levantamiento indígena organizado por las comunidades de Chimborazo, que eligieron como líder a Fernando Daquilema, descendiente de la dinastía de los Duchicelas y de la nobleza Puruhá, proclamado como Rey de Cacha.

Más de veinte mil indígenas se pusieron en pie de guerra para reclamar el derecho a las tierras propiedad de sus antepasados, para pedir la eliminación del tiránico trabajo obligatorio y las abusivas donaciones de diezmos y primicias a la Iglesia.

Desde las ciudades y haciendas de la provincia la población de blancos y de cholos enriquecidos ve aterrada cómo una inmensa masa humana empieza a bajar desde las alturas de los páramos armada de hondas, palos y cuchillos. Cómo caminan impertérritos sin que nada les detenga, formando una mancha abigarrada donde prima el rojo de los ponchos que se extiende por las laderas de los montes y marcha al compás de tambores, pingullos y bocinas.

Al ver ese vengador aluvión que se aproxima, la gran mayoría de los hacendados huye con sus familias, y unos pocos se apresuran a cargar las armas junto al ejército que dispara sus fusiles y cañones. Nada detiene, sin embargo, a los indígenas que caminan imperturbables pasando por encima de sus muertos.

En el levantamiento indígena participan por igual hombres y mujeres, los que pueden caminar y los viejos que apenas pueden sostenerse. Entre toda la temeraria masa se destaca la épica figura de la indígena Manuela León. Ha dejado encerrados a sus guaguas tiernos y sin más arma que la puya que le sirve para arrear las reses, defiende al frente de los suyos con temeraria valentía el pueblito de Punín. En un

encuentro con las tropas es capturada por un grupo de soldados que la violan, la amarran con sus trenzas a la cola de un caballo y la arrastran por los caminos empedrados, para luego fusilarla, cortar su cabeza de ojos aterrados y exhibirla en la punta de su propia puya.

El levantamiento de palos y piedras contra armas de fuego termina con la entrega voluntaria del líder Fernando Daquilema, el que en un acto de increíble heroísmo prefiere entregarse a las tropas enemigas para ser fusilado en Yaruquíes y evitar la masacre de sus súbditos.

Y otra vez por las crestas de los páramos helados, por las profundas quebradas, por los torcidos chaquiñanes y en la oscuridad de los miserables huasipungos, vuelve a revivir aquel doloroso lamento que se escuchó después la muerte de Atahualpa: *Chaupi Punchapi Tutayarca*, que en quichua quiere decir: «Anocheció en la mitad del día».

Al llegar a su primer período, en sus discursos el mandatario aseguró que el presidente y el vicepresidente serían elegidos por sufragio universal. Además había prometido que la pena de muerte por delitos políticos quedaría abolida. Apenas se instaló en el Palacio de Gobierno, esos decretos se quedan en palabras.

Ha centralizado el poder, propugnando que la nación es una sola y que es necesario combatir el regionalismo y eliminar las antiguas demarcaciones provinciales que originan las irreprimibles ambiciones de tantos caudillos militares. Dictamina que el sufragio debe ser universal y directo, pero llevado por su autoritarismo elige gobernadores a su antojo.

Decreta que los militares no son los más aptos para gobernar, sino los llamados a defender el territorio y respaldar al gobierno. Modifica los ascensos militares que hasta entonces sólo se habían conseguido en las acciones guerreras. Quienes ingresaban al ejército eran los más audaces, sin importar que muchos fueran malhechores y criminales, con los cuales es imposible mantener un ejército sometido a ninguna disciplina.

Al restablecerse las relaciones diplomáticas entre Ecuador y Perú, que hasta entonces sostenían una guerra encubierta, disminuye el número de soldados, despide a los que considera ineptos para llevar el uniforme, a los que son sospechosos de haber colaborado con Urbina, a los que a su juicio son inmorales y que no obedecen los preceptos de la Iglesia. Se queda con los que le parecen inmejorables, de los que comprueba que no han cometido fechorías y es más fácil transformar en esclavos con uniforme y fusiles. Da la orden de que en todos los cuarteles se implante el rezo del Rosario y del Angelus, entre otros ritos.

Reduce los cuantiosos gastos militares que desde mucho antes acaparaban todo el presupuesto nacional, mientras que el destinado a la educación era ínfimo.

Tiene que mejorar el sistema educativo —el anhelo más ferviente desde sus años juveniles— y declara obligatoria la enseñanza primaria, lo que ya había intentado Urbina. Trata de solucionar el problema de que sólo el diez por ciento de la población supiera leer y escribir. Decreta abolida la libertad de estudios que le ocasionó su fracaso como profesor en la Universidad Central. Aumenta el escaso número de escuelas rurales para indígenas, de escuelas normales para maestros y crea una Escuela de Artes y Oficios para la enseñanza de mecánica, carpintería y ebanistería. Todos los alumnos al matricularse están obligados a presentar un certificado de haber observado los preceptos religiosos, requisito sin el cual no pueden ser admitidos.

Trae de Francia a los Hermanos de las Escuelas Cristianas que se dedican a cumplir su misión entre los niños sin recursos, y a las monjas de La Caridad, que se ocupan del cuidado de los enfermos en los hospitales y atienden a los ancianos y alienados en los asilos.

Para la educación de las niñas de la clase alta, hace venir a las monjas belgas de La Providencia, y a las monjas francesas de los Sagrados Corazones, que traen en la mano una cajita de madera llamada chasca, la cual sirve para llamar la atención y mantener la disciplina de las alumnas y, entre otras enraizadas pedagogías de la época, enseñan a cantar «La Marsellesa» en francés cuando hay actos solemnes, sin tener en cuenta que ya se ha creado un himno patrio.

Con la ayuda de los jesuitas expulsados de Alemania por el canciller Bismarck, crea la Escuela Politécnica, en la que se enseña ingeniería, mecánica, química y agricultura. Pone todo su empeño en la Facultad de Ciencias —lo que añoró desde joven y le impidió dedicarse a las ciencias en vez de la abogacía— y para facilitar el estudio científico, emprende en las afueras de Quito la construcción del Observatorio Astronómico, que hasta después de muchas décadas resulta el más completo y mejor dotado de América Latina. En su inauguración describe emocionado su posición a tres mil pies sobre el nivel del mar, admirable pureza del cielo y transparencia del aire, bajo la línea equinoccial y en clima sano y delicioso, donde se goza de perpetua primavera.

Debido a la poca preparación de los alumnos que deben ingresar a la Politécnica, se ve obligado a crear escuelas preparatorias en las que se enseña álgebra, geometría, trigonometría, dibujo lineal y topográfico, y en ninguna de las facultades se descuida la enseñanza de la teología.

Suprime el Colegio de Riobamba por inmoralidad de los maestros y clausura la Universidad de Quito, porque considera que es un foco de ideas liberales. Al reabrir la crea la Escuela de Obstetricia para mujeres. Mejora la Facultad de Medicina con la inclusión de sabios franceses que enseñan cirugía y anatomía. En la Facultad del Derecho suprime la enseñanza de Derecho Romano, porque afirma que está interpretado por librepensadores y pone énfasis en el estudio de Derecho Canónico.

De esta manera, el impulso a la educación es la obra más reconocida de su gobierno. Sus sueños se han cumplido, al dejar en manos de los jesuitas expulsados

de los países europeos la educación secundaria y superior.

Con el auge económico logrado por los grandes productores de cacao de la Costa, al exportar principalmente a Europa, se cobran impuestos y la moneda se iguala con el dólar. Impone fuertes impuestos a las aduanas y a los estancos de aguardiente y tabaco. Prohíbe la destilación del aguardiente, medida considerada ilegal desde la época colonial. Pero ni él ni nadie logra impedir la proliferación de los contrabandistas que se ingenian para fabricarlo en alambiques caseros que instalan en lugares apartados y en los mismos traspatios de sus casas. Cuando uno de ellos es sorprendido, se le castiga con azotes, con multas y la cárcel, pero no se logra erradicar la inveterada afición del pueblo a la bebida.

En definitiva, persigue los vicios con la idea de que son un atentado contra la moral y las buenas costumbres, pero no porque dañan la salud del pueblo. Pese a todo, tiene una actitud encomiable, reconocida por sus propios enemigos, quienes le califican de tirano, arbitrario y fanático, pero admiten que nunca ha perseguido un beneficio en su provecho, aunque ha favorecido a sus parientes, y a veces lo ha hecho con descaro.

Su tremenda vitalidad y sorprendente energía le permiten hacer obras consideradas de gran envergadura, más es semejante a todos los autócratas del mundo, que se mantienen en el poder con obras materiales y con las cárceles llenas, con la cruz y el látigo, con el llamado progreso y con el crimen.

No admite ostentar un cargo público para permanecer sentado, tranquilo y gozando desde arriba, sino que construye carreteras, hace puentes y acueductos. Tanto tiempo ha consumido y tantas penalidades ha experimentado en los continuos desplazamientos de Guayaquil a Quito y de Quito a Guayaquil, que considera urgente la creación de un ferrocarril que sirva para unir las dos regiones. Emprende la tarea, y pide a su antiguo profesor Sebastián Wisse que inicie el trazado de la vía, considerada como la obra de ingeniería más difícil en la escarpada Región Andina. Comienza la titánica empresa, que se termina treinta y tres años más tarde en el gobierno de Eloy Alfaro.

Contrata al ingeniero alemán Francisco Schmidt para que construya, junto a las canteras del Pichincha, un tétrico y colosal edificio destinado a penal. Lo hace a semejanza de un presidio francés, en el modelo arquitectónico de *panopticum*, con la intención que desde el centro sea posible ver, dominar y atisbar todas las celdas y pasillos. Demora poco tiempo en levantarlo, porque utiliza el sistema de mingas. Cada dos semanas los atónitos moradores de Quito ven subir cuadrillas de dos mil hombres reclutados entre las comunidades indígenas de la sierra y ven bajar a otros tantos, que han hecho el trabajo sin entender para qué les mandan a hacer esa construcción enorme en forma de una estrella de cinco puntas.

Lo que llama la atención de muchos es que ha escogido personalmente a los indígenas oriundos de los sitios más lejanos, para que construyan determinados pasadizos y celdas subterráneas, con túneles que conducen a una casa con aspecto de

castillo en la que se aloja un enigmático farmacéutico de origen alemán, amigo suyo y de Schmidt. Lo que hace o ha hecho, permanece en el más recóndito misterio.

Manda a pintar la fachada del enorme edificio con un color rojo estridente, que se asocia con el rojo de la sangre. Manda a poner alquitrán en las paredes para contrarrestar la humedad, y el interior del edificio queda revestido de negro, un negro que inspira terror indecible a quienes van a ocuparlo, como a la niña que fue seducida y cuyo padre pidió que la encarcelaran.

Montalvo asegura que: «El estreno de esa tumba de los vivos fue lastimoso: una mujer subió por las funestas escaleras en medio de gendarmes, el lúgubre edificio cayó sobre su corazón con toda su pesadumbre. Corrió hacia una ventana inconclusa y se arrojó al patio, de cabeza».

El primer recluso que pasa a ocupar una de las celdas es el contratista de la obra, que no ha podido entregar el edificio en el plazo convenido. En los lugares más visibles de los pasadizos que conducen a las celdas ha dispuesto, con su manía moralizadora, letreros que dicen:

El que hace un mal, no espere un bien.

Seréis disciplinados por la razón o la fuerza.

Es mejor pagar en vida las penas que se merecen en la otra.

Y más tarde, como colofón, inaugura el cementerio de San Diego.

El mandatario terminó su primer periodo en medio de la más grande repulsa e impopularidad. En el Congreso sufrió una vergonzosa derrota en las elecciones para postularse como senador. Sin embargo, se las ha ingeniado para dejar el poder en manos de un partidario y amigo suyo, el conservador Jerónimo Carrión, un hombre correcto y de probada honorabilidad, que trata de seguir su mismo plan de gobierno, aunque no sus pasos. A pesar de sus esfuerzos, no tiene la energía suficiente para enfrentar la descomposición que reina en la nación y la falta de unidad en el Congreso, dividido en dos bandos irreconciliables que aprovechan sus curules para explayarse en insultos y no para convencer a nadie. Es imposible evitar las continuas discusiones, que terminan en peleas campales y que se suceden simultáneamente en las dos cámaras de un Congreso que a más de pelear, abusa de los enfáticos, floridos e intrincados discursos, mientras la oposición, cansada de tanta palabrería hace planes para disolverlo.

Los llamados liberales quieren someter al ex mandatario a un juicio de residencia, y los que figuran como conservadores exigen que se le otorgue el nombramiento de Jefe Supremo del Ejército.

Jerónimo Carrión empieza su mandato en situación por demás difícil, aunque quien se hace cargo del poder y realmente gobierna es don Manuel Bustamante, aquel

a quien el joven colérico diera la bofetada diez y siete años atrás. Además, el presidente Carrión está dominado por la pasión del deporte nacional, que es la pelea de gallos, y no tiene reparos en convertir el Palacio de Gobierno en la mejor gallera del país. En el patio principal, en los corredores y los traspatios del Palacio están las jaulas de los gallos más famosos. Los gallos ocasionan un bullicio insoportable, porque no sólo son rivales en el ruedo, sino que pelean por ser el que canta con más fuerza. Lo que más molesta a la opinión pública y lo que más critica la oposición es que siempre el ganador de las peleas es el gallo del señor Presidente.

La difícil gestión de Jerónimo Carrión dura apenas dos años. Aquél que sigue dominando la política, se cansa de lo que considera un gobierno ineficiente y ordena a un militar de alto rango que vaya donde taita Chombo —manera con que el pueblo acostumbra a llamarle, más con cariño que por burla— y le diga todo cuanto encarga decirle. Pero el encargado, bien porque olvida el largo mensaje o porque no se atreve, sólo le dice con la mayor cortesía: «Excelentísimo señor: manda a decirle el señor García Moreno que renuncie usted inmediatamente a la presidencia».

Ante lo cual el señor Presidente, conocedor de que ya ha sido designado un sustituto, que es Javier Espinosa, no tiene otra alternativa que quitarse la incómoda levita, desprenderse el cuello almidonado y colocarse su entrañable poncho de castilla, bajo el cual acoge a sus dos gallos preferidos y abandona aliviado la gallera, considerando que sus gallos tienen mejor disposición que los políticos.

El ex presidente ha cumplido cuarenta y cuatro años. Rosa Ascázubi, su esposa, tiene cincuenta y seis, pero debido a sus múltiples achaques es una anciana que permanece recluida en la soledad y en el olvido del esposo. La manía de los viajes es irreprimible, pero ella prefiere que se encuentre lejos, porque cuando está presente sus males se recrudecen con los malgenios y las intemperancias del que siempre se consideró un amo cascarrabias y no un esposo.

A los pocos días de dejar el poder, la pésima salud de doña Rosita Ascázubi se complica aún más con un principio de tuberculosis y con una hernia que le causa agudos dolores, manteniéndola postrada e inmóvil en la cama.

Una noche la enferma no puede soportar los sufrimientos, se desespera y no cesa de gemir. Los familiares envían a un criado que vaya en busca del médico. Acude el doctor Cayetano Uribe, médico de cabecera y cónsul de Colombia, quien le receta el mejor analgésico que existe: unas gotas de laúdano, acompañadas de una tisana, que le va a aliviar ese dolor del cuerpo que sabe aprovechar la enferma para troquelarse el alma. Después de lo cual el médico se retira, confiado en que la paciente dejará de quejarse y podrá dormir tranquila.

Pero al poco tiempo, los familiares y criados escuchan un lamento sordo. Entran en tropel y ven asombrados cómo el cuerpo de la anciana se convulsiona y no

descansa como ha dicho el médico, sino que se sacude en espasmos. Observan que su boca se ha torcido en una mueca horrible y sus ojos desmesuradamente abiertos expresan pánico.

El cura Joaquín Tobar, que se ha mudado a la casa de las Ascázubi para consolar a la enferma, aconsejándole que ofrezca a Dios tantos sufrimientos, entra angustiado y al ver lo que sucede, se apresura en administrarle los santos óleos. Los presentes caen de rodillas alrededor de la cama y encomiendan al cielo el alma de Rosita en el viaje que parece decisivo y se lamentan. Enseguida mandan a llamar al mismo médico, porque la enferma ha perdido el habla, se ha quedado rígida, tiene un síncope y está en trance de agonía.

El doctor Uribe llega preocupado y con la premura del caso, manda que se desaloje la alcoba. Examina a su paciente. Mueve confundido la cabeza sin entender lo que pasa: hace pocos minutos doña Rosita no presentaba ningún síntoma de gravedad y de pronto agoniza. Hace mil preguntas. Sorprende un cierto titubeo en el marido, que no se ha separado del lecho. La moribunda no tiene pulso ni respira. En el colmo de la sorpresa, el médico anuncia que es el fin de la anciana y que ya no hay nada más qué hacer.

El rostro de doña Rosita Ascázubi, hace poco aterrado y más feo que nunca, se muestra sereno y apacible y parece dormida. Alguien le ha cruzado las manos sobre el pecho y colocado entre ellas un valioso crucifijo de alabastro y oro. La triste y fea anciana, al cabo de interminables años de matrimonio por fin ha dejado de sufrir. Se va con su dolor, el triste amigo que le acompañó en la vida de casada, llevándose los recuerdos que sufrió a solas, sin testigos; se va con el atado de sus lágrimas.

Pero cuando el doctor Uribe va a retirarse, apenado y aún confuso, alcanza a ver el frasco de láudano tras la puerta, se inclina a recogerlo y comprueba que está vacío, completamente vacío. Se sume en hondas cavilaciones, tiene el cuerpo del delito en su mano y no encuentra ninguna explicación. Pero clava su mirada en los ojos confusos del esposo. No hace más preguntas, no lo cree necesario. Es testigo del ambiente en el que ha vivido y muerto su paciente, y en el colmo de la indignación exclama: «Con la cantidad de láudano que yo dejé se podía haber matado una yegua».

Días después las desconsoladas hermanas de la difunta mandan a uno de los criados a que traiga de la hacienda de Guachalá una vieja carretilla que sirve para acarrear abono; colocan en ella las ropas, los zapatos, los libros, los escritos, las condecoraciones y demás pertenencias del viudo, y se las envían.

*M*ariana del Alcázar y Ascázubi, sobrina de la difunta, es una jovencita de quince años. Al salir por las tardes del colegio visita a su tía enferma, le arregla los almohadones, le alisa las sábanas, le peina las escasas y amarillentas canas y le da a beber por cucharadas las tisanas de todas las yerbas que acostumbra a tomar sin

descanso. Es una jovencita inocente, de contextura débil, no una belleza, pero es mil veces más presentable que su desengañada tía. Su gentil presencia es un rayo de luz en la oscuridad de la alcoba que apesta a alcanfor y trementina, a pesar del humo espeso que despiden los pebeteros con astillas de palo santo y semillas de alhucema.

El contraste entre el candor y la frescura de la sobrina predilecta desde hace años, y la anciana inmóvil y doliente que acaparaba para sí todas las enfermedades y no cesaba de quejarse, enciende la pasión del déspota, que ya se había manifestado en muchas cartas desde que permaneció desterrado en los arenales de Paita.

Apenas enterrada la esposa en el fastuoso mausoleo del cementerio de El Tejar, celebradas las exequias, contestadas las cartas de pésame y efectuadas las inacabables misas de responso, surge un tormentoso idilio que el ex presidente trata, pero no puede disimular. La jovencita ni siquiera lo intenta. La desigual pareja no se separa: desayunan, almuerzan y cenan en la misma mesa, van juntos a misa y hasta caminan cogidos de la mano, frente a lo cual surgen las murmuraciones y el enamorado cree oportuno arriesgarse a pedir su mano.

El padre de Mariana rechaza indignado la propuesta y se opone. Le parece grotesco que su niña se convierta, cuando aún viste de luto, en la esposa de quien acostumbró a considerarle como hija. Pero el déspota la quiere para sí, lo ha decidido y no admite objeciones, de manera que en uno de sus frecuentes arrebatos va a la casa de la niña y la rapta, aprovechando que su padre no está.

A los cinco meses y dieciocho días de enterrada Rosa Ascázubi, y sin el consentimiento paterno, los enamorados se dirigen al templo de El Sagrario. El novio quiere que su matrimonio sea semejante al primero: en la mayor intimidad y discreción, y con el mismo pretexto de evitar los perversos comentarios de las gentes.

Una vez en la iglesia, el novio conmina al cura para que inmediatamente les declare marido y mujer, pero el cura se resiste aduciendo que la novia es menor de edad, que el padre está ausente y que ni siquiera se han presentado los padrinos. Nadie en la ciudad es más obcecado que el novio, y como en su juventud fue el mejor estudiante de Derecho Canónico, argumenta que es suficiente una bendición y la libre aceptación de los interesados para convertirse en marido y mujer ante las leyes eclesiásticas. Hasta puede servir de bendición —arguye— la bendición impersonal y colectiva que se da al finalizar la misa. Su obstinación, su poder de convencimiento y el miedo que inspiran sus ojos fulgurantes, doblegan la voluntad del sacerdote, quien a regañadientes termina por bendecir el precipitado matrimonio.

Menos mal que Marianita y sus hermanas empezaron a preparar los ajuares de novia muy temprano. Ella ha dejado a un lado sus muñecas dormilonas para dar las últimas puntadas a los bordados de sus sábanas, considerando que no siempre una colegiala tiene la suerte de contraer matrimonio con quien ha sido la primera autoridad de la República.

Los esposos se trasladan a consumir su matrimonio a una de las quintas más lujosas de la ciudad, propiedad de la opulenta familia Aguirre. La quinta está situada

en los apartados potreros de La Carolina. Pero el romance se interrumpe de la manera más abrupta sin llegar ni siquiera a los dos días. Una de las criadas de Mariana irrumpe en la intimidad dando alaridos; grita sobresaltada que hay una banda de asesinos merodeando por las tapias de la quinta. Horas después los esposos confirman la noticia de que se prepara un atentado contra la vida del recién casado.

Marianita refunfuña, porque las criadas ni siquiera han terminado de ordenar su primoroso ajuar en los armarios ni han colocado entre los almohadones de la cama a su muñeca preferida. El tiempo apremia, los esposos se saben en peligro y no les queda otro recurso que subir apresuradamente a la carroza de los Aguirre y regresar cabizbajos a la casa de Quito, acompañados de sus criados y de una fuerte escolta.

Los rumores de que se preparan emboscadas y atentados que son imposibles de ocultar ensombrecen los inicios del romance. Pese al intento de mantener en secreto cómo fue la muerte de la primera esposa, por todos los lugares de la ciudad se comentan los pormenores del frasco vacío de láudano, tirado tras la puerta, lo del rapto a la menor de edad y lo del apresurado matrimonio, a tal punto que a los pocos días el periódico *El Marcelino*, haciéndose eco de los comentarios, publica en la primera página:

ABORDAJE CONYUGAL O MATRIMONIO POR ASALTO.

... El angustiado viudo a despecho de la orfandad que le depara la muerte de su sentida esposa, no pudiendo mantener muchos días a la capa la nave de su virtud en el penoso mar del celibato, en vía de consuelo y sabiendo que el Jefe de una escuadra hermana estaba ausente, encendió las calderas de su amor, preparó su amaestrada tripulación, tomó la conveniente latitud, le puso proa a la más desarmada goleta, se lanzó sobre ella i la tomó por asalto. Enseguida la llevó a remolque a otro puerto [...] de allí partió a la caleta Carolina donde se encuentra celebrando su presa i compañera.

¡Así se casan los hombres que comulgan con frecuencia... los rígidos partidarios de moral!

*D*urante el inconcluso gobierno de Jerónimo Carrión, España había invadido el territorio del Perú por una deuda que no se había pagado. En una de las frecuentes riñas callejeras que se sucedían entre peruanos y españoles, uno de los soldados invasores resultó muerto. Se hicieron algunas reclamaciones diplomáticas e intentos conciliatorios que resultaron inútiles, hasta que apareció en las costas del Pacífico una

escuadra española que se apoderó de las islas Chinchas, riquísimas en guano, considerado como el abono de mejor calidad que existía. El conflicto se agudizó cuando la flota de barcos españoles llegó hasta El Callao y bombardeó la ciudad. Los peruanos se armaron y defendieron su territorio con tesón y valentía. Después de un arduo combate que duró cinco horas, el ejército peruano hundió el barco principal y otro recibió cuarenta cañonazos, con lo cual quedó frustrado el intento expansionista. Los peruanos pudieron mantener su independencia. La escuadra española se declaró vencida y no tuvo otra solución que internarse en el mar y olvidarse de la existencia del Perú. Este acontecimiento originó la necesidad de que se firmara una alianza defensiva entre Bolivia, Chile, Ecuador y Perú.

El presidente Carrión deseaba por todos los medios gobernar en paz, quería huir de la sombra del déspota que intervenía a diario en todos los asuntos de Estado y censuraba abiertamente lo que se hacía o se dejaba de hacer. Encuentra que la mejor oportunidad para librarse de quien se ha convertido de protector en opositor, es darle el nombramiento de representante diplomático en Chile, con la misión de reforzar la alianza de los países sudamericanos ante futuras amenazas de otros países.

A los dos meses de casado, el marido parte a Chile sin la compañía de Mariana. El viaje de la Sierra a la Costa se presenta plagado de amenazas y malos presagios, que el viajero no se digna tomar en cuenta. En Guaranda, lugar que detesta, porque en él le han sucedido los peores percances cuando viaja, le detiene una señora que acaba de llegar de Lima y le comunica en el mayor secreto que las logias masónicas del Perú han decretado su muerte y le insinúa que tome precauciones. Lejos de agradecer el aviso, el ex presidente se muestra molesto y altanero, respondiéndole que no corresponde a las mujeres entrometerse en asuntos políticos, sino atender a sus maridos.

Al llegar a Piura, a bordo del barco que debe conducirlo hasta Valparaíso, sube a saludarle un anciano que había estado cerca de él en sus días de destierro, y reservadamente le pide que no intente desembarcar, porque sus numerosos enemigos desterrados han preparado una emboscada de la cual es seguro que no saldrá con vida. Tampoco agradece el aviso y le contesta en mala forma que no estaba en sus planes poner sus pies en la arena de ese lugar que le trae tan malos recuerdos.

Apenas desembarca en El Callao recibe otro aviso semejante, pero acostumbrado como está a saberse odiado y a inspirar terror, considera que son falsas alarmas y que todo se debe a las patrañas de sus enconados enemigos. Sin embargo, ante las continuas instancias de Ignacio del Alcázar, hermano de Mariana, que le acompaña en calidad de ministro agregado y de su inseparable colaborador Pablo Herrera, que va a ocupar la Secretaría, decide adquirir armas para él y sus acompañantes. Tan seguro está de que no existe quien se atreva a atentar contra su vida, que admite la compañía de una sobrina de ocho años a quién debe dejar en Valparaíso.

Pero sucede que al llegar a Lima, en el momento en que desembarca del tren, un joven de veinte años se abre paso entre la multitud y apuntándole con una pistola le

grita:

—¡Bandido, vengo a vengar la sangre de mi hermano!

El joven es Juan Viteri, hermano de Darío, aquel que durante la batalla de Jambelí, le entregó las siete monedas de oro para su madre, y él se las hizo llegar tintas en sangre. El disparo de Viteri apenas le ha rozado la mano, porque casi al mismo tiempo Ignacio del Alcázar ha sacado su pistola y disparado causándole al agresor una herida en el hombro. Dos miembros de la escasa comitiva encargada de recibir al ex presidente, detienen a Juan Viteri, pero en el momento en que el déspota desenfunda su pistola dispuesto a defenderse, se presenta un piquete de gendarmes peruanos. El ex presidente señala a Viteri como el responsable del atentado. Los policías rodean a Viteri y le conminan a que entregue el arma, pero él no la entrega ni la tira al suelo como todos esperan, sino que reúne fuerzas y la arroja a la cabeza del tirano causándole una herida en la frente.

La justicia del Perú inicia un proceso contra Juan Viteri por atentar contra un representante diplomático, pero la colonia ecuatoriana, formada por un numeroso grupo de desterrados políticos y por los que se han exiliado voluntariamente para proteger sus vidas, es poderosa, y consigue un indulto para quien quiso vengar la muerte del hermano.

Una vez instalado en Santiago de Chile trata de disipar en algo sus temores, pues al fin ha comprobado que no son simples amenazas ni triquiñuelas de sus enemigos, y se dedica a estudiar la Constitución Chilena con la intención de adoptarla en el próximo periodo de gobierno que persigue. Pero de pronto se hastía de lo que casi le parece un destierro, y sin comunicar a nadie su decisión, toma el primer barco que sale de Valparaíso. En el viaje permanece solitario, abstraído en sus pensamientos y sin hablar con nadie, sólo consigo mismo y con sus ambiciones. Cuando llega a su patria, se queda en Guayaquil una larga temporada al lado de su madre anciana, que ha perdido la vista y está próxima a morir.

En cuanto llega a Quito, lo primero que hace es renunciar a su cargo diplomático. Tiene el presentimiento de que la muerte le persigue como un sabueso hambriento; él ha podido librarse de sus dientes, pero la que nunca falta, se acerca a la anciana ciega que permanece tendida en su hamaca desde hace años y la lleva consigo. Doña Mercedes Moreno, después de una larga agonía, amanece muerta, se va al más allá a los noventa y cuatro años de batallar con la misma tenacidad y el mismo brío que su hijo, quien se ha privado de asistir a los funerales porque sus ocupaciones se lo impiden.

Hundido en su orfandad, se encierra en la hacienda de Guachalá. No permite que le den pésames, pues asegura que su madre fue una santa y dice que más bien deben felicitarle, porque ha cumplido su misión y está llena de gozo en el cielo. Sin embargo, regresa a sus estados depresivos, se niega a recibir visitas, se consuela a medias oliendo rapé. Su misantropía se agiganta y cuando el desconsuelo le invade hasta piensa dejar de lado la política. Para colmo de su depresión, su «Marianita,

amor de mi alma, encanto y felicidad de mi vida», está lejos.

Le envía varias cartas con los semaneros de la hacienda, en las que le ordena que regrese inmediatamente a su lado. Mas el suegro no autoriza el viaje, no consiente que su hija salga de la casa, debido a que Mariana necesita más cuidados que nunca porque su salud es endeble, espera a su primogénito y se encuentra en los últimos meses de embarazo. El marido, que lo considera un sutil pretexto, le responde airado: «Las mujeres de los soldados dan a luz en los campos de batalla».

Es una fría madrugada del mes de agosto. A pesar de que se dice que es verano, los amaneceres y anocheceres de la Sierra suelen ser helados. Aún está oscuro, a lo lejos se escucha el canto destemplado de algún gallo. Sólo hay una ventana iluminada, la única en toda la ciudad. Todos saben que esa ventana es como un tremendo ojo que escudriña y vigila.

El ex presidente acostumbra a dormir no más de cinco horas, madruga y no pierde el tiempo. Escribe cartas y más cartas. De pronto se interrumpe, un trazo alargado y nervioso malogra la página. Escucha un ruido soterrado que sale del fondo de la tierra, se pone de pie y se aferra al escritorio, el candelabro se inclina y la vela cae al suelo, ladran los perros de la vecindad y empieza a temblar la tierra. Un espasmo de susto le sacude, se muerde el bigote y se queda inmóvil.

Instantes después se escuchan alaridos y los vecinos de la ciudad salen despavoridos de sus casas, se arrodillan en mitad de las calles e imploran la protección del cielo. Él continúa estático, porque es el dueño y el patrón del miedo, y aunque es la única persona que puede salir a la calle ya que está vestido, espera que retome la calma. Tiene el convencimiento de que la furia de la naturaleza no es otra cosa que la manifestación de la ira divina, encargada de castigar las culpas de tantos pecadores y la incredulidad de los herejes y masones, y él no es lo uno ni lo otro.

Cuando se restablece una aparente calma y ha dejado de temblar, toma su sombrero negro de copa, su bastón con puño de plata, y sale erguido en busca de noticias. Comprueba que las torres de muchas iglesias se han derrumbado, las paredes de las casas tienen profundas grietas y algunas están a punto de desplomarse. Las viviendas de los arrabales yacen en escombros, y más tarde se comenta que en la ciudad hay cerca de mil heridos y otro tanto de muertos.

En la tarde, cuando todavía se experimentan unos cuantos sacudones, llega la noticia de que la región del norte ha sufrido un terremoto de considerables proporciones; que la mayoría de las poblaciones de la provincia de Imbabura no existen, pues muchas de sus casas e iglesias, con sus calles y plazas han desaparecido tragadas por la tierra. Se dice que Ibarra fue reducida a cascotes, mientras los pocos sobrevivientes aterrados se hallan a merced de bandas de desalmados forajidos que se han dedicado al robo y demás desmanes.

El presidente interino Javier Espinosa —aquél que prefirió renunciar a su cargo durante el gobierno de Urbina, antes que firmar la salida de los jesuitas— ha sido el único candidato llamado a completar el periodo que dejó inconcluso Jerónimo Carrión. Espinosa conoce que en todo el país sólo existe una persona con la suficiente firmeza y autoridad, para poner orden en el tremendo caos de Ibarra y en los pueblos aledaños, y esa persona es la que le ha encumbrado al poder. Acto seguido le manda el nombramiento de Jefe Civil y Militar de la Provincia de Imbabura, y el hombre capaz y autoritario acepta el cargo sin ninguna vacilación y parte como un relámpago hacia el foco del desastre.

Mientras cabalga, sus neuronas funcionan al mismo ritmo que los cascos del caballo. Comprueba la magnitud del terremoto y organiza mentalmente lo que debe hacer y por dónde empezar. Como primera medida ve la urgente necesidad de mantener una comunicación directa y diaria con el gobierno, y va dejando postas que hacen el oficio de los antiguos chasquis. Los mensajes escritos llegan tal cual han salido de su puño, pero los mensajes verbales se reciben al revés o a medias, porque los soldados que no están acostumbrados a correr tan rápido y con el fusil al hombro olvidan lo que deben decir y no cumplen las órdenes como él quisiera.

Ordena que las monjitas de La Caridad de Quito se presenten enseguida, para que se hagan cargo de los centenares de heridos, que deben ser transportados a los hospitales de la capital, mientras se construyen improvisados albergues. Las monjitas que vienen a lomo de mula y rezando el rosario bajo enormes parasoles, y en su mayoría son gordas, tardan dos días en llegar y vienen tan fatigadas que caen al lado de los mismos heridos.

Con la celeridad que le caracteriza, ordena dar con el paradero del gobernador de la provincia y al enterarse de que no está al frente de sus obligaciones porque ha sido el primero en huir e instalarse en la capital, lo destituye y nombra a otro.

Para evitar la peste que amenaza a los aterrados sobrevivientes, inicia la incineración de más de veinte mil cadáveres que se han podido rescatar de los escombros. Hay, sin embargo, algunos deudos empecinados que dificultan la operación, porque se roban los cuerpos putrefactos para enterrarlos por su cuenta ante el temor de que, convertidos en ceniza, no puedan resucitar cuando suene la trompeta del Juicio Final.

Decreta el inmediato fusilamiento de los maleantes y saqueadores que amedrentan a los que han quedado con vida. Algunos huyen y se refugian en los montes, y es necesario enviar piquetes de soldados para perseguirlos.

Manda a Quito en sucesivas caravanas a las viudas enlutadas y a los asustados huerfanitos para que sean atendidos en los asilos, conventos y en casas particulares, pero encuentra el inconveniente de que hay unas cuantas mujeres que se fingen viudas para escapar del desastre, y el Jefe Civil y Militar de la Provincia se ve en la obligación de regresarlas.

Ordena la inmediata reconstrucción de los puentes, caminos y acueductos

destruidos y todos, sin distinción, al lado del ejército, hasta los más empingorotados habitantes, tienen la obligación de trabajar jornadas de doce horas diarias.

Hace un croquis del nuevo trazado de la ciudad de Ibarra y debe enfrentar los reclamos de quienes quieren un solar más grande y mejor situado que el que tenían antes del desastre, pero no pierde el tiempo en escucharlos.

Distribuye las medicinas, los alimentos y las ropas que envían desde la capital y de otras ciudades. A los acaparadores los manda a las cárceles de Quito, y a las familias de conocidos liberales les hace esperar más de la cuenta, aunque al cabo termina por darles las ropas más viejas y los alimentos menos codiciados diciendo: «A estos canallas les he dominado por la caridad cristiana».

Recorre diariamente los sitios afectados por el terremoto para comprobar que sus órdenes se han cumplido fielmente. Cae enfermo como consecuencia de tanto cabalgar bajo el ardiente sol de agosto, discutir con los empecinados y tratar de que los abúlicos y haraganes sean semejantes a él, lo cual humanamente es imposible.

Debe trasladarse a la hacienda de Guachalá para reponerse. Está agotado, ha perdido peso, sufre de insolación y de magulladuras en las posaderas. Es tal el maltrato a que se ha sometido, que le sobreviene un ataque cerebral. Los médicos se alarman y le recomiendan un urgente reposo, pero su obstinación es tan grande que a los pocos días, desoyendo sus consejos y haciendo a un lado las súplicas de sus familiares y el llanto de su esposa Marianita, monta a caballo y regresa a Ibarra.

Su asombrosa actividad es reconocida por todo el pueblo y hasta por sus propios enemigos. Sólo él, con su tenacidad y capacidad de organizar, ha sido capaz de mantener el orden y realizar tantas obras en el increíble tiempo de tres meses. El camino hacia un nuevo periodo presidencial se presenta prometedor y libre de escollos. Además, ha dicho: «Nada omitiré, ni el sacrificio de mi propia vida, por el alivio de tantos desgraciados».

*A*l reunirse un nuevo Congreso, semejante a los anteriores, aunque más virulento, se suceden unas cuantas sesiones borrascosas. Los senadores y diputados discuten y se insultan con groseros epítetos; se dicen calumnias temerarias sin omitir los asuntos personales y de alcoba que salen a la luz pública con todos sus detalles. Utilizando pretextos superficiales se denuncian entre ellos artimañas y corrupciones. Los honorables legisladores, víctimas de la tremenda pasión política, convierten el recinto del Congreso en peleas de mujerzuelas callejeras, mientras los contados legisladores que no participan en la gresca y se declaran neutrales permanecen amedrentados en un rincón. El desbarajuste dura meses, hasta que los obispos se ven obligados a intervenir y mandan pastorales amenazando a los revoltosos con la excomunión, si no se comportan como «padres de la patria».

Gracias a su reconocida actividad durante el terremoto de Ibarra, el ex presidente

de la República resulta elegido senador por la provincia de Pichincha. Entonces recobra su poderío y supera su ánimo abatido, volviendo con más pasión al quehacer político y sabiendo que para permanecer en cualquiera de los dos partidos basta con cambiar continuamente de opinión.

El presidente Javier Espinosa, uno de los hombres más ecuanímenes e ilustrados de su tiempo, el que ha subido al poder sin contendores, y se ha posesionado de la presidencia en un acto solemne en la Catedral de Quito, es aceptado por liberales y conservadores. Se prevee que será un buen gobernante, pero para quien le ha llevado a la presidencia tiene el peor de los defectos: no ha nacido para ser lacayo, es un hombre independiente y de criterio que empieza a gobernar sin pedirle consejos.

El déspota se siente molesto, reconoce que una vez más se ha equivocado en la elección de candidatos. Determina que Javier Espinosa no le conviene. Lo que más lastima su vanidad y le produce un trauma, es que el nuevo presidente, a sus espaldas, porque sí, sin consultarle, ha nombrado como gobernador de la provincia de Tungurahua, nada menos que a Francisco Montalvo, hermano de su odiado enemigo Juan Montalvo, quién dirá: «Dividió al pueblo ecuatoriano en tres partes, la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre».

El nombramiento de gobernador a Montalvo ha colmado la medida. Decide la próxima caída del presidente Espinosa y sin más dilaciones, reúne a sus partidarios para derrocar al gobierno que considera inoperante. Les convence de que Espinosa no es digno de ocupar la presidencia que le corresponde por derecho propio, y al anochecer va con sus partidarios rumbo al Cuartel de Artillería.

Los pasos retumban en las empedradas calles de Quito, como los golpes de tambor cuando los soldados marchan a la guerra. Los habitantes que le han visto pasar con semejante acompañamiento, suponen que se aproxima otra catástrofe, que está por producirse un nuevo drama en el que serán usados para satisfacer la locura de uno en perjuicio de todos. Las mujeres quisieran esconder a sus hombres, y los hombres piensan en cuál de los partidos les irá mejor para adherirse.

Llega al cuartel, golpea la puerta con el llamador en forma de higa. El centinela pregunta quién es, y él responde con la voz del trueno que amenaza tempestades: «Quien quiere salvar a la religión y a la patria».

El guardia espía por la abertura de la garita y sólo ve entre la muchedumbre unos ojos conocidos que despiden relámpagos. Se aturde, tiembla y no tarda en abrir las puertas. Una vez adentro, el que está a un tris de llegar al poder, lanza una de sus más fogosas arengas a la indecisa tropa, utilizando las tan gastadas palabras de Cristo, Dios, María Santísima y la Patria que no dicen nada. Al finalizar así, tan rápido y tan simple, queda proclamado entre vítores y estruendosas aclamaciones Jefe Supremo de la República.

Al amanecer, el pueblo de Quito se sobresalta al enterarse mediante una proclama de todo cuanto ha sucedido en el cuartel bajo la encubridora medianoche. El dictador anuncia que el presidente Javier Espinosa ha cesado en sus funciones, porque se ha aliado con el traidor Urbina, quien nunca ha dejado de conspirar desde la capital peruana. Asegura que él y sus secuaces, se encuentran en el país dispuestos a iniciar una guerra civil, y que para evitar que el país se anegue nuevamente en sangre ha sido proclamado por el ejército leal, Jefe Supremo de la República: «Seguir obedeciendo al Gobierno habría sido favorecer a los traidores, faltar a todos nuestros deberes y cometer el delito de traición a la República».

Antes de que salga el sol y muestre su redondez asombrada, parte a Guayaquil con su grupo de adeptos. Conoce que el foco de la oposición a su persona va a alcanzar niveles alarmantes. El viaje no es precipitado como acostumbra a hacerlo tantas veces, sino que se detiene en cada poblado y en cada ciudad para arengar y convencer a los moradores de que sólo él es capaz de salvar a la República, jura por su honor y ante Dios, que apenas haya restablecido el orden, y los traidores estén en la cárcel, dejará el mando en otras manos. El pueblo, cansado y aterrado ante el anuncio de una nueva guerra civil, hundido en abismos que no tienen salida, se convence del temerario juramento y acepta resignado lo que venga.

Es el último viaje que hace acompañado de su criado Salazar, quien siempre le tiene las mudas de ropa listas para sus viajes y para sus improvisados desplazamientos, junto al caballo bien comido y ensillado. El criado incondicional que sabe de sus secretos de alcoba, que conoce las causas de sus sufrimientos y depresiones, que puede hablar de sus proyectos geniales y planes fracasados, que ha presenciado sus caídas y sus crímenes. El fiel Salazar que ha caminado pegado a sus talones y al que va a fusilar más tarde, porque el criado se ha contagiado de su genio intemperante.

A lo largo del viaje, el grupo de partidarios va engrosándose hasta formar el ejército, que es la solución para disfrazar de oropeles a la incierta y lejana democracia. Al llegar a Bodegas, los que le siguen son unos cuantos centenares que se embarcan en balsas y canoas para llegar más pronto a Guayaquil. No existe en el pueblo mejor ocupación ni mejor deporte que la guerra. Lo trágico es que unas veces los mismos hombres arriesgan su vida por un partido y otras veces mueren en el bando enemigo, mientras los mandatarios, generales y caudillos afianzan su poder y demuestran su autoridad en el paredón, en las cárceles y en el destierro. A su vez, los poderosos son víctimas de los oportunistas y aduladores que en definitiva son quienes los mantienen.

Antes de salir de Bodegas, los serviles que no faltan le informan que en una cantina concurrida hay un canalla que cada vez que se toma un trago, levanta el vaso con descaro y bebe a la salud de Urbina. Sin más averiguaciones, incapacitado para pensar como los acusados, porque está lejos de todos, ordena que el canalla sea inmediatamente fusilado. Las mujeres del pueblo logran convencerle de que se trata

de un inofensivo anciano que es borracho consuetudinario y por lo tanto irresponsable, y la única vez que revoca una sentencia, llega demasiado tarde: el pobre viejo ya ha sido fusilado.

En Guayaquil repite idéntica maniobra que en Quito: toma del Cuartel de Artillería, arenga a la tropa indecisa con las mismas palabras y obtiene el mismo respaldo, aunque el gobernador de la provincia se esconde y prefiere huir, antes que colaborar con el nuevo dictador.

En la confianza de que ha pacificado el puerto, regresa a Quito y se dedica a escribir decretos que consoliden la nueva Constitución que necesita para gobernar sin trabas. Reduce el número de legisladores a treinta, el número preciso de incondicionales con lo que tiene asegurado el absoluto dominio del Congreso. Entre los treinta elegidos se cuentan dos ministros de su nuevo gabinete, un obispo y tres sacerdotes que le respaldan con sus votos y oraciones, más dos cuñados que no pueden negarse. Le urge que la flamante Constitución sea aprobada en el menor tiempo posible. Ordena que los treinta legisladores se sacudan la pereza y trabajen todo el día, sin dejar de hacerlo por las noches, a la luz mortecina de las velas y bajo su voluntad omnipotente.

No es de su gusto que el pueblo le dé el título de dictador, ni tampoco le conviene ostentar el poder con perspectivas ilegales. Se inventa una insólita fórmula de sufragio. Dictamina que no se tomará en cuenta el número de habitantes que hay en las provincias, sino que concede igual derecho a las provincias que tienen miles de habitantes como a las que son casi desérticas, eliminando de esta manera la posibilidad de que algún enemigo se cuele en su gobierno.

Concede al Ejecutivo la facultad de aumentar el número de soldados, que la anterior administración había reducido. Decreta la facultad de allanar y registrar los domicilios ante la primera amenaza de revueltas, y el pueblo temeroso se apresura a cubrir las paredes de sus habitaciones con grabados y estampas religiosas, en desaparecer libros que se encuentren en el índice, objetos que puedan ser comprometedores y en quemar papeles, cartas y periódicos que puedan acarrear sospechas.

Prohíbe toda clase de reuniones que no estén debidamente autorizadas por su persona, y decreta que todos los habitantes que tengan la intención de alterar el orden establecido o de invadir el país desde afuera, serán juzgados militarmente, como sucede en la guerra, y serán fusilados junto con sus cómplices, aunque no esté decretado el estado de sitio.

Esta tremenda Constitución, llamada por el pueblo *Carta Negra*, la octava que se redacta en menos de treinta y dos años de vida republicana, le convierte en un dictador legal y le concede todos los poderes. Se apodera del país y del Congreso. Se

concede la facultad para gobernar seis años, y con derecho a reelección inmediata. Prohíbe el culto público y privado de cualquier religión que no sea la católica, apostólica y romana, vuelve a restituir el decreto de que para ser ciudadano se debe ser bautizado en la fe católica y declara fuera de la ley a las logias masónicas.

Una Junta de Notables —el recurso preferido para excluir al pueblo de toda participación política— formada por sus allegados e incondicionales, le declara Presidente Constitucional de la República. Se posesiona del mando en una misa solemne en la Iglesia de La Compañía de Jesús que dura tres horas, más un majestuoso Te Deum en el que se escuchan pomposos panegíricos y se da gracias a Dios por la transformación que se efectuará en la República.

La República se transforma con ceremonias religiosas que suplen al derecho, pero esta vez «el pueblo imbécil», como acostumbra llamarlo, no se deja envolver en sus maniobras y empieza a respaldar definitivamente a los conspiradores que se multiplican por todas las regiones.

Durante este segundo periodo presidencial, en el que hace más ostensible que nunca su manía religiosa, tiene sin embargo un altercado con el nuncio Vannutelli, ante quien protesta airadamente porque durante los oficios de Viernes Santo no se ha pronunciado ninguna oración especial por el Jefe de Estado. Se niega a asistir con su gabinete a la Catedral para solemnizar con su presencia los oficios de Semana Santa, mientras no se enmiende la falta que considera oprobiosa a la dignidad de su cargo y su persona.

Protesta ante el rey Víctor Manuel II y ante las naciones de todo el mundo por la invasión de Garibaldi, que lucha por conseguir la unificación de Italia, y cuando los Estados del Vaticano son invadidos, decreta que se envíe al Papa prisionero el diez por ciento de los diezmos correspondientes al Estado. Pío IX agradecido le otorga la condecoración de Caballero de Pianna y además le envía, con las respectivas bendiciones e indulgencias, el regalo de las reliquias de San Urcisino, que ha sido exhumado de las catacumbas romanas.

Las reliquias llegan a Quito. Los devotos se preparan a recibirlas con cánticos y alabanzas. Se aglomeran a la entrada de la ciudad. Esperan ver un esqueleto o al menos una urna que contenga el polvo del santo, pero lo que tienen a la vista y les causa pasmo es la maravilla de comprobar que la urna contiene el cuerpo intacto, que ha resistido al tiempo y a la podredumbre de la carne, del niño mártir durante la persecución de Dioclesiano a los primeros cristianos.

La solemne procesión avanza desde la iglesia de Santo Domingo hasta la Catedral. Todos los habitantes acuden a ver al niño que parece dormido y sonriente, contento de estar en la ciudad del mandatario que es amigo del Papa.

Para sellar la alianza de su gobierno con la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, consagra la República al Corazón de Jesús. La ceremonia es uno de los sucesos más encomiados por los conservadores, quienes la consideran el acto de más relieve de su gobierno. El Congreso declara fiesta cívica nacional y hay más

festividades religiosas. El maestro Rafael Salas es enviado a París por el dictador para que perfeccione su arte, y al regreso, bajo sus indicaciones, pinta el cuadro que los jesuitas propagan por todo el mundo católico. La pintura muestra un Jesús con el corazón herido en el centro de una túnica blanca, revestido de un manto púrpura, coronado de una gran diadema de oro, un cetro real en la mano derecha y en la izquierda el globo terrestre con rayos luminosos dirigidos exclusivamente al Ecuador.

El día de la fiesta cívica nacional el mandatario se presenta en la ceremonia luciendo el uniforme de Capitán General del Ejército, se ha ceñido la banda presidencial y exhibe todas sus condecoraciones. Le rodean los obispos, arzobispos y una multitud enorme de tocas y sotanas con sus rosarios y breviarios. No faltan los generales ni los coroneles con sus mejores galas, y al fondo se aglomeran los soldados rasos. Están presentes todas las dignidades nacionales y los representantes extranjeros. En el momento de la consagración de la hostia, el griterío sube hasta los cielos, se echan al vuelo las campanas de todas las iglesias, monasterios y conventos. Los cañones disparan salvas, y él, conmovido, se pone de pie y exclama: «Este es Señor, vuestro pueblo. No volverá sus ojos a otra estrella que a esa de amor y misericordia que brilla en mitad de vuestro pecho».

Consolidado su poder, sus preocupaciones no son solamente las de manejar los problemas políticos a su antojo, sino que llevado de su desenfreno moralista interviene en los asuntos caseros, impropios de su cargo. Controlado el asunto de los amancebamientos y deslices sexuales en su primera gestión, no tarda en introducirse como si fuera una comadre en las mezquindades de los indefensos ciudadanos, cometiendo a diario infinidad de arbitrariedades que dejan sin aliento al asombrado pueblo, pero necesita recalcar su autoridad, reinar para librarse de sí mismo, y sólo consigue que el descontento llegue al límite.

Su injusta actitud con Marcelino Cuadrado sume a los campesinos de Ambato en el mayor desconcierto. Ha sorprendido al campesino arañando la tierra para que el agua de una acequia humedezca su terreno erosionado. Supone que es un ladrón y está apoderándose del agua que no le corresponde. Se apea del caballo, toma la fusta y le azota hasta cansarse. El campesino le explica entre lamentos que el agua es el residuo de una acequia que no perjudica a nadie. Los azotes resultan gratuitos, la pena es más dura que la culpa, y por si tiene otras culpas escondidas, le impone una multa de veinte y cinco pesos, pero como Marcelino no los tiene, debe ir a la cárcel.

Destierra a las islas Galápagos a un joven de Cuenca que no tiene más delito que el de ser galán empedernido y ha sido acusado por una beata de dar serenatas a solteras y casadas. No puede tolerar esos deslices, porque nunca dio una serenata y de nada sirve el argumento de que no hay leyes que condenen cantar al son de una guitarra.

Descarga con frecuencia sus instintos agresivos contra su criado Salazar. Los dos han llegado a cansarse de la mutua compañía. El tirano no está facultado para apreciar lealtades. Salazar ha recibido un bastonazo en la espalda y golpes de objetos lanzados a la cara. El criado ha dicho basta y ha preferido ingresar al ejército, pero debe fusilarle, porque ha cometido una falta imperdonable. Siguiendo su ejemplo, propinó una bofetada a un alto jefe militar. El ofendido exige que se le sancione, el criado pide un indulto a su antiguo patrón, y el patrón que puede conseguirlo, lo niega, porque ya ha decidido fusilarle. El día de la ejecución de Salazar permanece arrodillado en la Catedral durante horas y reza por el alma del criado. Es evidente que después de tantos años de servicio le tiene un cierto afecto y acaso le duele la medida, pero su personalidad intolerante y fanática es una coraza que le impide ser permeable a cualquier acto de clemencia. Y cuando escucha la descarga y sabe que Salazar yace en tierra acribillado por las balas, hay mil maneras de quedar en paz con su conciencia y la más convincente ha sido darle el empujón de sus oraciones para meterle en el cielo.

En las reuniones y en las asambleas, la palabra es sólo para él y los demás permanecen mudos, su voluntad se impone y los demás acatan. Alguna simple observación la considera como ofensa y es capaz de arrojar su caja de rapé al rostro de cualquier incauto impertinente.

Por supuestas complicidades con sus enemigos encarcela o somete a crueles simulacros de fusilamiento, como sucede con don Nicolás Espinosa, ministro de la Corte Suprema, amigo en sus años juveniles, desde las conspiraciones contra Flores, y paciente médico de cabecera de sus cuñadas.

Encarcela a periodistas cuando publican escritos que no son de su agrado, como es el caso de Eduardo Tama, director del semanario *El Rosicler* de Guayaquil que publica un artículo en el que se pone en duda la infabilidad del Papa. A él le parece una blasfemia, le ordena que entregue al autor de dicho artículo y le mande a Quito engrillado y escoltado con la tropa que envía para que los mismos soldados le conduzcan en calidad de desterrado a las selvas del Napo. Tama le contesta con un cierto matiz de ironía, que no puede hacerlo porque el autor es nada menos que don Emilio Castelar que está en España. Entonces castiga a Tama mandándole a la cárcel.

Se ensaña con el cuencano Francisco Proaño Márquez, director del semanario *La Nueva Era*, órgano oficial de una Sociedad Literaria, porque ha publicado un artículo sin firma responsable en el que se exponen los peligros de que el déspota pueda ser reelegido. El periódico cae en manos del aludido, quien exige que se delate al autor, y como Proaño se niega, ordena su captura junto con la del subdirector Miguel Valverde. Los dos jóvenes son encerrados en la cárcel pública de Guayaquil, donde por entonces también se encarcela a los dementes. Al cabo de dos meses de insufribles tormentos, el peor de los cuales es escuchar los ayes y alaridos de los locos, el fiscal los declara inocentes.

El dictador no está conforme y pide que se les traslade a Quito. El juez protesta

aduciendo que ya han cumplido el castigo y que no se les puede privar de sus jueces naturales, por lo que prefiere presentarle la renuncia en protesta. El caso se convierte en escándalo. Los dos jóvenes se niegan a delatar al autor. El castigo es condenarles a un destierro perpetuo al Perú, pero deben ir por el terrible camino al Napo. La escolta les abandona en lo más intrincado de la selva, y cuando están agonizantes por la falta de comida y por las enfermedades, con los tobillos lacerados por el peso de los grillos, un campesino les encuentra y les socorre. Después de cuatro meses logran llegar a Iquitos. Proaño ha perdido cuarenta libras y Valverde cincuenta. Al llegar a Lima, la colonia de desterrados políticos hace una colecta para internarles en un hospital. Proaño y Valverde se convierten en los únicos sobrevivientes que han podido escapar de esas selvas infernales, el sitio preferido del tirano, donde mueren los que no han sido fusilados.

En su fanatismo, no sólo se ensaña con sus conciudadanos, sino que caen bajo su animadversión los extranjeros que no profesan su mismo credo. El ministro Wing, representante diplomático de los Estados Unidos, es protestante y no puede ser de su agrado por hereje. Además, la policía secreta le ha informado que Wing acostumbra a reunir en su casa a un grupo de jovencitos trasnochadores, con los cuales acostumbra a beber y jugar billar hasta altas horas de la noche, despertando a los vecinos con estruendosas carcajadas. El que tampoco duerme, porque está vigilando, se ve en la obligación de erradicar esas costumbres licenciosas que constituyen un escándalo y un mal ejemplo para la sociedad quiteña. Manda una carta al Presidente de los Estados Unidos en la cual le reclama por haber enviado al país a un representante diplomático indigno y, además, borracho. El presidente norteamericano remite la carta a Wing, quien se ve en la necesidad de pedir una audiencia para justificarse o para aclarar los entredichos. La petición de audiencia se queda sin respuesta. Wing sabe que ha caído en desgracia, y conociendo los procedimientos que emplea el mandatario, compra un par de pistolas para defenderse, pero a los pocos días amanece muerto.

Una junta de médicos se prepara para efectuar la autopsia, pero el mandatario prohíbe que le abran el vientre. Ordena que sólo le destapen el cráneo, que informen a las autoridades norteamericanas que su muerte ha sido ocasionada por el exceso de alcohol y que sea enterrado inmediatamente en el panteón de los protestantes. La casa donde ha muerto el diplomático se convierte en un lugar maldito, nadie se atreve a entrar en ella y permanece abandonada durante años, porque se dice que es la guarida del demonio.

El pueblo ha sido zarandeado de palabra y obra. Llega al límite de la tolerancia y está enardecido. No hay remedio cuando aparece el desacuerdo entre el que manda y la masa. Los intentos revolucionarios se extienden por toda la República. La locura

del poder ha empezado con el deseo de gobernar y debe terminar con la locura de exterminarlos a todos.

Al poco tiempo de regresar de Guayaquil, con la creencia de que ha pacificado esa ciudad, estalla la revolución que venía preparándose desde el instante en que se declaró dictador. En el levantamiento participan ciudadanos de todas las edades y condiciones sociales con armas enviadas por Eloy Alfaro desde Panamá. La revolución ha sido liderada por el general José de Veintemilla, ex ministro de Jerónimo Carrión y hermano de Ignacio Veintemilla, que más tarde llegará a la presidencia. Se combate en las calles durante horas, otra vez se amontonan los cadáveres y se desangran los heridos, pero la revolución fracasa porque una bala perdida mata el jefe del levantamiento.

En Quito se trata de sofocar la revolución atribuyendo el desorden como siempre a intrigas de Urbina. Se decreta el destierro de los dos cabecillas principales, uno de ellos es Manuel Cornejo, quien se traslada a Panamá desde donde seguirá conspirando con Eloy Alfaro. Al otro, que es Ignacio Veintemilla, se le cambia la orden de destierro por la confinación en una de sus haciendas.

Cuenca está lista para unirse al movimiento revolucionario que es preparado por estudiantes y obreros, quienes se apoderan del cuartel y del edificio de la Gobernación. Pero las comunicaciones demoran en llegar a Cuenca y los revolucionarios arrestan al gobernador Ordóñez, amigo ocasional del dictador, al jefe político y demás funcionarios. La opinión pública se ensaña contra Ordóñez. Entre los adversarios figura un hermano del obispo. El obispo amenaza con la excomunión de los más violentos. El gobernador Ordóñez declara a la ciudad en estado de sitio y destierra al obispo, quien sale al destierro, pero antes, excomulga al gobernador Ordóñez.

Las tropas del gobierno tratan de imponer orden y combaten contra los revolucionarios, que son fácilmente derrotados. El gobernador Ordóñez recibe tres heridas de bala. No sucede lo mismo que en Quito, donde tres de los cabecillas son fusilados públicamente, se destierra a unos cuantos, a otros se los condena a varios años de prisión y a los más afortunados se les somete a trabajos públicos, frente a lo cual el dictador exclama: «Podemos y debemos perdonar las ofensas personales, pero no podemos ni debemos olvidar que respondemos ante Dios y la sociedad, de los crímenes que se cometen por nuestra falta de rectitud».

*A*unque el hombre más fuerte del país se ha proclamado presidente constitucional, el pueblo le sigue considerando dictador. Aunque ha eliminado a gran parte de sus opositores, a unos con la cárcel, con el paredón a otros y a los más con el destierro, quedan los que se han refugiado en Colombia. Entre estos refugiados se encuentra Juan Montalvo, quien no ha cesado de atacarle con su afilada pluma. El

dictador ha reconocido la calidad poco común del enemigo y empieza a perseguirle. Antes cae en la tentación de también atacarle por escrito, comete el disparate de enviarle en forma anónima unos versos extravagantes, impropios de quien se considera hombre serio y que además ostenta la primera autoridad de la República. Lo más insensato es que no tiene en cuenta que Montalvo ataca con su pluma de esteta y que el soneto, dedicado al *Cosmopollino*, después de la lectura de *El Cosmopolita*, es lamentable:

*Cuando fue Sancho al Campidoglio,
En ansiado y menguado, triste rato,
Vio tendido un eunuco y triste gato,
Que le puso la testa en un imbrioglio.*

*Y miró con grandísimo cordoglio
Una oveja, tres búfalos y un pato,
Y las ranas, lo mismo que en Ambato,
Lo cual, sin duda le llenó de orgoglio.*

*Y vio, por fin dormido en una pata,
Un gallo ¡oh maravilla! y el tal cuento,
Con su pata de gallo así remata.*

*Pues ¿quieres, Juan, que diga lo que siento?
Si te viste tú mismo, yo discurro
que debiste también ver a un burro.*

Montalvo es considerado como el más hereje y satánico de sus enemigos. Al verle por las calles, las beatas de Ambato se santiguan, cambian de acera o retroceden asustadas. Aseguran que tiene tratos con Lucifer y que al caminar deja tras de sí un penetrante olor a azufre. Montalvo puede librarse de algunos atentados y para salvar su vida se asila en la Legación de Colombia. Lo único que lleva consigo es una carpeta que contiene sus escritos. Días después sale para Tulcán, donde encuentra algunos amigos que le favorecen. Le duele recibir ayudas económicas, lo hace con vergüenza y siempre recalca que el dinero que recibe es un préstamo.

Más tarde pasa a Ipiales, un pueblito cercano a la frontera, y se refugia en él. Es la etapa más dura de su vida. El desgarramiento que sufre se hace más profundo, el adiós a la tierra, a la familia y al paisaje, no se iguala al de otros desterrados, porque Montalvo tiene una sensibilidad rayana en la hiperestesia. En una carta a su amiga, la condesa Emilia Pardo Bazán, se retrata tal cual es: «Con los perversos he sido implacable, pero pregúnteme usted si le he quitado la vida a un pajarito, si he pisado adrede a una hormiga».

Y es más duro el destierro, porque ha salido con los bolsillos vacíos. La vida de

Montalvo está signada por la pobreza y sabe que el exilio será largo. En Ipiales acostumbra a hacer largas caminatas por parajes desolados donde puede llorar sin que le miren. Cuando está exhausto y dolorido, se tiende en cualquier prado y deja pasar las horas. Durante mucho tiempo se alimenta sólo de papas hervidas y sorbos de café, porque le duele comer lo que no ha ganado con el sudor del trabajo que no tiene.

Durante su destierro en Ipiales hace dos viajes de importancia costeados por los enemigos del dictador. El uno hacia Lima, donde se entrevista con Urbina para preparar la caída del tirano, y el otro hacia Panamá, donde conspira con Eloy Alfaro. Luego, gracias a la generosidad de este, puede hacer su segundo viaje a Europa.

El destierro de Montalvo dura quince largos años, en los que escribe en impecable prosa e indomable brío *Los siete tratados, Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes* y otros ensayos contra el déspota. Las páginas de *El Cosmopolita* están dedicadas en su mayor parte a combatir el estado de postración en que vive su patria. Ataca la falta de dignidad de los políticos, ajenos al bien del pueblo; las revoluciones que destruyen a amigos y enemigos de un régimen contra el cual toda lucha armada es imposible; ridiculiza los congresos formados por incondicionales y parientes que aplauden los crímenes; lamenta el cúmulo de muertes, destierros y azotes que envilecen al pueblo; critica las difamaciones que se escuchan a diario y le duele en lo más íntimo la falta de libertad y las cadenas con que se pretende aprisionar al pensamiento.

El periódico *Star and Herald* de Panamá publica un artículo elogiando la personalidad y la labor realizada en el gobierno del déspota ecuatoriano y propugna su reelección. Montalvo se enfurece y no tarda en escribir el tremendo folleto *La tiranía perpetua*, que se edita con la ayuda económica de Eloy Alfaro. Allí hace un recuento de los crímenes cometidos con Ayarza, Maldonado y Borja; las alocadas guerras de Tulcán y de Cuaspud, las cartas a Trinité y demás aberraciones: «El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo y el demonio sobre el tirano».

Aunque la policía secreta se vale de todos los medios para impedir que la *La tiranía perpetua* entre al país, se cuelan unos pocos ejemplares clandestinos en las valijas de los viajeros. Hay un grupo de jóvenes universitarios que se juntan en secreto y los leen con avidez, se exaltan con las palabras del desterrado y hacen el solemne juramento de derrocar al dictador, aunque sea a costa de sus vidas. Son jóvenes idealistas, sin más ambición que romper las cadenas y limpiar el país de «los diez mil curas italianos, veinte mil jesuitas y cien mil monjas que hay en el Ecuador».

La tiranía perpetua se propaga en copias a mano y en imprentas clandestinas y empieza a circular profusamente. En poco tiempo, un grupo de jóvenes entusiastas liderados por Manuel Cornejo, Roberto Andrade, Abelardo Moncayo y Manuel Polanco hacen suyas las palabras burlonas de Montalvo. Ante el recuento de los actos de crueldad y la presencia del fanatismo religioso, unidos por el ansia de libertad y acicateados por la predicción, casi profética, de la muerte del tirano, se preparan para

eliminarle: «No se va todavía, la esfinge no se mueve; su castigo está madurando en el seno de la Providencia; más yo pienso que se ha de ir cuando menos lo acordemos, y sin ruido; ha de dar dos piruetas en el aire y se ha de desvanecer dejando un fuerte olor a azufre en torno suyo».

*S*e ha terminado el invierno en las selvas orientales. Los senderos pueden ser transitados sin que los caminantes sean tragados por las ciénagas, pero hay que apartar la maleza que ha invadido todos los espacios e inventar otros derroteros.

Un hombre, convaleciente de malaria, camina dando traspiés con un atado de ropa y un machete. Después de meses de caminar sin rumbo, puede salir de la selva y llegar a la población de Pifo donde se desploma. Aún está débil y debe detenerse a reponer sus fuerzas antes de llegar a Quito. Ya en la capital no va a su casa, se aloja en una humilde posada y desde lejos vigila a su esposa, a quien ha decidido decapitar por adúltera. Pero también se entera de que el dictador, después de consumado su capricho, ha olvidado a Mercedes Carpio. Ella ha dejado de ser la amante del hombre más poderoso del país, y se dice que espera un hijo que nacerá sin padre. La mujer tan colmada de privilegios mientras el esposo se consumía en la selva de enfermedad y de penalidades, se debate ahora entre la pobreza y la vergüenza.

El hombre alcanza a mirar de lejos a su hijo, comprueba que ha crecido y es un lindo chicuelo. Se parece a él, tiene los ojos claros y el pelo alborotado y rubio. Los ojos del padre se llenan de lágrimas y decide cambiar de planes. No puede matar a la esposa infiel, porque su pequeño hijo se quedará sin los cuidados de la madre. Debe nacer el hijo del tirano para mayor vergüenza de ella, y debe matar al seductor.

La venganza tarda, pero está en camino. Nada impide que mate al que fue su compadre, porque a quien va a matar es un muerto. Sabe con certeza que hay más de dos grupos de conspiradores que han jurado eliminarle. Si uno de los grupos falla, quedará el otro, y si ambos fracasan, entonces no le temblará la mano que empuña el afilado machete. Faustino Lemos Rayo simplemente está a la espera del día señalado y ha repetido ante testigos: «Día ha de llegar que asesine a este bandido por quien he sufrido tanto».

*P*or entonces las conocidas actitudes del dictador han tomado un giro insospechado, a tal punto que ha perdido el interés de gobernar e imponer su férrea disciplina como antes. Su nueva y más grande aspiración es la defensa de la religión católica. Tiene el convencimiento de que su muerte está decretada por la masonería. Su policía secreta le informa a diario lo que sucede en la capital y otros lugares. Los infundios y mentiras se multiplican: aseguran que una logia masónica de Alemania,

en contacto con las de Lima, ha mandado seis mil pesos para apurar su muerte. El tirano presiente que su hora final está cercana y supone que si no es por mano de los masones, será de sus enemigos, y acaso también del pueblo ignorante e ingrato, pero no teme. Presiente que va a morir y, aún más, ha llegado a desearlo. Escribe una carta a su amigo Juan Aguirre: «Voy a ser asesinado. Soy dichoso de morir por la Santa Fe (...) Nos veremos en el cielo...».

Se dedica con vehemencia a la preparación de su encuentro con la muerte y a su entrada al paraíso. Oye misa diariamente y comulga. Ayuna los cuarenta días que dura la cuaresma. Deja a un lado sus ocupaciones gubernamentales, cuando escucha el sonido de la campanilla que agita uno de los tantos monaguillos que caminan delante del cura que lleva el viático a los moribundos, y aunque el trayecto sea largo y las funciones de Estado demanden su atención urgente, suspende toda actividad y obliga a sus edecanes y ministros a engrosar la procesión del santo viático.

Antes de acostarse reza el rosario y medita largamente en los misterios. Lee a Kempis, el libro preferido de su madre. Lunes, miércoles y viernes —se presume por un papel encontrado en su escritorio después de su muerte— se desnuda la espalda y se azota hasta cansarse. Viernes y sábados se coloca un cinturón de clavos alrededor de la cintura.

Deja la dura cama antes de las cinco de la madrugada y a las siete está trabajando en su despacho. Desayuna apenas, enfrascándose en la lectura de los diarios y hojas sueltas; a las nueve y media de la mañana almuerza con su esposa Marianita, reconcentrado, sin pronunciar palabra, en la espantosa soledad de dos en compañía. A las cinco de la tarde toma una cena tan frugal como la de cualquier mendigo y a las nueve de la noche rechaza el tazón de espumoso chocolate que le sirven.

Se confiesa con frecuencia y reconoce que su mayor pecado es el orgullo. Antes de encamarse se arrodilla y se dedica con frenesí a la ingrata faena de besar el suelo. Combate contra su otro pecado: la lujuria, y Mañanita del Alcázar, cansada de esperarle en la cama, opta por ignorarle. Considera, dentro de su estoica formación cristiana, que el menester de la salvación de las almas es más urgente y necesario que las necesidades de su cuerpo joven que un día ha de servir de pasto a los gusanos.

En uno de sus continuos viajes, al pasar por un bosque de Nanegal se detiene a contemplar un corpulento árbol de roble en forma de una cruz perfecta. Lo mira y remira asombrado. Se imagina que es una señal evidente de que ese árbol ha crecido con esa forma especial, para que él lo use. Es una señal palpable que le envía la Providencia para que convierta a la fe y meta al seno de la Iglesia a la multitud de pecadores pervertidos que constituye todo el pueblo. Él está llamado a dar ejemplo de esa religiosidad que se ha perdido y que hace falta.

Manda a cortar el árbol y trasladarlo a Quito. Después de una Cruzada de Redención por la Cruz de Cristo que han predicado los padres redentoristas en la Catedral, se le ocurre organizar una procesión por las calles para que el pueblo siga su ejemplo de penitencia y se convierta.

A la cabeza de la procesión asoma un conjunto de soldados que llevan cometas y tambores y entonan solemnes marchas fúnebres. La cruz mide seis metros de largo y un pie de espesor y es tan pesada que el campesino más forzado casi no puede levantarla. La procesión sale de la Catedral y rodea las calles principales. Detrás de la cruz que carga el Presidente caminan los edecanes, los ministros y los altos jefes militares. Trescientas mujeres piadosas vestidas de negro llevan parpadeantes velitas de sebo y acompañan el cortejo entonando el *Magnificat* y el *Miserere*. El ministro Javier León hace con la mayor fidelidad el papel de Simón Cirineo, y el mandatario con la cruz al hombro camina lentamente tratando de asemejarse a Cristo, aunque ha tenido suficiente lucidez como para no vestirse con túnica ni llevar la corona de espinas; sólo lleva el sombrero de copa que usa.

Los espectadores se sobrecogen ante el insólito espectáculo de la primera autoridad de la República bajo el peso de la maciza y formidable cruz. Casi no puede caminar, va dando traspiés, se tambalea, el hombro está llagado y su rostro empapado en sudor. Unas mujeres del pueblo, queriendo emular a la Verónica en el camino hada el Calvario, se acercan respetuosas y transidas de piedad le enjugan las gotas de sudor que ruedan por debajo del sombrero. El ministro Javier León hace lo que puede, a él nadie le seca los sudores ni tampoco le compadecen, pero en sus adentros camina maldiciendo la descabellada idea.

La procesión compuesta por unas seis mil personas avanza con una lentitud desesperante. El mandatario debe caminar más cuerdas, y aún le falta el camino de regreso. El fúnebre cortejo pasa delante de una fonda y se detiene. La fondera compadecida va en busca un poco de agua y no la encuentra, sólo tiene a mano el caldo de gallina que sirve a sus comensales. Lo vierte en un pocillo y corre a ofrecerle. El «Mártir del Gólgota» —como le llaman sus admiradores— sorbe agradecido, pero al sentir que no es el agua para aplacar la sed, sino un substancioso caldo, lo escupe asqueado y lanza una mirada fulminante a la mujer que no entiende por qué ha escupido su caldo, y se queda más triste y ofendida.

Más allá, dos mozos incorregibles, de los que nunca faltan, comentan que han creído ver una pechuga en el caldo de gallina. No pueden contener las irreverentes risotadas, y en el acto se presentan dos gendarmes que los llevan maniatados a la cárcel.

*S*ucede que a veces los médicos agotan sus conocimientos y mueven derrotados la cabeza. Sucede que ante el lecho de enfermo se pide desesperadamente a los bienaventurados el milagro que no llega y hasta hay que recurrir a los antiguos consejos de las curanderas, y todo resulta vano. Después de una larga enfermedad, muere la pequeña hija del tirano y ante el llanto inconsolable de la madre, el padre se sume en un estado de postración que inspira lástima. En su abatimiento se pregunta

sin encontrar respuesta por qué la despiadada muerte se llevó a la inocente y le dejó a él, a él que se sabe viejo, que se siente cansado y que quisiera irse, a él que se siente solo y sabe que si cae no habrá quien le levante, mientras permanece rodeado de enemigos que claman por su muerte.

En los exámenes de conciencia que acostumbra hacerse antes de entregarse al sueño no cesa de preguntarse qué pecado cometió, si él no es semejante a los otros. Por qué se le castiga, si él busca salvar a la República. Por qué los arcanos de su Dios son tan impenetrables que le sumen en la desesperanza. Siente más que nunca el peso de una existencia incomprendida por el *pueblo imbecil*. Pero debe rendirse ante los designios de la voluntad divina, con el sabor amargo de saber que todos sus afanes han sido y son inútiles y sólo le queda la misión de luchar por la religión católica, que le abrirá de par en par las puertas de los cielos, aunque el precio que ha de pagar es demasiado grande y le faltan fuerzas.

Desde entonces vive deprimido y no presta la menor atención a las recomendaciones de los familiares que le aconsejan y le suplican que se cuide, que salga con escolta, que no frecuente los lugares desolados ni las muchedumbres, porque los avisos de que atentan contra su vida llegan a diario y por distintas vías. Pero él quiere morir, y ha llegado, en los impulsos de su voluntad omnímoda y en el repudio a la vida, a decretar su muerte.

La Muerte, el tétrico personaje que ronda a diario por las calles empinadas y tortuosas de la ciudad de Quito, la que no falta por los campos y los pueblos; la que no tiene descanso después de las batallas; la que se mete en los zaguanes empedrados y oscuros de las casas opulentas y de las viviendas humildes; la que anida en la penumbra de los corredores y en las arcadas de los conventos y vive encaramada en las elevadas cumbres del Pichincha, vigilando que no cambie el color de la tristeza, impide la presencia de la vida que se ha quedado aletargada durante los quince años de su dominio.

Esa mujer vestida de negro, con rostro de calavera y la inseparable guadaña, tiene atrapada a la ciudad en una sicosis colectiva. La ciudad ha adquirido la apariencia de un extraño manicomio. Ligdano de Larrea y Vela, un caballero entrado en años, enfermo y más bien tranquilo, un buen día se vuelve paranoico, salta de su cama con un vigor desconocido y se encarama en el tejado de su casa situada en la Calle del Correo. No hay fuerza que le detenga, ni súplicas que le calmen. Sube gateando al tejado de dos aguas por el difícil camino de los gatos, y haciendo equilibrios con los brazos extendidos y su camisón de dormir inflado como un globo por el viento, se pone de pie y empieza a gritar como un poseso: «Van a matar al loco... Han matado al loco...».

Todos los habitantes de la ciudad saben a quién alude el grito y se pasman al mirarle y escucharle. Algunas mujeres crédulas suponen que ha llegado la hora anunciada y corren apuradas a la casa de la señora Castrillón, a quien tienen por vidente y dicen que no falla en sus agüeros; le acosan a preguntas y le exigen que dé

los pormenores de esa muerte. La vidente, que aún no ha visto nada, sufre un ataque de histeria, sale a las calles despeinada, sin pantuflas, a medio vestir, y empieza a gritar lo mismo que está gritando el anciano que se niega a bajar del tejado y está a punto de caer.

Toda la ciudad se dedica a conjeturar, predecir y esperar lo que desea. Los planes para el tiranicidio se convierten en un secreto a voces. Se inventan historias y exageran. La policía secreta tiene más trabajo que nunca, va de un lado a otro buscando a los conspiradores y a los posibles asesinos, y el que va a morir está lejos del mundo, preparándose a entrar con paso firme y decidido al reino de los cielos.

El grupo de jóvenes universitarios que se han juntado en la clandestinidad para poner en práctica sus planes después de la lectura de *La tiranía perpetua*, se han puesto de pie y han hecho el solemne juramento de eliminar al déspota, aunque mueran en la empresa.

Manuel Cornejo Astorga, aún no cumple los veinte y seis años. Es amante de las causas nobles y desde un comienzo se opone al tiranicidio, es partidario de que se le tome prisionero, se le juzgue y luego se le obligue a la renuncia de su cargo.

Roberto Andrade, de apenas veinte y dos años, es el defensor de la libertad, de los valores de la patria y es el que encauza con mayor decisión los dardos disparados por la pluma de Montalvo hacia el pecho del tirano. Años más tarde se convertirá en el cronista de las revoluciones liberales y esclarecerá los detalles de esa muerte.

Abelardo Moncayo, tan joven como los otros y tan amante de una patria libre, es el filósofo de las ideas liberales. Ha hecho sus estudios con los jesuitas. Compañero del gran historiador González Suárez, clasifica y ordena con él la Biblioteca Nacional. Entra en la Compañía de Jesús y se separa de ella a los ocho años, escribiendo al Superior: «Dispense que le diga, que es diferente nuestro modo de pensar; ni los jesuitas hallan solidez en mi modo de pensar, ni yo en la de ellos, y ellos y yo lamentamos nuestra mutua ceguedad. Diré mejor: admiro a la Providencia divina en la repartición de sus dones, porque si todos pensaran como yo, no habría jesuitas en el mundo».

Manuel Polanco, de porte aristocrático, tenaz voluntad, clara inteligencia y extraordinaria simpatía, fue partidario del tirano y ahora es el alma de la conspiración. Está de acuerdo con los otros en llevar a cabo un inmediato tiranicidio. Ejerce la abogacía y cuenta con rentas propias. Está al tanto de otros grupos que conspiran y tiene la suficiente habilidad para organizarlos.

Juan Montalvo se expresa de él: «Señorita no hay más modesta y pulida que Polanco. Con traje femenino hubiera sido una buena moza: ¡qué cara tan bonita! [...] Es una chiquilla, una novia llena de mansedumbre y dulzura ¿quién le metió en conjuraciones y muerte de hombres?».

Los juramentados son jóvenes de vidas intachables, de familias conocidas, incontaminados por la corrupción de los políticos. A ninguno le mueve el ansia del poder, tampoco persiguen cargos públicos, ni piensan que son héroes. Se pueden considerar autodidactas y aunque se formaron bajo la férrea disciplina intelectual de los jesuitas, se han nutrido de las ideas montalvinas. Son notables escritores, idealistas y románticos, enamorados de la libertad, y dispuestos al sacrificio de sus vidas.

Preparan la conspiración en el mayor sigilo. Han jurado que no descansarán hasta cumplir sus planes. Tienen en cuenta hasta el más mínimo detalle. Han hecho ensayos y cronometrado el tiempo; ninguno de ellos tiene armas, en último momento se ven obligados a adquirirlas y las que encuentran no son de las mejores.

Unos avisarán a otros el momento en que el tirano salga de la casa de su suegra situada a un costado de la Iglesia de La Compañía. Dos complotados le esperarán ocultos tras la cruz que está en la esquina y harán uso de sus armas. Si los disparos fallan, otros dos permanecerán ocultos con sus pistolas en una de las tiendas de la calle que conduce al Palacio de Gobierno. Luego, cuando el plan se haya realizado, mediante un comunicado oficial darán aviso a las guarniciones de Guayaquil y Cuenca que están sobre aviso. Recibirán el respaldo de toda la República y convocarán a elecciones.

Pero el primer atentado de la conspiración no se lleva a cabo y fracasa. Hay opiniones contrarias, la mayoría es partidaria de la eliminación instantánea del tirano, porque saben que mientras esté con un hálito de vida, ninguna revolución será posible. Hay otros que insisten en tomarle prisionero, juzgarle en una asamblea pública y después ejecutarle.

Lejos de desanimarse, los complotados se ponen de acuerdo y preparan un segundo atentado. En pocos días se juntan alrededor de ochenta partidarios. Están todos los jóvenes que han sufrido en carne propia, o han visto sufrir a los suyos, los atropellos del déspota; está el hijo de Juan Borja, que aún llora el martirio de su padre. Están todos los que anhelan una patria donde sea posible vivir sin mordazas ni cadenas, sin experimentar la humillación del látigo, el dolor del destierro, sin la acechanza de la muerte en cada esquina y sin la infame utilización de los preceptos religiosos.

A última hora se junta a los complotados una agraciada joven de veinte años, que está dispuesta al sacrificio de su vida. Se trata de Juanita Terrazas, es hermana de un cura que también conspira. Ha convencido a su amante, el coronel Francisco Sánchez, segundo jefe del batallón que tiene su cuartel a un costado del Palacio de Gobierno, que se junte a la acción de los jóvenes. Él le había confesado el proyecto de preparar una sublevación entre las tropas con quinientos veteranos que tiene a su mando. Con la adhesión de Sánchez, Juanita Terrazas se convierte en el enlace entre los jóvenes conspiradores y el ejército.

A pesar de que Sánchez ha comprometido su palabra, parece amedrentado,

empieza a desconfiar de la juventud de los complotados, y para su seguridad exige algunas condiciones. Pide, entre otras cosas, que sean los civiles y no los militares quienes se responsabilicen del atentado. Los jóvenes se ven obligados a enviar a Manuel Polanco para que les represente, y cuando deben ultimar los detalles, Sánchez no acude a la cita. Días después, sorpresivamente, manda a Juanita con el mensaje de que la acción tiene que llevarse a cabo el 6 de agosto, día en que estará de guardia en el cuartel cercano al Palacio de Gobierno y también será el responsable de la vigilancia de los otros cuarteles.

A su vez, los jóvenes, con Polanco a la cabeza, también han empezado a desconfiar del militar, que parece escudarse en una máscara, y que no manifiesta la decisión que esperaban. Ninguno conoce con certeza cuáles son sus antecedentes y les parece poco confiable. Sánchez está acostumbrado a ser el subalterno que obedece órdenes y al obedecer órdenes compromete su libertad de pensamiento. Mas Juanita Terrazas les disuade, destruye todas las incertidumbres y las dudas y asegura que conoce y responde por la integridad de su amante. Los complotados quedan convencidos, la actividad de la joven es infatigable entre el ir y venir llevando consignas y mensajes, y sobre todo, es quien más les alienta en la arriesgada empresa.

Todo está preparado. El tirano suele salir de su casa en la plaza de Santo Domingo, a sólo cinco cuadras del Palacio, dos horas después del almuerzo, a las once de la mañana.

En la madrugada del 6 de agosto de 1875 se escucha el grito del sereno que hace la ronda por los portales del Palacio de Gobierno, anunciando las novedades y el paso de las horas:

—¡La una de la mañana y sereno!... ¡Las dos de la mañana y sereno!...

Otro del mismo oficio grita lo mismo por las otras calles. Sin embargo, nada está sereno. Los habitantes se consumen en pesadillas y desvelos como si el aire de la noche estuviera cargado de negros presentimientos.

Una ventana que da a la Plaza de Santo Domingo, permanece iluminada. Es la del mandatario que da los últimos retoques al *Mensaje* que debe pronunciar ante el Congreso el 10 de agosto, aniversario de la Independencia y día en que se instala el mismo. Escribe con su acostumbrada vehemencia; lo ha redactado con la minucia y el poder de sugestión que le caracterizan. Ha enumerado una a una las obras que ha realizado, de las que puede vanagloriarse. Anota que en relación con la instrucción pública, el número de alumnos primarios ha aumentado en sus seis años de mandato, de trece mil cuatrocientos noventa y cinco, a más de treinta y dos mil alumnos. Subraya los inicios del ferrocarril, que por fin unirá la Costa con la Sierra; la construcción de los caminos y carreteras que juntarán a los pueblos abandonados con las ciudades principales; el tétrico Panóptico, que desde entonces llevará su nombre;

el Observatorio Astronómico, la reapertura de la Universidad Central, el cementerio de San Diego.

Tampoco está sereno el ambiente detrás de otra ventana iluminada. Es la habitación de Roberto Andrade que junto a Manuel Cornejo escriben las ardientes proclamas que se repartirán por la ciudad en cuanto se concrete el atentado. También han redactado sus respectivos testamentos, y como no tienen ganas de morir, se han secado algunas lágrimas traicioneras, que a pesar de los esfuerzos no han logrado detener. Han comprobado que tienen las armas necesarias, aunque malas. No les llega el sueño y se obligan a tenderse en el lecho. Tratan de dormir para que el pulso no les tiemble cuando disparen al pecho del tirano.

Hay una tercera ventana iluminada que no se ve desde la calle, porque está al fondo de un traspatio. Es la ventana del cuarto de Faustino Rayo, quien tampoco está sereno, porque no tiene la seguridad de que pueda salir con vida después de consumir su venganza. Acaricia el machete que vino con él desde las selvas orientales. Pasa los dedos por la lámina acerada y comprueba que está tan afilado como para cercenar de un tajo la cabeza del que fue su compadre. Cuando ésta rueda por el suelo, sabe que su porvenir será incierto. No puede apartar de su mente la figura de su pequeño hijo, tan parecido a él, y un torrente de lágrimas humedece el puño del machete.

Amanece el primer viernes del mes de agosto. El dictador, vestido de negro como siempre, ha concurrido muy temprano con su esposa Marianita a recibir la comunión en la Iglesia de Santo Domingo que queda a un paso de su casa. Durante la noche desvelada ha decidido agregar algo más al *Mensaje a la Nación* y se encierra a seguir trabajando. Un lejano presentimiento le obliga a dar fin a su Mensaje con desacostumbradas expresiones: «Si he cometido faltas, os pido perdón mil y mil veces y lo pido con lágrimas sincerísimas a mis compatriotas, seguro de que mi voluntad no ha tenido parte en ellas. Si al contrario, creéis que en algo he acertado, atribuidlo primero a Dios y a la Inmaculada dispensadora de los tesoros inagotables de su misericordia, y después de vosotros, al pueblo, al ejército y a todos los que me han secundado con inteligencia y lealtad a cumplir mis difíciles deberes».

Desde las primeras horas ya están algunos conjurados en la Plaza de Santo Domingo y esperan nerviosos que la víctima aparezca. Palpan de cuando en cuando las armas que no quisieran tener, pero están ahí, en sus bolsillos, quietas, indiferentes y pesadas. Otra vez se cambian los planes, porque se cuele la información proporcionada por un edecán de que Su Excelencia no saldrá hasta después de unas horas.

Abelardo Moncayo se dirige a la Plaza Mayor para comunicar la noticia a los otros conjurados. Los grupos se dispersan con un cierto desaliento. Unos recuerdan que no han almorzado y van donde acostumbran, otros se refugian en lugares

cercanos hasta que llegue la hora. Los que se han quedado en la Plaza de Santo Domingo para vigilar, le ven salir de su casa y encaminarse a la de sus suegros, seguido por su edecán Pallares. Camina tieso, seguro y apurado. En una mano lleva su inseparable bastón, y en la otra el pliego enrollado del *Mensaje*, mientras Roberto Andrade, Manuel Cornejo y Abelardo Moncayo le siguen de cerca por la acera opuesta, con el alma encogida y los músculos tensos.

De pronto, al llegar a la Plaza Mayor, observan con sorpresa que el comandante Sánchez sale del cuartel y se retira por una esquina, seguido de Juanita Terrazas que parece detenerle y suplicarle algo. Manuel Polanco se acerca a la joven, y ésta le informa, desolada, que su amante no cree que sucederá nada, porque está convencido que todo se debe a patrañas de muchachos alocados.

Los jóvenes llegan al tardío convencimiento de que han sido traicionados y deploran que lo que pudo ser una revolución respaldada por el ejército, se pueda transformar en un asesinato... Dudan, vacilan y se quedan en suspenso.

Pero inesperadamente —porque no estaba incluido en los planes de los conjurados, pero sí en los planes del ministro de Guerra, el general que en secreto ambiciona el poder—, aparece por una esquina la figura de Faustino Rayo. Llega vestido con un paletó largo y de color oscuro bajo el cual oculta su machete. Se detiene en el centro de la plaza, junto a la pila de piedra y aparenta calma. No llama la atención de nadie, se palpa los bolsillos en busca de la yesca que no lleva. Pide fuego a un transeúnte y se fuma un cigarrillo que apacigua los latidos de su corazón inquieto, mientras sus dientes apretados revelan una decisión inquebrantable y sus ojos despiden llamaradas de odio.

El dictador empieza a subir los escalones del Palacio de Gobierno seguido de su edecán Pallares. Rayo le descubre enseguida. Arroja la colilla, apura el paso, le sigue muy de cerca y le alcanza al comienzo de la grada. En la Plaza Mayor de Quito retumba un grito estridente: «¡Muere, tirano!».

El aludido se vuelve y Rayo le asesta el primer golpe de machete en el cuello con la intención de decapitarle, pero el ala del sombrero se resbala, se parte en dos y disminuye la fuerza del golpe.

Al ver la sorpresiva acción de Rayo, Cornejo echa a correr, alcanza a sujetar de un brazo al herido, se aparta unos pasos, los suficientes para dispararle, pero la bala se encasquilla y no sale. Andrade y Moncayo también han corrido y sujetan al edecán Pallares que da voces pidiendo auxilio. Andrade se adelanta y le dispara a un lado de la frente. La víctima, con el rostro anegado en sangre intenta acercarse hacia la puerta del Palacio para refugiarse dentro, mientras los complotados gritan para darse ánimos: «¡Ayarza, Jambelí, Tulcán, Cuaspud, Borja, Maldonado, Viola, Rosa de Ascázubi!».

Rayo se precipita hacia la víctima y le asesta otro golpe de machete. Aturdido, ensangrentado, vacilante, sin pensar en nada, todo él en lucha con el feroz instinto de la vida, logra dar unos pasos más y se apoya en una de las columnas que dan a la

plaza, pero no puede sostenerse. Da dos vueltas en el aire como dijo Montalvo y cae de cabeza. Rayo baja precipitadamente las gradas y sigue incontenible macheteando el cuerpo ensangrentado, mientras grita imprecaciones e insultos.

Todo sucede en poquísimos minutos, entre la acción de los tres jóvenes y el horror de las gentes que escuchan las maldiciones de Rayo a cada golpe de machete. Cuando la víctima recibe la primera embestida, uno de los conspiradores que ignora la traición de Sánchez, corre hacia el cuartel cercano para llevar la noticia de que Rayo ha consumado el atentado y para exigir el apoyo militar, que el traidor les había prometido. Pero quienes se presentan en actitud amenazante no son los soldados que esperaban, sino los que detienen a Rayo, quien intenta correr hacia el centro de la plaza.

A pesar de que Rayo está detenido y le llevan escoltado, uno de los soldados, como si obedeciera oscuras órdenes le dispara a quemarropa un tiro en el ojo derecho que le destroza el cráneo. Faustino Lemos Rayo se desploma y muere antes que su víctima.

Los jóvenes que tomaron parte en el atentado aprovechan la confusión y logran huir entre el tumulto de los muchos que han presenciado el crimen. La Plaza Mayor está más concurrida que nunca. Un hombre de color, el único que intenta acudir en ayuda de la víctima, es herido por un balazo. El humo de la pólvora, la detonación de los disparos, los alaridos de las mujeres aterradas, los gritos de viva a la libertad y a la República que lanzan los enemigos del hombre más temido de esos funestos años, invaden el aire de la plaza.

Tendido en un charco de sangre, la víctima aún respira y no puede hilvanar un pensamiento. Un grupo de soldados mandados por el general Francisco Javier Salazar, ministro de Guerra del difunto y compadre del traidor Sánchez, conduce al moribundo hacia el interior de la Catedral. Intentan reanimarle sabiendo que todo es inútil. Ha recibido más de veinte heridas: catorce han sido causadas por el machete de Rayo, ocho de las cuales están en la cabeza.

Un sacerdote le da la extremaunción y expira murmurando palabras entrecortadas e ininteligibles. Empieza a trascender fuera del tiempo, la distancia y las pasiones para mirar una verdad distinta a la verdad humana. Entonces el que ya no es, el otro, el que ya no puede ser, es trasladado a la Capilla de la Virgen de Dolores y colocado al pie de la inmensa cruz de roble que hace poco llevó en procesión por las calles de Quito.

El cuerpo de Rayo permanece horas tendido en el suelo, al lado de la pila de piedra, custodiado por un grupo de gendarmes que impiden acercarse a los curiosos. Apenas le ha llegado la noticia del tiranicidio, Ignacio del Alcázar, hermano de Mariana, aquel que disparó contra Juan Viteri al desembarcar en Lima, se abre paso entre la multitud, se acerca al cuerpo que yace tendido boca a abajo, y ciego de una inútil rabia desenfunda su pistola, le dispara en vano varias veces y entre insultos pisotea iracundo ese cadáver insepulto que al atardecer será arrojado por los

despeñaderos del Machángara. Desde esa tarde trágica, a Ignacio del Alcázar le llamarán el «Matamuertos».

Años más tarde, en el cementerio de El Tejar, un guardián sorprende una tumba que ha sido profanada. La tumba corresponde a un caballero rico que fue enterrado el día anterior. El guardián encuentra horrorizado que el supuesto muerto tiene fuertemente abrazado a otro hombre que también está muerto, y yace encima del primero. Sin encontrar explicación posible, corre alocado entre las tumbas dando gritos y pidiendo auxilio.

Al hacerse las investigaciones correspondientes, se sabe que un ladrón, conocedor de quien es el difunto, ha esperado la noche para robarle el crucifijo de oro que le han puesto en el pecho, sin poder imaginarse nunca que fue enterrado vivo. En el momento en que se profana la tumba, el caballero regresa de su estado cataléptico y se agarra desesperado al cuerpo del ladrón que en su terror sufre un síncope de pánico porque no puede desprenderse del fatal abrazo. El caballero que fue enterrado vivo es Ignacio del Alcázar, llamado el «Matamuertos», y después del suceso el «Matavivos».

Está muerto el defensor de la Iglesia, y no ha estallado la revolución por la que los jóvenes expusieron sus vidas. El gobierno se mantiene. Continúa el régimen de terror impuesto por el tirano. Se hace cargo del poder el ministro Javier León, pero quien manda no es él, sino el ministro de Guerra, el general Francisco Salazar, cuyo nombre es pronunciado por el pueblo junto al del traidor Sánchez y al de Rayo.

Se declara la República en estado de sitio. Las campanas de todas las iglesias doblan por tres días seguidos a difuntos. Se ordena la autopsia del cadáver y se comprueba que tiene seis heridas de bala, ninguna de las cuales es mortal. Se extrae el corazón y se lo guarda en una ampolla de cristal. Se observa que el cadáver lleva colgado del cuello dos escapularios, uno de los cuales tiene la imagen del Corazón de Jesús pintada por el maestro Salas, un rosario de cuentas negras, una medalla con el rostro de Pío IX y un relicario de plata con un cruz pequeña que lleva la inscripción de que es una reliquia de la cruz en que murió Cristo.

Se le ordena al doctor Esteban Gayraud que embalsame el cadáver, trabajo por el cual se le pagan doscientos treinta y dos pesos con dos reales. Ese mismo día, se manda que se celebren honras fúnebres de cuerpo presente. Visten el cadáver con el uniforme y los galones de General en Jefe del Ejército. Lo colocan sentado en un lujoso sillón de terciopelo rojo. Le cruzan la banda presidencial sobre el pecho y en la cabeza destrozada le ponen un sombrero de tricornio. Tiene los ojos entrecerrados y la boca abierta y desde el más allá tal vez mira lo que no puede ver ni juzgar ningún entendimiento humano.

Un grupo de soldados escogidos del Cuerpo de Ingenieros, vestidos de zapadores,

con mandiles y guantes blancos, lujosos morriones de pelo, a imitación de los granaderos imperiales y con fusiles, hacen guardia de honor en el altar mayor de la Catedral. Al pie de ese cadáver embalsamado se colocan coronas de flores, banderas, estandartes, lanzas, espadas y fusiles. Hay inquietud y consternación entre la muchedumbre que se agolpa en el templo, pero hacen falta lágrimas.

Después de las honras fúnebres y de los discursos de rigor, se ordena desalojar el templo y se le entierra en una de las catacumbas de la misma Catedral. Días después los jesuitas reclaman el cadáver y en el mayor sigilo lo llevan a un sitio de la Iglesia de la Compañía de Jesús. Más tarde, el cuerpo es trasladado al Vaticano y colocado en la Capilla Gregoriana, al lado derecho del altar mayor donde a ras del pavimento en un sitio poco visible existe una pequeña lápida escrita en latín que atestigua que allí reposan sus despojos. Sin embargo, en los años ochenta se descubre que su viuda Mariana del Alcázar hizo trasladar sus restos al Convento de Santa Catalina de Quito.

El general Francisco Salazar se dedica a buscar a los asesinos y a sus cómplices. Se implanta otro régimen de terror. El Panóptico se llena con más de ochenta sospechosos. Día y noche circulan por todas las calles patrullas armadas. Se prohíbe andar en compañía de una o más personas, y se vuelve a vivir otra etapa de miedo y de zozobra.

Manuel Cornejo, después de una despiadada persecución por las montañas, se entrega negándose a comprometer a Manuel Polanco. Antes de ser fusilado recibe los sacramentos y escribe a su madre: «Mamita querida de mi alma, cuando sólo me faltan cuatro horas para morir, quiero dirigirle estas últimas palabras de consuelo. Estoy gustoso y resuelto, ansioso de que llegue el momento de ir a conocer a Dios. No llore. Adiós. Le espero en el cielo».

A las seis de la mañana una escolta, por orden del general Salazar le conduce al lugar de la ejecución. Cornejo avanza sereno. Los soldados se detienen en el mismo sitio que Rayo ultimara a machetazos a su víctima. Manuel Conejo recibe ocho balazos de los ocho soldados de la escolta, y muere.

Abelardo Moncayo permanece oculto y es perseguido durante los días en que el terror impera en Quito. Se refugia en el campo y se dedica al cultivo de las letras y de la tierra. Logra salvarse escapándose a Lima, y perseguido por los malos recuerdos de esa fracasada revolución, escribe: «Ni al más empecinado de mis enemigos le deseo jamás noches y días como los devorados por mí durante esa eternidad, transcurrida precisamente en la época más hermosa de la vida, la que nunca vuelve».

La persecución a Roberto Andrade dura más de veinte años. Se salva de numerosos atentados. Todas sus obras son confiscadas e incineradas y se prohíbe que publiquen sus escritos. Al cabo de la vejez, cuando ha cumplido los ochenta años, escribe *Autobiografía de un perseguido*, en la que prueba que el general Salazar tuvo

un pacto secreto con Faustino Rayo. La obra se publica después de más de un siglo.

En la actualidad Plutarco Naranjo viaja a los Estados Unidos se entrevista con la hija de Andrade y recupera algunas páginas, que ella logró esconder y sacar del país junto con otros escritos de Montalvo. En esa autobiografía, Andrade escribe: «Mi objeto no es castigar a Salazar, más aún vengar a los hombres del ultraje hecho a su dignidad, por uno de sus más insignes malhechores. Si calumnio, moriré infame; si no calumnio, moriré austero como un juez».

Manuel Polanco no huye hasta el último momento, en espera de que triunfe la revolución, pero es apresado por orden de Salazar y condenado a diez años de prisión. Antes de que cumpla la sentencia, en una revuelta, pide que le saquen de la cárcel, pero apenas se asoma a la calle una bala disparada desde las torres de la Iglesia de la Merced, por orden de Salazar, le destroza el cráneo y muere. En un folleto deja escrito: «Sepan mis enemigos que mientras más parte me den en aquella conspiración, desgraciada por la traición, pero patriótica hasta lo sublime, santa hasta la divinidad, heroica hasta la maravilla y abnegada como las hogueras de Numancia, la aceptaré con más gloria y haré de ella mi orgullo».

Francisco Sánchez, ante el asombro popular, no es perseguido a pesar de que todos los implicados le acusan de su participación en el crimen y de que son detenidos todos los posibles sospechosos. Amparado por su compadre Salazar a quien debe sus ascensos, no le toman prisionero en el cuartel ni en la calle, sino precisamente en la casa de un hermano de éste.

En la prisión le conceden los favores y privilegios de los que no goza ninguno de los presos. Más tarde, se finge loco, se le mete en el manicomio del cual le facilitan la huida, y finalmente, antes de que relate lo que sabe, muere asesinado en Montecristi por orden del general Salazar.

Juanita Terrazas, hastiada de las oscuras maniobras políticas y de la traición de Sánchez, es obligada por su padre a contraer matrimonio, pero abandona a su esposo. El padre la encierra en la Casa del Buen Pastor. En las declaraciones del proceso que le siguen afirma: «Yo lo hice todo con estas polleras y con este cuerpo que se han de comer los gusanos».

Montalvo, al enterarse de la muerte del déspota escribe: «Nacido para grande hombre, sin ese desvío lamentable de su naturaleza hacia lo malo. Sujeto de grande inteligencia, tirano, sabio, jayán de valor y arrojo increíbles, invencionero, ardidoso, rico en arbitrios y expedientes. ¡Qué lástima! Hubiese sido el primer hombre de América si sus poderosas facultades no hubiesen sido dedicadas a la obra nefanda de la opresión y la tiranía».

La bellísima Virginia Klinger reside en París. Alguna tarde abre un cofre que contiene un pañuelo con la sangre del presidente asesinado. Lo toca levemente. Suspira, y cierra el cofre.

Los ultra conservadores que propagan que el difunto era un santo que ha muerto como un mártir en aras de la religión católica, inician un proceso de beatificación y

empiezan a publicar los milagros que concede a sus devotos.

Una viejecita, descendiente de una de las víctimas, en el rincón más apartado de su casa hace un altar con la fotografía de Faustino Rayo, y cuando nadie le ve, le pone flores y le enciende un cirio.

La hermosa Mercedes Carpio sufre por su viudez y sus recuerdos. Vive aislada y se dedica a cuidar a su hijo, y cuando este se hace hombre, se comunican poco.

Muchos años después se publica un reportaje a un anciano asilado en una cama del Hospicio de Quito que ha quedado ciego por un intento de suicidio, y dice llamarse Faustino Lemos Carpió.

Desde entonces las muertes fratricidas, las irreprimibles ansias de poder, las sangrientas revoluciones, la búsqueda de la riqueza ilícita y las pasiones de odios y venganzas personales, continúan...

Fin



ALICIA YÁNEZ COSSÍO, nacida en Quito, Ecuador, en 1928, está considerada de manera unánime como la más importante novelista contemporánea y es, sin lugar a dudas, uno de los grandes escritores ecuatorianos de todos los tiempos. Realizó estudios de periodismo en España. Entre 1956 y 1961 vivió en Guantánamo, donde fue testigo presencial del proceso revolucionario cubano. Es autora de ocho novelas: *Bruna, Soroche y los tíos* (1971), *Yo vendo unos ojos negros* (1979), *Más allá de las islas* (1980), *La cofradía del Mullo de la Virgen Pipona* (1985), *La casa del sano placer* (1989), *Aprendiendo a morir* (1997) y la conmovedora *Y amarle pude...* (2000). En 1996, su novela *El cristo feo* fue galardonada con el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, otorgado a la mejor novela hispanoamericana escrita por una mujer. También ha incursionado con éxito en el relato corto como lo confirman: *El beso y otras fricciones* (1974) y *Retratos cubanos* (1998). De no menos trascendencia es su faceta de narradora infantil expresada en los inolvidables: *Niños escritores* (1985), *El viaje de la abuela* (1996) y *Pocapena* (1997). Sus relatos han sido traducidos al inglés, italiano y alemán. En 1989, por el conjunto de su obra, recibió la Condecoración al Mérito Cultural y desde 1990 es miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

Notas

[*] Del quichua *huasi*: casa; *cámac*: Cuidador de la casa.

Darío Guevara, *El castellano y el quichua en el Ecuador*, Quito, CCE, 1972, p. 303.

<<

[*] Apodo del indígena que barre las calles de la ciudad de Quito.

Darío Guevara, *El castellano y el quichua en el Ecuador*, Quito, CCE, 1972, p. 226.

<<

[*] Mujer de pueblo serrano, muchas veces mestiza, que viste bolsicón.

Richard Renaud, *Diccionario de hispanoamericanismos*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 182. <<

[*] Silla de montar ligera y sencilla.

Julio Tobar Donoso, *El lenguaje rural*, Quito, Academia Ecuatoriana de la Lengua, 1961, p. 137. <<